EL OPUS DEI: UNA INTERPRETACIÓN

Autor: Alberto Moncada

Índice

INTRODUCCIÓN

En 1970 se difundió superficialmente en España el libro de Infante La Santa Mafia. El comentarista de un diario madrileño lo calificaba de libelo, y a renglón seguido se lamentaba de la falta de información sobre fenómeno tan importante de la España de posguerra. Sin embargo, si se reflexiona un poco, se comprende la dificultad de tal empresa en el contexto informativo del país. Porque ¿de quién podría partir la iniciativa?

Quienes tratan de conocer y dar a conocer esta "Asociación" (el Opus Dei) desde un punto de vista sociológico tropiezan con la dificultad, real o presunta, de que el describir comportamientos, lazos de intereses, etc., choca contra un "pudor" oficial respecto a la revelación pública de los contemporáneos. ¿Quién sería capaz de publicar hoy un libro importante sobre el affaire Matesa?, ¿o sobre las negociaciones "concordatarias"?

A esa dificultad se añade el problema de la obtención de los datos. En esto el Opus Dei no se distingue especialmente de la mayoría de las organizaciones que necesitan de la adhesión o de la aprobación de terceros para el desarrollo de sus actividades. Todas ellas tienden a hacer público lo que beneficia a su imagen y se guardan muy mucho de dar a conocer lo que, a su juicio, podría perjudicarla.

Cualquier grupo, como cualquier persona, tiene en su ejecutoria aciertos y desaciertos, momentos felices y otros desgraciados. De modo que lo normal es que pongan más énfasis en declarar sus intenciones que su comportamiento. Y cuando tratan de éste suelen subrayar sus aspectos positivos. El problema de la credibilidad nace cuando terceros, con una u otra intención, ponen en duda la adecuación de los comportamientos a los ideales o intenciones declarados y especialmente cuando enjuician todo ello desde una perspectiva óptica distinta a la "patrocinada" por el grupo en cuestión.

Sin olvidar que en la mayoría de los fenómenos religiosos los interesados suelen afirmar que sólo pueden entenderlos quienes participan del credo respectivo. Ello puede ser cierto en términos doctrinales, a tenor de la mayor o menor familiaridad del critico con las intimidades esotéricas del fenómeno. Pero deja de serlo cuando se trata de analizar comportamientos. ¡Aviados estaríamos si todo el mundo pudiera justificar sus acciones por una especial "venia" de la divinidad.

Estas u otras ideas parecidas debería estar rumiando J. N. cuando nos encontramos en Londres meses después de la publicación del citado libro. El es, o era entonces, miembro importante de la oficina central de información de la Obra en Roma. Al comentar el tema me confió que él no veía la manera de que la gente entendiese el Opus Dei a menos que el libro en cuestión fuese escrito por alguien que, habiendo sido de la Obra, hubiese dejado de serlo. Es decir, por un buen conocedor, pero con la perspectiva que da la ausencia de lazos de ciega lealtad, virtud esta que con tanta frecuencia nos hace contar las verdades a medias.

El fenómeno Opus Dei, como tantos otros que oculta el misterio o el secreto, tiene poco interés para el gran público, una vez conocido. Nadie se interesa morbosamente por el comportamiento de unos miles de católicos que tratan a su manera de ser consecuentes con su fe, a menos que a tal grupo se le atribuya, como es el caso, la mitad de las venturas o desventuras de un país.

De ahí que por el simple procedimiento de contar toda la verdad se puedan pinchar los varios

globos que entre todos hemos inflado: el Opus Dei y la política, el Opus Dei y los negocios, etc. No olvidemos que el asunto afecta básicamente a nuestro país, ya que el Opus Dei no tiene una dimensión internacional importante, ni por su influencia religiosa ni por lo que se refiere a su aureola "tentacular".

Y en cuanto a España, por supuesto que han ocurrido cosas que justifican la versión crítica, pero en menos medida que la generalmente atribuida.

La Obra, como tantas otras organizaciones religiosas a lo largo de la historia, ha sufrido ese comprensible espejismo de creer que para conseguir el "advenimiento" de la fe a las conciencias era muy conveniente disponer de plataformas de influencia civil. El paso del tiempo, las experiencias más o menos tristes y la recepción interna de las nuevas actitudes de la Iglesia católica han sometido a sus dirigentes a un doloroso y fructífero proceso de purificación que ha concluido, al menos por ahora, en un explícito repudio de esa manera de actuar... aun cuando todavía sea muy fuerte el lastre del pasado y existe la dificultad, general a todas las Iglesias, de hallar vías aptas para la predicación de la fe en la sociedad contemporánea.

Más importante es la adecuación del comportamiento del Opus Dei a sus ideales y la naturaleza de ellos. Porque este es el tema. Y para decirlo en pocas palabras, lo dramático de la cuestión es que una organización que cautivó la voluntad de tantos españoles de valía en determinado momento se encuentra atrapada en un conflicto desgarrador entre la fidelidad a una manera anticuada de entender la dimensión humana más radical, la religiosa, y la confrontación con el más agudo de los cambios que la civilización ha conocido.

Hoy por hoy, los dirigentes del Opus Dei han hecho una apuesta al pasado, una opción a lo pretérito, tanto en el modo de vivir la fe cristiana como en su entendimiento de la historia de los hombres. No puede, por tanto, extrañar que se encuentren en colisión con las nuevas formas de religiosidad que están emergiendo en la Iglesia católica a partir del Vaticano II y con las ideas y fuerzas más vigorosas en la configuración de la civilización del futuro.

En la primitiva doctrina de la Obra se encontraban, aunque en estado germinal, profundas intuiciones acerca de los "signos" de los tiempos, válidas y atractivas semillas de espiritualidad que están siendo soterradas por las preocupaciones inmediatas de estrategia eclesiástica y por una insuficiente pretensión de reajuste, de acomodo a la circunstancia y de mejoramiento de su imagen pública.

Los directivos del Opus Dei, con las limitaciones de su respectiva biografía, tratan de entender el mundo que les rodea y hasta realizan correcciones de matiz, tanto en su simbiología como en las instrucciones de comportamiento que dirigen a sus subordinados. Pero de una manera tan poco convincente y tan llena de prejuicios y lagunas, que la mayoría de los sucesos les cogen de improviso. Ello se debe a la ausencia de una cualidad, para mí fundamental, que tienen las personas y los grupos que han movido la historia: capacidad de anticipación del futuro.

Sin embargo, sería ocioso lamentarse de ello, porque, dados los condicionamientos a que está sometida la institución, mal se puede pretender que reaccione con rapidez ante los nuevos hechos y sepa dar de ellos una interpretación global y profunda. Estos condicionantes son para mí: a) el tratarse de una organización, b) dependiente de la Iglesia católica, c) de origen español.

Uno de los temas que preocupan hoy más a los sociólogos y psicólogos y que produce más abundante bibliografía es la presente crisis de las fórmulas tradicionales de asociación.

Nacidas para la satisfacción de necesidades y aspiraciones humanas, han ido evolucionando -en el tiempo de que tenemos constancia documental- de lo general a lo especial.

La familia, por ejemplo, ha tenido hasta hace poco tiempo un carácter de grupo polifacético, donde el hombre satisfacía la mayor parte de sus necesidades y la mujer la totalidad de sus aspiraciones. Una civilización agrícola, fijada al suelo y dependiente de éste, permitiría que en el seno de la familia o en relación a ella el hombre ocupara la mayor parte de su día y recibiera ilustración para entender y evaluar su vida y los acontecimientos. El "trueque" en economía y el "vasallaje" en política eran relaciones básicamente ínter familiar es. Hoy la familia se ha especializado, podríamos decir, y se ha convertido en una comunidad afectiva en la que los hombres y las mujeres buscan un cauce estable para el amor y los hijos encuentran o debieran encontrar un afecto protector. La familia está dejando de ser unidad económica, educativa, profesional, religiosa y política, porque el hombre encuentra grupos especializados donde satisfacer mejor esas necesidades en beneficio de una creciente autonomía personal. Los movimientos de emancipación femenina se sitúan en este contexto evolutivo y tienen en la autonomía económica y profesional sus más importantes manifestaciones.

Sin embargo, al privarse a la institución de los otros fines y reducirse sus miembros, se requiere una mayor calidad del lazo afectivo, es decir, un mayor esfuerzo para el mantenimiento. De ahí que las crisis familiares, entre hombre y mujer y entre padres e hijos, sean hoy por una parte más dramáticas y por otra más frecuentes. Cuando los interesados se dan cuenta de que lo único que realmente ponen en común es la vida afectiva primaria, sin que se pretendan otras sumisiones, cuidan esos lazos de amor y renuncian o pactan en las restantes influencias recíprocas.

De lo contrario, los individuos buscan la comunidad afectiva en lazos permanentes o temporales con otras personas o grupos. Léase "comunas" juveniles o amores extramaritales. Esta evolución va paralela a la de la prosperidad, por-que es muy difícil comportarse libremente, en el sentido descrito, cuando se está muy condicionado por la dependencia económica.

En los otros tipos de asociaciones sucede lo mismo. El instinto que tienen las sociedades más desarrolladas para mantener a las instituciones en su fin y reaccionar cuando pretenden pasarse de la raya es cada vez más notorio. Por ejemplo, las mezcolanzas entre actividades políticas y mercantiles son repudiadas con una efectividad cada vez. Mayor y casi imposibles de realizar sin que la opinión pública, mejor informada, pase la "factura" a los interesados.

Pues bien, el Opus Dei es una institución con multitud de actividades, como se deduce de las cosas que se hacen en su nombre o en las que invierte su dinero o el tiempo de sus socios.

Es una familia mitad convento mitad hogar de clase media, constituido por cientos de casas en las que se supone que un buen número de personas, la mayoría de sus socios no casados, comen, duermen, guardan su ropa y reciben afecto y atención.

Es una federación de instituciones de enseñanza con docenas, quizá cientos de centros administrados bajo el control de los dirigentes de la Asociación.

Es una plataforma de información y formación religiosa a través de los ejercicios espirituales y demás actos o reuniones de esta o similar naturaleza que organiza.

Es una central de asesoramiento en cuanto que dispensa consejo y orientación, de palabra o por escrito, a cuantos están obligados o desean tener estos servicios.

Es un mecanismo de financiación por cuanto necesita cubrir los gastos de muchos de sus socios y de sus actividades.

Todo ello genera servicios complementarios de variada índole, entre los que destacan, en el plano material, las construcciones para albergar personas y actividades, y en el plano directivo, las gestiones para conseguir aprobaciones, permisos y buena voluntad de las autoridades civiles y eclesiásticas, y, más recientemente, el apoyo de los medios informativos.

Como organización es, pues (el Opus Dei), una institución plurifacética que ha dado origen a una estructura burocrática cada vez más extensa y en la que, a pesar de los buenos deseos de sus dirigentes, las reglas de eficiencia no brillan especialmente. Tampoco es que puedan brillar mucho, porque los mecanismos de adopción de decisiones, de información, etc., se rigen por una mezcla de criterios religiosos, eclesiásticos y empresariales de difícil interconexión. Ya que si, por una parte, la organización espera que la Providencia "secunde" sus planes, éstos requieren una estrategia operativa que no puede incluir las intervenciones sobrenaturales. Al menos sistemáticamente. De ahí surge el problema de credibilidad sobre el fin del Opus Dei. Digan lo que digan sus dirigentes, las cosas que hacen ellos o persuaden a sus subordinados para que las hagan son tan variadas que no pueden reducirse a un denominador común congruente con la citada especialización institucional de la sociedad contemporánea.

La pregunta ¿qué es el Opus Dei? no tiene, pues, contestación clara y no puede válidamente sustituirse por la otra, ¿qué pretende el Opus Dei?, porque entonces pasamos al plano de las "intenciones" y ese es terreno movedizo.

Otro problema importante de las asociaciones humanas lo constituyen las tensiones entre autoridad y libertad, bien del individuo y bien común. Sería ridículo tratar de resumir bibliotecas enteras, pero parece que caminamos hacia una positiva conciencia mundial del carácter central, básico, sustantivo de la persona humana. Me faltan calificativos para describir ese camino penoso que la humanidad va recorriendo, verdadera epopeya, para llegar a descubrir que lo único que tiene valor en sí es el hombre, cada hombre, cada mujer. Que toda consideración no antropológica es, en principio, digna de desconfianza y que el único plano viable de consenso y concordancia entre los diversos sistemas religiosos, políticos y económicos es el del respeto máximo a cada individuo que nace y muere bajo el sol.

Yo suelo decir que lo que más trabajo me cuesta aceptar, en mi comportamiento diario, es que cada persona con la que me relaciono es más importante que todas las ideas e instituciones que conozco o pueda llegar a conocer. Con una excepción, yo mismo. Es decir, que primero me debo respeto a mí y después a los demás. Lo que pasa es que cuanta más calidad tiene mi vida para mí, más fácil me resulta el respeto a los demás. Y cuanto más envilecida está mi conciencia, más frecuentemente necesito recurrir al "amparo" de las ideas o de las instituciones para no respetar verdaderamente a cada persona.

Aceptar esto prácticamente es muy difícil, porque en este terreno, como en tantos otros. Occidente continúa "atrapado" por los planteamientos dualistas. En cualquier asociación humana se establece una distinción entre los que marcan las reglas del juego y los que han de someterse a ellas.

Esta distinción se alimenta de apelaciones "míticas", explotando el instinto humano de trascender la individualidad, y así surgen las ideas de bien común y tantas otras. Todas ellas, el bien de la patria, el del partido, el de la entidad comercial o deportiva, etc., terminan exigiendo adhe-

siones brutales de las que el hombre no puede defenderse... hasta que empieza a defenderse.

El proceso de defensa arranca cuando alguien comienza a sentirse incómodo con tanta cantidad de subordinación y con el precio tan costoso, en términos de autonomía personal, que ha de pagar por ser miembro de tal o cual asociación. Y generalmente se pone en marcha cuando el hombre alcanza unos mínimos de autonomía económica.

En el Opus Dei, como en la mayoría de las asociaciones religiosas, la cuestión se define como una entrega de la persona que consiste en poner a disposición de los que gobiernan sus aptitudes y valores personales. Mientras el grado de adhesión interior es suficiente no hay conflictos. Estos se plantean cuando los miembros encuentran una fórmula subjetivamente "mejor" para dar satisfacción a las necesidades o aspiraciones que pretendían conseguir asociándose al grupo, o cuando cambian de parecer y ponen otras necesidades o aspiraciones en términos prioritarios a aquéllas. Generalmente les sucede a personas que forman parte de varias zonas de interés cuando las exigencias de cada una de ellas colisionan entre sí.

Paralelamente se van deshinchando en Occidente las viejas fórmulas de "autoridad" y "adhesión". Ya nadie pacta la entrega de la totalidad de su vida a ninguna persona o grupo. Esto es muy advertible en política. Los profesionales comienzan a darse cuenta de que la autoridad está, por una parte, fragmentándose en liderazgos variados según los diferentes grupos a los que las personas se asocian. A ningún político se le ocurriría hoy pedir adhesión a sus puntos de vista musicales.

La gente, y especialmente la juventud, tiene unos líderes musicales concretos y cambiantes. Por otra parte -y esto entristece a los políticos antiguos-, el ciudadano occidental empieza a considerarse consumidor y les pide no ideales sino más y mejores servicios. Más salud, más carreteras, precios baratos, participación en las decisiones globales, etcétera.

Todo ello forma parte del citado proceso de "humanización", al que contribuyen más, como casi siempre, los adelantos técnicos que las proclamaciones doctrinales. Por ejemplo, toda la estrategia de integración de los miembros de una organización en la adopción de decisiones, la descentralización, etc., ha nacido a impulsos de las técnicas de sistematización y automatización de los sistemas operativos para atender necesidades a escala masiva, y en especial para la incorporación de máquinas a las operaciones de rutina. Los modelos cibernéticos exigen el feed-back del diálogo y de la participación, arruinando la concepción burocrática anterior.

Como dice Garaudy, estas técnicas modernas implican un reajuste permanente, responsabilidades bien establecidas, trabajo en grupo, diálogo y participación, siendo la decisión cada vez menos un arbitraje y cada vez más un impulso.

Sin embargo, los nuevos hechos no son tan notorios en el mundo cultural, religioso o político, porque la evaluación, el enjuiciamiento, no son tan inmediatos como en las actividades mercantiles. En el "modelo" burocrático occidental todavía persisten en gran escala procedimientos antiguos; las decisiones recorren un largo camino de arriba abajo, a través de un proceso legal increíblemente ineficaz, que condena a los participantes a los dos males típicos de la sociedad industrial: la "alienación" y el aburrimiento.

De ahí que los nuevos modelos de asociación, las adhocracias de que habla Toffiin, tengan tanto éxito lo mismo en las realizaciones materiales que en las aventuras políticas, religiosas y culturales del momento.

El mimetismo típico y el tempo peculiar de las organizaciones religiosas occidentales hace que todavía persigan la eficacia por la vía del modelo tradicional, sin comprender que, en sus propias narices, el mundo civil está evolucionando hacia fórmulas más enriquecedoras de la participación personal. No puede extrañar, pues, que de esas organizaciones se marginen los más jóvenes y los más inteligentes, incapaces de soportar el tedio y el legalismo de instituciones en las que parece haberse parado el reloj.

En el Opus Dei cabe estar o dentro del mecanismo de gestiones, actuaciones, etc., pertenecientes a la estructura burocrática -y entonces se participa de la excitación de la jugada, siempre que uno comulgue con ella-, o tangencialmente, viviendo cada uno su propia vida como sacerdote o laico. Si se progresa en madurez personal y en conciencia de modernidad, los últimos se encuentran en una colisión permanente con la mayoría de las ideas o los comportamientos que la asociación trata de imponerles y viven en una permanente crisis de conciencia.

No pasa un día, desde hace ya varios años, sin que surja una publicación importante sobre los cambios en la Iglesia católica. Desde cientos de vertientes, teólogos, filósofos, sociólogos, etc., examinan los fenómenos de la fe y la religión cada vez con mayor perspectiva de integración en el resto del acontecer humano y con menos miedo a los tabúes y a las condenas.

El conocimiento de lo religioso, aun dentro de la Iglesia católica, ya no es un saber normativo, "lo que hay que creer y lo que hay que obrar", sino un acercamiento desenfadado y no siempre intelectual, dispuesto a averiguar qué ventajas saca el hombre de aceptar una determinada manera de vivir, y a tratar de homologar existencialmente cada credo. A la Iglesia católica le están pasando muchas cosas, pero como está también organizada según el modelo burocrático occidental, su capacidad de reacción y asimilación es relativa.

Las cuestiones de la Iglesia han sido habitualmente discutidas y resueltas por hombres de Iglesia. Si nos ponemos en el pellejo de los contemporáneos podemos preguntarnos: ¿qué tipo de cosas pueden entender y resolver? El entrenamiento a que son habitualmente sometidos tiene que ver con dos áreas importantes: el sentido profundo de la vida y el comportamiento.

No tiene nada que ver, en cuanto tal entrenamiento específico, ni con la ciencia positiva ni con la tecnología. Por eso no se les puede pedir legítimamente que se hagan cargo inmediatamente de las implicaciones que para las áreas de su entrenamiento tienen los acontecimientos producidos fuera de ellos. De ahí el retraso habitual con que la Iglesia coge los trenes del progreso.

Sin embargo, algunas facetas de éste, como las "comunicaciones" y la velocidad a que fluye hoy la "información", se proyectan sobre sus áreas específicas de muchas maneras imprevisibles, dando lugar a que los hombres de Iglesia, los que deciden, se familiaricen aun sin quererlo con el mundo del que no participan y, sobre todo, descubran que hay otras maneras de entender y vivir el sentido profundo de la vida y el comportamiento.

Respecto a lo primero, me parece digno de citar el impacto que recibe la Iglesia católica al comprobar las riquezas espirituales de otras civilizaciones distintas a la occidental, palpando con asombro que las experiencias místicas, las intuiciones metafísicas no son patrimonio suyo ni de la cultura donde está mayoritariamente establecida. Y la cuestión entonces no es respetar a las demás filosofías o religiones, sino descubrir que es imposible, o al menos inaceptable, que las "síntesis" que pretende hacer las construya sin tener en cuenta esas otras aportaciones. Los diálogos con los no cristianos terminan, naturalmente, modificando a los cristianos.

Y en cuanto al comportamiento, también la Iglesia descubre no sólo que no posee el monopolio ético en la predicación -en la conducta ya lo había descubierto-, sino que formas de actuar "sospechosas" doctrinalmente se insertan mucho más profundamente en los signos de los tiempos que las "ortodoxas". Y así, una teología de orden, respetuosa con las instituciones al precio de sacrificar frecuentemente los derechos de la persona, está siendo sustituida por una sucesión, no siempre coherente, de afirmaciones magisteriales que aceptan la necesidad de provocar el cambio y se niegan a bendecir y compartir sistemas injustos.

El resumen podría ser que hoy la Iglesia católica duda, no termina de comprender a Dios ni al hombre, se siente afectada por un cambio sin precedentes en la historia de la civilización de cuyos interrogantes no posee todas las respuestas, y no tiene demasiada prisa en dar otra cosa que consuelo, afecto y comprensión, especialmente a los que más sufren.

Esta nueva actitud es obra de los hombres de Iglesia más lúcidos y valientes, aquellos que aceptan el gran desafío de no conformarse a una imagen de Dios incomprensible para el hombre moderno sin tener todavía otra que ofrecer en sustitución y que respondan al mismo tiempo a la Revelación y al modo de entender ésta desde la sociedad contemporánea.

Sin embargo, el proceso es largo y doloroso porque hay todo un sentido de lealtad a la letra del Evangelio, muy similar al que encontró Jesucristo en los doctores de Israel, que conecta la fidelidad a Dios con la fidelidad a una interpretación concreta del mensaje bíblico.

Así que mientras los hombres nuevos no sucedan a los viejos en la burocracia y ésta no altere sustancialmente sus mecanismos operativos, la Iglesia católica, como las demás institucionales, asiste con dolor a las deserciones y, sobre todo, a la creación de formas no institucionales de asociación en las que jóvenes de distintas confesiones, o aun de ninguna, tratan de resolver los interrogantes de esa dimensión última de la existencia humana, mucho más por la vía de la experiencia que por la del saber cognoscitivo.

Y, como siempre, los hombres de la lealtad al pasado, mientras tratan de poner "puertas al campo" y hacer más traumática la transición, sueñan con el retorno a los sistemas que ellos entienden y forman la legión de los plañideros.

No es necesario explicar a qué sector pertenece el Opus Dei ni cuáles son las consecuencias internas del proceso señalado. Solamente hay que destacar que la adaptación es mucho más difícil que en otros grupos católicos, porque las creencias y actitudes de los socios de la Obra se basan, hoy por hoy, en una lealtad incuestionada a una sola persona que define la doctrina e impulsa las actividades. Los socios podrán, si se atreven, mandar alguna información o ejercer su juicio crítico en algún nivel inferior, pero la fabulosa personalidad del padre Escrivá es en última instancia quien juzga y resuelve en base naturalmente al voto de confianza que, prácticamente incondicionado y mayoritario, le han otorgado sus súbditos.

Sin embargo, el padre Escrivá se encuentra en la necesidad de tener que negociar con una Iglesia oficial que está cambiando las cosas relacionadas con la "aprobación" de la Obra, y su actitud, deducida de sus hechos y dichos, es una mezcla de asombro, confusión, enfado y nostalgia ante la evolución que advierte en el Vaticano. Como él no puede, dada su formación, prescindir de la dependencia a la jerarquía ordinaria, ha de bailar al son que le toquen y unas veces parece amigo de la libertad y otras de la vuelta a la Inquisición.

La inicial aportación "renovadora" de la Obra se situó dentro del anterior contexto eclesial, y en él parecía moderna y refrescante. Ahora ha sido ampliamente sobrepasada por las nuevas

corrientes y los nuevos hombres, con lo cual la línea de desarrollo de la Asociación, habida cuenta de esos factores, queda colgada en el aire.

No conozco ninguna otra versión de la frase española "hablar en cristiano". Con ella se identifica la lengua de Cervantes y la neotestamentaria, que ya es identificar.

Este podría ser un resumen de la herencia cultural de la raza, descrita con gracia y precisión por los modernos historiadores y sociólogos. Frente a ella comienza a darse testimonio de esa otra línea española, liberal y risueña, que nunca consiguió imponerse a la primera pero que, indudablemente, existió y lleva camino de asociarse a la modernidad, si no es aniquilada una vez más por sus propios errores y la fuerza del adversario.

De todas maneras hay que reconocer que la España oficial, desde Fernando e Isabel por lo menos, ha sido protagonizada por gentes de la primera extracción que han impuesto su ley a los demás. Vigorizada semejante actitud con motivo de la guerra civil, hemos asistido al espectáculo de una nueva "clericalización" nacional sin que el país tenga todavía fuerzas suficientes para desentenderse de Roma y montar una convivencia civil basada en los principios que tan dolorosamente se abren paso en otros países.

Sin embargo, una vez más también, los cambios en la Iglesia han cogido desprevenidos a sus más fieles súbditos, entrenados durante siglos en acomodar su conciencia a las luces que venían de Roma.

En ese clima nació la Obra, a él pertenecen sus primeros socios y, por ahora, sus principales dirigentes en todo el mundo, bien por su edad y nacionalidad o por haber sido adoctrinados por los primeros. Analizar las veces que ¿as gentes más representativas del Opus Dei, por sí o por indicación superior, se han puesto del lado de la tradición en los temas de convivencia española sería muy cansino. Más fácil podría ser destacar las excepciones.

La situación presente, en contra de como la describen sus adversarios, es probablemente muy distinta, ya que las gentes más jóvenes e independientes de la Asociación no sienten así y quizá por ello no tienen el deseo ni la oportunidad de acceder a cargos de responsabilidad interna. Lo normal es que cuando mentes liberales y abiertas ocupan lugares de gobierno en la Obra tengan que guardar un equilibrio inestable entre sus opiniones globales y los negocios concretos que conducen, para terminar marginándose o siendo marginados.

Como explicaré más adelante, es muy difícil que una persona, a fuerza de tener los ojos y la mente abiertos, no acabe aplicando a todos los aspectos de su vida las explicaciones que se va dando sobre muchos de ellos. Y si derrota hacia la modernidad, también pondrá en "hipótesis" los supuestos de su vida religiosa, negándose íntimamente a aceptar recetas prefabricadas. Pero una cosa es sentirlo y otra ponerlo en práctica. Así que cabe mantener, por mil razones, ese equilibrio inestable al precio de no estar demasiado en contacto con la burocracia de la Obra y las actividades de ella.

Esto quiere decir que la tradición más pura de la Contrarreforma está no ya en las actitudes de la mayoría de los socios de cuarenta años para arriba, sino en el centro mismo del gobierno del Instituto y especialmente en todo lo que tiene que ver con la formación de sus miembros. Cómo resultará posible mantener ese estado de cosas frente a las nuevas generaciones y por cuánto tiempo, es algo que merecería atención particular de los más interesados, es decir, de los actuales directivos de la Obra.

Se ha puesto de moda en los libros testimonios una especie de strip-tease espiritual consistente en explicar dos cosas. El desde dónde son escritos, es decir, la perspectiva del escritor, su mundo interior, sus experiencias, como algo que de alguna manera da la clave interpretativa del libro.

Y paralelamente sus razones para escribirlo y difundirlo. Sobre esto último pienso que sería ocioso abrumar al lector con una muy subjetiva enumeración de las tres o cuatro razones que hoy están en el consciente. Prefiero dejar que sea él, si le divierte, quien las descubra en el texto y aun añadir las que atribuya a mi subconsciente. En cuanto a la perspectiva, tampoco me parece que voy a descubrir ningún Mediterráneo. Voy comprobando, en contra de mis primeras impresiones, que pertenezco a la ancha mayoría de quienes, a fuerza de vivir en paralelos distintos y permitir que ideas y acontecimientos muy variados hostilicen lo que uno tenía por inconmovible, no sienten ninguna prisa por adquirir una nueva explicación global de la vida.

Prefiero, como tantos, participar en el gran espectáculo de nuestro tiempo, observando aquí y allá la belleza de las nuevas adquisiciones del hombre y la lentitud con que se generalizan. Y en las actividades, en las tareas que se hacen en cada uno de los lugares adonde la vida me lleva, tratar de respetar al máximo a las personas con que me relaciono, aunque eludiendo las que me resultan aburridas o que encuentro demasiado seguras de sí mismas.

Un punto final a esta introducción parece necesario. El tema de la Obra ha sido definido por sus dirigentes como un "saber" también normativo, algo sobre lo que no cabe más interpretación que la que dan ellos. Con eso desde luego no han conseguido su propósito, porque olvidan que ya va siendo difícil, incluso en España, imponer comportamientos y, aún menos, modos de enjuiciar. Lo que han logrado, a fuerza de tratar de mantener el asunto en el plano de las intenciones y los propósitos, es que mucha gente se forme opiniones aberrantes y otros, simplemente, se desentiendan de una cuestión esotérica explicada ex cátedra.

Tratando de convencer de que el Opus Dei es un asunto de conciencia individual, han logrado también eso, que cada conciencia individual forme su propia definición de la Obra. Pero con pocos datos y frecuentemente radicalizados por los amigos y los enemigos. Una tercera manía, el secreto y el susurro, es simplemente inaceptable en la sociedad moderna. Sin embargo, hay quienes la padecen, hasta en política, convirtiendo en privados los asuntos públicos.

Cada vez que alguien trata de persuadirme para "privatizar" un tema que no me sabe a privado y circunscribirlo al área de la intimidad, siento un movimiento instintivo de pedir hora en la televisión para explicar mi versión del mismo. Gran parte de este libro es una difusión pública de ideas y experiencias largamente discutidas y "reportadas" en el seno de la organización. A lo largo de tres penosos años creí que se podría conciliar la lealtad a la institución, a las personas y a mi propia conciencia. Y me equivoqué. Porque esas personas, trágicamente, creen servir a Dios sofocando cualquier otra manera de entenderlo que no encaje en sus coordenadas. Incluso olvidando que las más válidas de las "conversiones" son las interiores. Interiores a cada hombre y a cada organización cuando se acepta valientemente el reto de la crítica ajena.

ALBERTO MONCADA

CAPÍTULO I: EL OPUS DEI Y LOS NEGOCIOS

MESES después de la ascensión al poder en España de los primeros socios de Opus Dei fui convocado a una reducida reunión interna. En ella uno de los más antiguos sacerdotes, venido al efecto desde Roma, nos confió un encargo que traía de parte del padre Escrivá.

Se trataba de explotar la posición clave de esos socios, persuadiendo a ciertos comerciantes a que se aliasen con nosotros para conseguir beneficios económicos derivados de negocios relacionados con el Estado.

El planteamiento era similar al de tantos grupos que rodean, o mejor acorralan, el poder público para explotarlo en provecho propio. Se suele dar más en países capitalistas donde las obras y servicios públicos, administrados por el Estado, ponen en marcha gigantescas operaciones mercantiles cuyo desarrollo depende de decisiones políticas. Sobre ello hay ya una literatura crítica amplia especialmente en relación con la alianza Ejército-Industria pesada en Estados Unidos. Se trata de negocios en que el grado de libre competencia es casi ínfimo, porque las decisiones de la Administración condicionan mucho los planteamientos empresariales.

En menor cuantía, naturalmente, nuestro país no ha sido ajeno a estos tinglados, casi inevitables en semejante contexto, y desde los affaires de las obras públicas de la segunda mitad del XIX hasta los velados escándalos del presente, el dinero ha producido favor político y el favor político ha producido dinero.

El fallo del planteamiento en este caso fue no contar con los citados socios, ya que ellos, al enfrentarse con asunto tan poco digerible, lo desecharon explícitamente y las operaciones, que parecía iban a ser muy sustanciosas, lo fueron muy poco y duraron meses.

Los comerciantes las abandonaron al comprobar la ineficacia de tal alianza, y los de la Obra a medida que las conciencias eran éticamente más lúcidas.

Paralelamente se desencadenaba una estrategia consistente en crear empresas mercantiles o apoderarse de otras existentes. El asunto está mal contado en la mayoría de los libros críticos por falta de datos ciertos y exceso de imaginación.

Un escaso número de financieros, encariñados con las personas o las actividades de la Obra, favorecieron los planes de unos poco socios, algunos hombres fuera de serie, y primero en España y después fuera de ella, ayudaron al establecimiento de una red de empresas de la que el Opus Dei ha sacado más quebraderos de cabeza que beneficios materiales. Y menos espirituales. Tan es así que desde Roma se intentó dar carpetazo al asunto cinco o seis años después con notorio desconocimiento de la realidad, porque los lazos de intereses son difíciles de desatar de golpe.

Esas empresas necesitan hombres para trabajar, para los Consejos de Administración, etc., y el Opus Dei no tenía bastantes. Aparte de improvisar unos cuantos, que aprendieron a base de fracasos, se fichaba a gente prometedora y cercana o se aceptaba a los que aportaban los aliados.

Un amigo mío dice que estar cerca de la Obra entonces era entrar en alguna de las empresas que se creaban a buen ritmo. Si no entrabas a la primera, lo hacías a la cuarta. Pero entrabas. Y cuando se mezclan ya intereses personales es más difícil gobernar las empresas con criterios extracomerciales e imponer decisiones que afectan al bolsillo de los que no tienen más

motivación para su trabajo que la normal. Por eso, los lazos de intereses creados entonces persisten ahora aunque de manera más profesionalizada, como suelen decir los de la Obra.

Las sociedades eran de variada índole. Unas, mera plataforma de actividades apostólicas, como las que tienen en su propiedad los edificios para dar ejercicios espirituales, albergar estudiantes, etc. Otras, en el mundo del libro, de los periódicos, del cine, para la influencia doctrinal, y otra, en fin, sedicentes lucrativas, para ganar dinero. Esto de ganar dinero nunca ha sido fácil. Ni siquiera en los más tristes momentos del mercado intervenido. De modo que los pobres hombres a quienes tocaba administrar las lucrativas se las veían y se las deseaban para contentar el deseo insaciable de los dirigentes por obtener beneficios inmediatos sin poder calmarlos con argumentos tan sencillos como el de que toda inversión requiere un tiempo para producir.

Y que, a veces, hay negocios en que se pierde. Algunos de estos lances desembocaban en crisis de conciencia y abandono de la Obra.

Hoy, casi todas esas empresas, las que sobreviven, han pasado a grupos bancarios más o menos influidos por gentes de la Obra o están siendo protagonizadas por aquellos socios que las administran. Sin embargo, los problemas de transferencia jurídica y económica son complicados porque a cuestiones de mero interés se unen otras más enrevesadas, como es la capacidad real de tener y poseer de los socios numerarios en el contexto de la normativa de la Obra, de lo que me ocuparé más adelante.

Al reflexionar sobre esta etapa, la pregunta es automática: ¿Y por qué todo ese esfuerzo mal planeado, cuyas consecuencias negativas podían anticiparse, considerando aventuras similares de otras organizaciones religiosas?

1. Por qué surgieron los negocios.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que los protagonistas eran bastante jóvenes, con poca experiencia. Y que el mundo mercantil, con su toma y daca inexorable, favorece escasamente la filantropía.

Como dice con cinismo un Manual americano: "Las empresas deben librarse de los filántropos, porque su conducta es imprevisible".

En segundo lugar, las máximas financieras del padre Escrivá no difieren mucho de las consignas apostólicas: "Se gasta lo que se deba, aunque se deba lo que se gaste", "Dios más dos más dos". Pero con la diferencia de que los Apóstoles no pretendían montar un imperio comercial administrado por ejecutivos entrenados a la americana, sino plantear espiritualmente una vida de auténtico desprendimiento.

Tampoco es que inicialmente la Obra pretendiera crear una red de empresas propias, sino que el horizonte de tareas y actividades apostólicas, diseñadas con criterios de catolicismo a lo Spellman, demandaba y demanda cantidades fabulosas de dinero. Por una parte, había que albergar y dar de comer a cientos de socios solteros con pocos ingresos. Muchas veces el espectáculo de pobreza y falta de lo elemental que ofrecían las casas de la Obra, sobre todo fuera de España, estimulaba la compasión no sólo de los ajenos sino de los comerciantes de la Obra, que se veían así más espoleados a sacrificar la legitimidad de sus operaciones por una causa pía. Por otra parte, el padre Escrivá lanzó a sus subordinados a una orgía tal de realizaciones materiales que la tensión por conseguir dinero para financiar actividades básicamente

deficitarias producía y produce crisis de conciencia y una deformación muy acusada del trato con terceros que van aprendiendo a esconderse de las incursiones mendicantes. Como en las Cruzadas, al grito de Dios lo quiere, la exigencia a terceros para que cooperen con haciendas y patrimonios ha sido una de las más fundadas causas de esa bien ganada fama de atracadores que tienen los socios del Opus Dei.

Lo malo es que en la Obra se cree de verdad que Dios lo quiere. Como dice Friedman, en la economía capitalista debería darse una ley según la cual cada uno es muy dueño de hacer el bien a los demás siempre que sea con su propio dinero.

Porque esta es la cuestión. La Obra ha nacido en una sociedad capitalista, sus miembros han sido extraídos mayoritariamente de la clase media y su formación los llevó a ejercer un apostolado de inserción en dicha sociedad y eventualmente de actividades benéficas dentro de ella. No comprendieron que así se tendían a sí mismos una peligrosa trampa.

La sociedad capitalista se rige por las leyes del interés individual, la propiedad privada y el mercado, más o menos impurificadas por la intervención gubernamental y las presiones de los grupos de interés. Salvo que se esté fuera de ella por la vía de la huida del mundo o se aspire a transformarla revolucionariamente, quién más, quién menos debe pagar tributo al sistema, erosionando sus planes y a veces también sus intenciones. Al plantear la Obra sus apostolados como centros de formación de la juventud, por ejemplo, debía plegarse a todas las reglas del juego en cuanto a adquisiciones, permisos, etc. Es decir, debía conseguir dinero e influencias dentro del sistema.

Si se tiene dinero, nadie te pregunta nada cuando compras o alquilas algo, generalmente basta enseñar el color de tus billetes. Esa es una de las invectivas más frecuentes de los socialistas contra la inmoralidad del capitalismo. En la sociedad de consumo se puede comprar prácticamente todo. Siempre que se tenga dinero. Incluso puede uno vivir, de ahí el nombre, no haciendo otra cosa. Y nadie pide explicaciones por ese comportamiento. Más bien, el sistema productivo y fiscal lo agradece. Pero cuando no se tiene, o no se tiene suficiente para lo que uno pretende, las cosas se complican.

Si la Obra en aquel momento hubiera elegido la vía que hoy predica más, es decir, el apostolado personal dirigido, o sea, que cada miembro de la Obra convenza al mayor número posible de personas de que hay que rezar y portarse bien, no hubiera necesitado tanta infraestructura. Al fin y al cabo los amigos se ven en el café o dondequiera que se reúnen las personas. Pero no, se trataba de tener plataformas.

Y cada plataforma cuesta un montón de sacrificios y genera otro montón de servidumbres.

2. Necesidad de estructuras.

A este planteamiento se unió la idea, general a las viejas concepciones apostólicas, de que hay que estar presente en las estructuras temporales. De dos maneras se puede estar. Hay una tercera que es el no aceptarlas y destruirlas cuando son injustas, pero eso hubiera sido pedir demasiado.

Las dos convencionales son: primero, introducir gente en las existentes para llevar a ellas la luz del Evangelio. Y entonces te sometes a las reglas del juego y, tal como son las cosas en el mundo occidental, tienes una eficacia relativa para cumplir tus objetivos. O crear estructuras paralelas donde tú pones las reglas.

El Opus Dei ha usado ambas, pero cada vez más la segunda. Léanse centros de enseñanza, medios informativos, etcétera.

En el asunto de las influencias pasa lo mismo. Cada socio del Opus Dei colocado en un centro de poder es un potencial benefactor para las actividades de la Obra. Dando créditos o sugiriendo que se den, abriendo el paso a sus correligionarios, protegiendo a los amigos. Todo ello se ha dado y se da, pero cada vez más de forma desorganizada e incontrolada, porque es inevitable que las personas no terminen utilizando en su propio provecho o en el de sus familiares y amigos las facilidades inicialmente destinadas a favorecer actividades apostólicas.

Todavía no hay experiencia para averiguar cómo se comporta el Opus Dei en países socialistas. El padre Escrivá sostiene que no quiere mandar al martirio a sus hijos y esa es una manera de enjuiciar tales países. De muy otra forma enjuician el asunto bastantes católicos polacos, checos o cubanos. Más bien, tras una inicial confrontación, comienzan a aceptar los idearios del socialismo y se esfuerzan por entender su cristianismo desde ellos. La mayoría, por supuesto, no creen que la sociedad capitalista sea mejor lugar para la fe católica. Y van adquiriendo derechos de culto, asociación, etc. Con mil malentendidos, fruto del pasado, pero en un camino posibilista que parece tiene el apoyo de la Iglesia oficial.

La sedicente riqueza e influencia económica del Opus Dei hay que entenderla, pues, así. Es un modesto flujo de sueldos y rentas que puede disminuir, si varía la normativa interna sobre propiedad y disposición de bienes de los socios numerarios. Y una cierta afluencia de ayudas. Todo ello mal administrado y totalmente insuficiente para los gastos de presente y las previsiones de futuro de la organización. Y mucho menos para seguir alimentando la fiebre expansiva, en ladrillos y cemento, del padre Escrivá.

Las inversiones no resistirían un estudio de rentabilidad. De modo que, siempre en términos de economía capitalista, y salvo que existan fondos secretos, no sería buen negocio adquirir acciones de la Asociación si salieran al mercado de valores.

Sin embargo, la fuerza de esa dinámica imprime un feo tinte de interés a muchas de las reglas, instrucciones y actividades de los dirigentes, que no pueden dejar de ver, en cada miembro o amigo, una vaca que ordeñar.

De ello tienen triste experiencia las familias de los socios, con frecuencia expoliadas en el interés supremo de la Obra, y los que han dejado la Asociación tras una penosa negociación de supervivencia económica.

CAPÍTULO II: EL OPUS DEI Y LA POLÍTICA

1. Los hechos.

"Nos han hecho ministros" Con estas palabras saludó el padre Escrivá la llegada al poder de los primeros socios. El posesivo podía sonar feo, pero en aquellos momentos la gente de la Obra no estaba para pesimismos.

Una extraña euforia, no compartida por todos, comenzó a apoderarse del clima interno. Ahora se vería el gran servicio que iban a prestar a la sociedad los nuevos apóstoles.

Inmediatamente comenzó la formación de los equipos auxiliares y hasta los más alejados de la política se permitían recomendar a tal o cual socio para subsecretario o para director general. También empezaron a sufrir las conciencias porque los políticos no sabían cómo resistir las presiones internas, administradas por la vía del consejo que los socios se obligan a recibir sobre los asuntos importantes de su profesión.

Quienes gobernaban la Obra no se daban cuenta de lo que se les venía encima.

Los recién ascendidos llegaban al Gobierno precedidos por una serie de realizaciones en el mundo intelectual y mercantil y desde luego no desmerecían mucho del resto de los promovidos desde otras plataformas. La historia de esa época de la política española ha sido ya enjuiciada desde muy diversos ángulos y con el tiempo irá recibiendo una mayor clarificación.

Los políticos de la Obra tuvieron acceso preferencial a las áreas económicas del Gobierno. Con anterioridad algunos ejercieron una cierta influencia en la política educativa y otros o los mismos participaron en los primeros lances de la entente oficial con la monarquía de Estoril. No puede decirse que todos ellos adoptaran entonces una estrategia homogénea porque la propia biografía cuenta mucho, pero de alguna manera patrocinaban una cierta aproximación al futuro de España que tenía que ver con la restauración monárquica como sucesión del franquismo y la defensa de las esencias del 18 de julio contra los primeros brotes de pluralismo ideológico. Sin embargo, donde más se notó su gestión fue en el apuntalamiento de la precaria situación económica merced a un comienzo de liberalización del mercado complementado con intentos, no tan felices, de reorganización administrativa.

Desde aquella primera ocasión, y con continuidad hasta hoy, las relaciones apostólicas dieron también frutos políticos. Y no es que se tratara siempre de una operación montada desde los mandos de la Obra. Los socios elegían a sus colaboradores y promovían nuevos valores entre sus amigos y conocidos y era casi inevitable que las amistades nacidas al calor del apostolado no fueran ocasión para otras alianzas, y al revés.

Había que pedir consejo y entonces entraba la burocracia de la Obra, aunque no es nada seguro que el mecanismo funcionase siempre así, porque la vida es a la vez más rica y más compleja que los esquemas.

Lo cierto es que un socio del Opus Dei a quien le gustara la vida pública encontraba fácil el acceso a ella por aquellas épocas. Como fácil lo era ser catedrático o empresario. Siempre que fuera mínimamente presentable.

Tampoco puede decirse que no había socios en otros grupos políticos españoles. Incluso algu-

nos de los citados formaban parte de ellos. Pero la ascensión por esa vía era más complicada, en parte porque sus líderes empezaron a sentir recelo y hostilidad hacia esa nueva forma de acceso al poder que no podía identificarse con ninguna de las dos o tres que el Jefe del Estado usaba para reclutar a sus colaboradores.

Y gentes de la Obra, incluso y especialmente los no incorporados a esa mecánica operativa, comenzaron a padecer en su carne la animadversión que sus hermanos en el Instituto provocaban en los centros de poder e influencia del país.

Casi a la vez, en virtud de una reducción equívoca al común denominador más advertible, las empresas propiamente apostólicas de la Obra y las auxiliares recibieron idéntico trato adverso y así se añadieron nuevos enemigos a la larga lista de quienes, principalmente desde las esferas religiosas, veían con malos ojos la expansión de la Asociación.

Ante tamaña perspectiva era muy difícil no cerrar filas y este ha sido un comportamiento frecuente entre aquellos socios de la Obra que no aciertan a interpretar las intenciones de sus críticos. Porque, las más de las veces, nadie está contra la labor religiosa siempre que sea inequívoca. Pero vaya usted a aclarar equívocos en un país donde las comunicaciones subterráneas y las transferencias de influencia han ligado tantas veces a instituciones religiosas, políticas y económicas. Y este caso, obviamente, no fue excepción.

Con el transcurso del tiempo, el optimismo inicial cedió paso al crudo realismo, cuando no al pesimismo y desaliento de los socios dedicados a tareas estrictamente religiosas o a su propia y legítima profesión dentro y fuera de España.

Y comenzó una larga y ampliamente estéril campaña de clarificación, cuyo balance no necesita comentarios. Entre otras razones, porque la gente está deseando pruebas y las que recibe no son satisfactorias.

Cuando se pretende invocar, en defensa de la libertad política de los socios, las actitudes no gubernamentales de algunos de ellos o los malos tratos que reciben desde el Gobierno, nadie lo niega. Solamente que este hecho, fruto de la fragmentación del poder y de la manera de actuar de los ministros cara a El Pardo y a su propio futuro, no invalida la otra historia.

Más bien la hace más triste y no faltan las averiguaciones y los rastreos de la biografía de los victimados hasta encontrar algún hilo conductor que lleva inexorablemente a esa intrincada madeja de intereses y relaciones comunes. Como dice R. S.: "para que se entienda la Obra, hay que acabar con el Opus". Hoy la cuestión política española divide ásperamente los hogares del Instituto. Y, desde luego, proporciona el más jugoso de los temas de tertulia. Los directores se las ven y se las desean para tratar de encontrar puntos de solidaridad a una disensión tan acusada. Pero la verdad es que fueron ellos los que la pusieron en marcha al proclamar la libertad política. Cuantos socios se interesan por los asuntos públicos, y son muchos, tienden a ejercitar una relativa libertad de expresión en sus hogares, y el resultado son más discusiones y más quebranto de la unidad interior, que se ve amenazada por una de las fuentes tradicionales de disensión familiar.

Y como es muy difícil dar consejos sobre materia tan resbaladiza, la consigna de los dirigentes es tan pueril como la de las madres de familia: discutir pero sin haceros daño. Para terminar prohibiendo que estos temas se toquen en las casas, con lo cual se hace más inalcanzable la fraternidad, porque las personas no pueden ser amigas ni tener cosas en común a menos que se comuniquen recíprocamente sus puntos de vista, especialmente sobre los temas importan-

tes de la vida.

Situado hoy el grupo en cuestión muy cercano a la fuente de decisiones más concluyente de la política española, está pagando tributo a las habituales servidumbres del poder y protagonizando, con mayor o menor sinceridad, una actitud radicalizada que de rebote hace más incómoda la posición interna de los restantes socios de la Obra. Porque una cosa es discutir de política y otra militar en distintos grupos y participar activamente del juego. Indudablemente, ante los problemas con que hay que encararse surge el recurso a lo más íntimo de cada uno y a las personas que tienen que ver con ello, la familia, el entorno inmediato. De modo que la posición arbitral de los directores de la Obra no es precisamente digna de envidia.

2. La política sacralizada y una utopía.

Y otra vez surge la pregunta: ¿Por qué el Opus Dei hubo de sumergirse en la bronca lucha por la identidad política de este país mediterráneo y conflictivo? No es que hubiera en la Obra, como en la mente del general De Gaulle, una cierta idea de España. Es que aquí, como en el apartado anterior, las maneras de entender la religión y la historia de los hombres propias del grupo fundacional iban a desembocar fatalmente en esta confusión.

Dos son, para mí, las explicaciones más claras del fenómeno. Una hace referencia a esa teología del orden anclada en la Iglesia católica preconciliar y en otras confesiones no católicas.

La extensión del Reino de Dios, de forma militante y aguerrida, requiere la colaboración de algún tipo de brazo secular que imponga la sumisión de las conciencias. Y una vez sometidas, se hace precisa una alianza con las instituciones rectoras de la convivencia para hacer prosperar pacíficamente ese orden ideal sin alteraciones nacidas de otros modos de entender la fe o la sociedad. Los préstamos y transferencias de ideas e influencias entre una religión así institucionalizada y un sistema de poder cualquiera y los conflictos consiguientes han sido suficientemente descritos por los historiadores.

La Obra necesitaba, para la expansión de sus actividades, ese tipo de apoyo, y los hábitos mentales de sus dirigentes, tan aptos a asociar el Reino de Dios con la historia más confesional del pueblo español, no podían dejar de considerar las ventajas globales que para todo ello tendría el acceso al poder de sus miembros.

Y cuando ya no hay orden ideal, porque a una concepción estática sucede otra dinámica del acontecer social o el magisterio más autorizado de la Iglesia trata de dar por finiquitada la alianza entre el poder y el altar, los católicos que creían en ella se enfadan. O, como en el tenis, la jugada les coge a contra pie. No hay nada más ridículo que el espectáculo de esos políticos españoles, entre ellos algunos de la Obra, que intentan negar al Papa y a los obispos competencia para definir la estrategia de la Iglesia en materias sociales... Se repite la historia de España.

La otra explicación es más increíble pero no menos cierta. Los primeros documentos internos de la Obra en su versión inicial describen con tonos majestuosos la siembra fecunda de nuevos apóstoles que produciría en la sociedad un fermento cristiano renovador en virtud de su acceso a la política, a la enseñanza, al comercio exterior. Era una hermosa utopía, llena de referencias a la voluntad de Dios, que como tantas otras fue desbaratada por los hechos. La idea era que cada socio iba a estar tan asistido por la Providencia en sus empresas, que bastaba con esperar al crecimiento cuantitativo de la Asociación para que los males del mundo tuvieran un remedio mágico. Pero la historia posterior vino a confirmar aquello de "llegaron los sarracenos" ...

Los socios del Opus Dei no tenían ningún talismán para arreglar el mundo, mucho menos ese trozo tan conflictivo que es la Península Ibérica. Cada uno era hijo de su historia, y llenos de buenas intenciones pero no muy sobrados de experiencia, echaron su cuarto a espadas en la ya confusa situación política nacional. Jugando las cartas que entonces se repartían, no fueron ni más listos, ni más prudentes, ni más valientes que sus compañeros de armas. Y el affaire Matesa vino a probar que también se equivocaban. Y, cómo no, a introducir un nuevo motivo de disensión interna porque también sobre él había posiciones encontradas de los socios que no podían ser limadas por los buenos oficios de los dirigentes en su afán de templar unas gaitas que esta vez tenían sones más dramáticos.

3. Libertad política de los socios.

Ante todo ello, y mientras las oficinas informativas seguían repitiendo la misma cantinela de la libertad política, se inició una nueva campaña destinada a convencer a propios y extraños de que no sólo había libertad sino que nunca hubo interferencias de las autoridades de la Obra en las actividades políticas de sus socios. El padre Escrivá llegó a decir en una entrevista que, si las hubiera habido, él se habría marchado automáticamente de la organización. Semejante afirmación llenó de estupor y justa indignación a los que estaban en el secreto, ya que muchos recordaban las soflamas contra los enemigos de la fe y de España que los mayores de la Obra introducían como una asignatura más en los cursos de formación interna. Y las curiosas operaciones de apoyo al poder establecido que se organizaban desde las casas de estudiantes de la Obra. Todavía en 1970 el propio padre Escrivá se ufanaba en privado de haber recomendado la candidatura de uno de los ministros.

Tratando de hacer adivinanzas, yo he llegado a la conclusión personal de que sus simpatías políticas, relacionadas con la mayor o menor expectativa de favor, han seguido la misma trayectoria que la estrategia del general Franco confeccionada, como es sabido, por el principal de los socios que actúan en política. Muchos de los socios que piensan por sí mismos y no se creen las versiones de sus directores, han empezado a sospechar esa misma coincidencia y están más que incómodos ante el desarrollo de los acontecimientos. Cuando piden claridad en los hechos, se les reenvía el terreno de las intenciones, con lo cual terminan por no preguntar, añadiendo este a los otros interrogantes que van erosionando la integridad de su vinculación al Opus Dei.

Y como resultado adicional es prácticamente imposible hoy reclutar adeptos para la Obra entre hombres con una ambición política específica, ya que hasta los católicos más piadosos desconfían de la oferta aparentemente neutralizada que se les ofrece.

4. Técnica y política.

Y ¿tiene algo que ver el pertenecer a la Obra con el talante político y las realizaciones de los llamados tecnócratas? He aquí una buena pregunta. Yo me la he hecho muchas veces y aún no estoy muy seguro de mi respuesta. Por el terreno, tan tranquilizante por lo usado, de referir los comportamientos de presente a la biografía respectiva, resulta fácil etiquetar a las personas. Pero luego viene la libertad y estropea cualquier esquema cuando uno enjuicia a hombres que de verdad siguen el penoso sendero de acomodar sus obras a su conciencia y no dejarse manipular ésta.

Expertos hay en todos sitios. Y cada vez más. No hay manera de vivir sin ellos. Pero así como ninguna mujer de su casa resolvería sus problemas afectivos convocando una reunión de los

fontaneros, carpinteros y demás expertos que hacen su vida más cómoda, tampoco parece que los países se decidan a entregar su futuro sólo a los expertos del bienestar material. Más bien estamos asistiendo, a escala mundial, a una recíproca fertilización de expertos de muchísimas cosas, que camina hacia síntesis cada vez más comprensivas en el conocimiento y manipulación de la realidad.

Cuántos de sus consejos sean fiables e instrumentables, qué dimensión ética prevalece en ellos y cómo va a soldarse este nuevo tipo de poder con las todavía vigentes potestades públicas, son los nuevos interrogantes. Pero indudablemente por ahí van las cosas, como se deduce de la simple lectura de los periódicos.

La crisis más enunciada entre las muchas que hoy se advierten es la lentitud con que la tecnología de la convivencia sigue los pasos a la de la manipulación de la materia. Pero no parece que nadie aconseje, ni que vaya a ocurrir, que se detenga el progreso de la segunda para acompasarlo al de la primera. Más bien casi siempre resulta que cada progreso técnico genera un cierto tipo de modificación en el comportamiento colectivo, aceptado por unos y rechazado por otros, a tenor de sus respectivas ideas. Hasta que vienen las síntesis y otra vez vuelta a empezar.

Las descripciones de Drucker, por citar a uno solo de los muchos occidentales que rastrean esa vinculación entre desarrollo técnico y comportamiento colectivo, son lo suficientemente interesantes para eximirme de hacer yo otras, con menos conocimiento de causa y dedicación al tema.

Muy atractivas resultan también aquellas aproximaciones que enjuician los datos desde una perspectiva superior, como hace Garaudy en L'Alternative.

Por lo que se refiere al mundo occidental supuestamente más desarrollado, la confrontación entre el capitalismo y el socialismo parece estar llegando a un punto de diálogo, muy propiciado por los progresos de la tecnología, que en su simplismo derriba argumentaciones enteras a fuerza de presentar proyectos realizables. La defensa ideológica de la propiedad, una de las claves del arco del capitalismo, está cediendo ante las exigencias prácticas. Porque ¿cómo aceptarla en relación al suelo urbano?

Hasta el republicano Nixon socializa la producción, marcando guidelines y restricciones a los pactos sobre precios y salarios, dejando todavía, y ese es el reproche marxista, al libre juego de los egoísmos la apropiación de los frutos y su consolidación institucional.

5. Socialismo, capitalismo y juventud ante la evolución.

Los defensores de la sociedad de autogestión pretenden plantear la discusión en el terreno de los fines, sin aceptar los hechos del pasado más que como proyectos realizados frente a los que no lo fueron y se encaran igualmente con las realizaciones socialistas y las capitalistas desde una concepción antropológica audaz y optimista. Las luces vienen esta vez del tercer mundo, especialmente de América Latina y China continental, probando una vez más que el hombre medio reflexiona más agudamente cuando tiene que resolver problemas en el vacío de la especulación. Y si Mao se pone a la cabeza de un movimiento contra la burocratización de su propio sistema, Paolo Freiré se niega a alfabetizar a los adultos de los Andes sin que en esa operación cobren también conciencia de la opresión que los esclaviza. Se trata, dicen, de socializar a la vez el tener, el poder y el saber.

Se diría que el socialismo histórico se parece a las religiones institucionadas en que ambos preconizan un comportamiento ideal de los hombres. Estas lo fomentan con excomuniones y apelaciones al más allá y aquél con purgas y tanques.

Los capitalistas prefieren apostar a los comportamientos más elementales de la naturaleza humana y saben muy bien que el interés individual no les falla casi nunca. Pero la ética es más discutible. Los países llamados libres siguen siendo el lugar más cómodo para dedicarse a cualquier actividad que se conforme con unas ciertas reglas del juego.

Toda persona o grupo oprimido recibe una cierta liberación allí donde no se le imponen demasiados moldes, y en esos países se acomodan bien los revolucionarios frustrados de todas las zonas conflictivas. Al fin y al cabo, la inviolabilidad de las cuentas corrientes, la libertad de contratación laboral y las escasas medidas de control del tráfico de personas, ideas y bienes son todavía una buena retaguardia para los reformistas.

Lo malo es cuando éstos contagian a los habitantes de la Arcadia y lo peor cuando el contagio alcanza a sus hijos. Porque las nuevas generaciones, en virtud de esa especie de solidaridad instantánea con que hoy se comportan, son los protagonistas de la revolución más áspera que ha conocido la historia, asociándose con los habitantes de zonas oprimidas para luchar contra el sistema de sus padres.

El tema está muy bien descrito en multitud de obras y no pasa día sin que a él hagan referencia los periódicos. Pero a los que tenemos más de treinta años nos cuesta mucho entenderlo.

El éxito de políticos como Brandt se debe a su capacidad de averiguación de los signos de los tiempos, y mientras los jóvenes piden que la imaginación ascienda al poder, los que están en él no pueden dejar de contar con el resto de su clientela, y así vamos adoptando, a trancas y barrancas, un camino medio entre capitalismo y socialismo a la espera de lo que hagan los jóvenes cuando nosotros ya no podamos impedirlo.

También en las iglesias ocurren estas cosas, pero ya no dentro de un ámbito sacro, sino en fecunda interconexión con el resto del acontecer. Poco distingue a los jóvenes teólogos de los reformistas de su misma edad. La cantidad de residuos que tienen las iglesias occidentales como fruto de su amalgama con el sistema capitalista durante el largo período de su vigencia están saltando precisamente a impulsos de los renovadores jóvenes.

Porque ya es mala suerte que todavía partes importantes de las iglesias oficiales sigan facilitando argumentos religiosos a la ideologización de la propiedad privada cuando en el origen de tantos de ellos había una línea de ética comunitaria bien advertible.

6. ¿Los tecnócratas de la Obra ante el mismo hecho?

Los tecnócratas españoles, y en concreto los de la Obra, cooperan a la integración de España en esos sistemas ya en evolución. Y como están en evolución y nosotros vamos tan despacio, a lo mejor no nos encontramos nunca. Los encontraríamos si junto a la liberación externa se aceptara esa otra por la que claman tantos, pero esto ya es meterme demasiado en un terreno que tiene expertos más avisados que yo.

En realidad poco pueden hacer los citados tecnócratas, dadas las coordenadas de nuestras alianzas. Y no les vamos a pedir que se hagan socialistas así de golpe en presencia de la trama de intereses heterogéneos que constituyen el régimen actual. Más bien están ocupados

en dar respuestas inmediatas a ese deseo de bienestar de los españoles que, como era de prever, no han puesto barreras ascéticas a la civilización del consumo que nos ha entrado por la puerta grande del turismo.

Por otra parte, el atractivo de los teóricos del capitalismo es fascinante. Yo quedé casi triturado por dos horas de conversación con Friedman, quien, hablando de la reforma educativa española con los datos que yo le daba, terminó su comentario diciendo: "Desengáñese usted, que hasta que la educación no interese como negocio a estos señores -señalando a un banquero español que presenciaba la conversación-, no tienen ustedes nada que hacer." A mí sólo se me ocurría pensar en las desigualdades educativas y el plazo que habría que esperar, con el sistema capitalista, hasta medio lograr una cierta igualdad.

La obsesión por el crecimiento cuantitativo dentro de esas coordenadas es sólo levemente modificada por los temas de contaminación ambiental, y esto, a impulsos de los expertos jóvenes que pierden una batalla tras otra hasta ganar alguna. El tema de los fines, en un contexto humanista, va para largo con los presentes protagonistas.

Como dice Galbraith, se comportan como si San Pedro repartiera los puestos en el cielo a tenor de la contribución individual al producto nacional bruto.

Por mucho que piensen y digan en privado otra cosa, nuestros tecnócratas en ejercicio van por ahí y a lo mejor no hay más remedio que caminar a ese ritmo sin saltarse etapas. Pero eso no es ningún consuelo para los menos favorecidos.

En la Obra no hay gentes importantes que actúen en socialista. No puede haberlos porque sería pedirles un sacrificio permanente de sus ideas y de sus conductas. Y un choque, también permanente, en la vida de familia a menos que se marginen de ella. Puede que haya obreros del Opus Dei preparando el relevo, pero yo no los conozco. La presencia del Opus Dei en ese medio está muy condicionada por cómo los obreros ven la religión, y le es difícil a la Obra atraerlos apostólicamente, por muchas obras de educación y beneficencia que organice en su favor. El mensaje implícito de ellas es paternalista y, en el fondo, mantenedor del status quo. Yo diría que se ganan adeptos en el obrero seducido por la sociedad de consumo. Pero no entre sus hijos. Al menos adeptos permanentes.

CAPÍTULO III: EL OPUS DEI Y LA IGLESIA CATÓLICA

1. Dos actitudes ante la autoridad.

La interpretación del padre Escrivá sobre la situación de la Iglesia, al menos la que llega a los socios de la Obra por los canales oficiales, tiene la ventaja de ser sencilla y clara. Se compone de dos afirmaciones rotundas. La primera es que el diablo se ha introducido en la cabeza de la Iglesia. La segunda, que conviene rezar porque las cosas cambien y especialmente por el sucesor del Papa actual.

A veces llega también la imagen deseable de tal sucesor. Tendría que ser un hombre enérgico, dispuesto a sufrir mucho y que de una vez por todas estableciera los límites entre ortodoxia y heterodoxia, expulsando del pueblo de Dios a los equivocados y especialmente a los falsos pastores que hoy desorientan al rebaño.

Hay que reconocer que la parcela del rebaño que él custodia ha recibido el mensaje sin grandes aspavientos. Al menos explícitos. Y significados socios, cuando se atreven, dan esa misma interpretación a sus familiares y amigos, provocando unas zapatiestas y conflictos de tal magnitud que terminan por requerir los buenos oficios de los dirigentes para aplacar los ánimos ofendidos.

La desconfianza que los gobernantes del Opus Dei sienten hacia las personas que ejercen autoridad en la Iglesia es sólo comparable al calor con que predican la adhesión a los oficios que desempeñan. Y así hacen compatible una crítica mordaz contra los eclesiásticos que no son de su agrado con las más encendidas protestas de amor y devoción al Vicario de Cristo, a la silla de Pedro y a la jerarquía.

La actitud es muy semejante a la de cualquier grupo que pretenda la conquista del poder aduciendo naturalmente que ellos lo van a usar mejor que los actuales.

Sólo que el cinismo y la ingenuidad de tal planteamiento han sido puestos en solfa por la humanidad desde hace mucho más tiempo que el que lleva existiendo la Iglesia católica.

En términos de teología preconciliar, que es la oficial de la Obra, semejante comportamiento es cualquier cosa menos ortodoxo, pues los movimientos que lo han adoptado han solido ser calificados de herejías.

El modelo canonizado de reformador ha ido más bien por la línea de la persuasión, tratando de convencer a las potestades pero sin dudar de su legítima autoridad ni de que estaban tan iluminados por Dios por lo menos como él mismo.

Han sido ejemplos de sufrimiento y esperanza, decían en público lo que pensaban en privado y generalmente tuvieron poco éxito. Yo pienso que esta actitud del padre Escrivá se debe interpretar principalmente a la luz de las vicisitudes de la aprobación del Opus Dei.

2. Lucha por la institucionalidad canónica.

La historia de la batalla jurídica, como él llama a sus negociaciones con el Vaticano, cuando sea escrita por sus protagonistas, si ello sucede, promete ser muy interesante. Como todo conflicto entre hombres que pretenden actuar de intérpretes de la voluntad de Dios y el bien de la

Iglesia, en uno u otro lado.

Los retazos de ella accesibles a la gente común son bastante fáciles de interpretar, especialmente en el contexto de lo que ya es materia evidente de los pontificados respectivos. El modelo de organización que el padre Escrivá llevó a Roma para su aprobación, avalado por los obispos que pudo persuadir en aquel tiempo, era básicamente un privilegio en la entonces vigente normativa de los estados de perfección. Aún no había llegado la clarificación posterior del apostolado de los laicos y el padre Escrivá pedía sencillamente manos libres en la conducción de sus leales y una cierta cantidad de las ventajas que en términos de exenciones y beneficios habían conseguido antes otras organizaciones religiosas.

La preocupación por la normativa, tan peculiar de la curia de Pío XII, por el orden y concierto de las instituciones, y el recelo evidente de los que veían en la Obra una competencia a su anterior cuasimonopolio del apostolado seglar, se concitaron para poner obstáculos a la empresa. El asunto tuvo un primer final feliz, merced a uno de tantos compromisos que registran los archivos vaticanos.

Los Institutos seculares, singular pieza de heterogeneidades, constituyeron el resultado del compromiso y fueron celebrados por entonces, 1947, como el último eslabón del proceso en la penetración evangélica de la sociedad. En ellos se perfilaba un tipo peculiar de hombre de Iglesia ni religioso-religioso ni seglar-seglar, por lo que hacía a sus compromisos jurídicos y espirituales.

La satisfacción por esta primera legitimación vaticana no duró mucho porque enseguida se dieron cuenta los de la Obra de que, sin ostentar ellos el monopolio de interpretación de la nueva ley, era inevitable que surgieran grupos prestos a utilizar el nuevo ropaje para vestir propósitos y finalidades bien variados y con frecuencia diversos al del primer aprobado y puesto como ejemplo.

Prontamente desenganchó el padre Escrivá sus corceles de carro tan conflictivo, retirándose a un modelo más general, Asociación de fieles, que si bien no daba explicación jurídica a todo lo que en la Obra ya ocurría, tenía la ventaja de definir poco.

Las negociaciones para conseguir una nueva autorización quedaron sumergidas en la más vasta problemática que el Concilio produjo con su énfasis en lo pastoral y que está trastocando las reglas y constituciones de una Iglesia que empieza a desconfiar de la ley como motor o definidora de comportamientos.

Mientras tanto se sucedían las confrontaciones con la jerarquía ordinaria. Con los que creían en la legislación y entonces pedían mil explicaciones a un interlocutor a quien tenían por Instituto secular. Y con los que se atenían a los hechos y enjuiciaban a la Obra por sus frutos.

Prevaliéndose de las nuevas modas sobre el apostolado de los laicos, a quienes la Iglesia parece ahora respetar más e incluso conceder voz y voto en temas antaño intocables, el padre Escrivá, doliéndose de los resultados de aquellos pactos inevitables, explica a quien le quiere oír que todo en la Obra es informal, desorganizado y libérrimo. Pero sus socios saben muy bien, porque también lo repite en la intimidad, que las primeras constituciones, santas, perpetuas e inviolables, no van a variar esencialmente. Que sea lo esencial no se sabe muy bien, pero sin duda tiene que ver con los compromisos y reglas vigentes que terminan afectando a la vida civil de los miembros, de una u otra manera. La aprobación de la Obra por el Vaticano, que constituye desde hace muchos años objeto de plegarias y esfuerzos, tiene hoy mal cariz.

Por una de esas concomitancias que la historia registra, algunos de los actuales detentadores del poder en la Iglesia, aparte de estar a kilómetros de la mente del padre Escrivá, parece que tienden a mezclar en el mismo guiso ese tema y las negociaciones concordatarias con España.

La razón es la presencia al otro lado de la mesa de socios de la Obra, protagonistas del asunto en nombre del Estado. Cómo se comunican entre sí ambas operaciones es bien difícil de saber, pero unas y otras personas no se recatan en enjuiciarse. Y no precisamente en términos versallescos.

Junto a ello están las otras presiones. La indudable aportación de la Obra al mundo de la enseñanza y beneficencia católicas es un gran argumento en pro de la aprobación. La imagen de unos hombres que se unen para mangonear en sociedad y apoyar a un régimen político discutido lo es en contra.

Sea de ello lo que fuere, hay una cosa muy conveniente. Si es verdad que la Iglesia católica ya no se ve a sí misma como un Estado que reglamenta la vida de sus súbditos salvo en términos muy generales y pastorales, ¿por qué no acceder a lo que solicita el padre Escrivá?

3. Fuerza actual de la Obra y relaciones con otros grupos.

La versión que circula es que pretende el establecimiento de una diócesis personal para regir con potestad ordinaria a los que acepten sus reglas de juego. Pues désele el permiso en buena hora, que tampoco es para tanto.

Lo importante será comprobar cuántos católicos querrían pertenecer a esa diócesis, porque si son muchos, señal de que el catolicismo que la Obra predica tiene capacidad de convocatoria. Y no parece que la Iglesia esté hoy para muchas exclusiones, cuando además de siempre ha predicado que en la casa de Dios hay muchas moradas.

Al padre Escrivá, si en vez de mirar hacia la jerarquía mirara más hacia su gente, no le importarían mucho las aprobaciones. Otros fundadores, incluso en tiempos más legalistas, se preocuparon menos por ellas. Y hoy, los hombres que tienen fuerza para atraer en nombre de Dios, sea cual sea el producto que ofrezcan bajo tal apelativo, ven llenarse los estadios para escucharles sin necesidad de muchas reglas. A más de uno he oído yo decir que su mensaje era que cada cual fuera fiel a su conciencia y con ello él, el predicador, se daría por satisfecho.

La Obra, en sus tiempos más juveniles y pioneros, tenía el atractivo de lo espontáneo, incluso de lo clandestino. Desde los ánimos apasionados del catolicismo latino de posguerra, aquella era una aventura totalitaria por la que valía la pena sacrificarlo todo para dar cumplimiento a la gran utopía evangelizadora del padre Escrivá.

Hoy, otros movimientos espontáneos del catolicismo posconciliar, como las comunidades de base, ofrecen un espectáculo muy parecido de entusiasmo y adhesión no formal. Como tantos otros fenómenos de religiosidad que se constatan en la mayoría de los países. Y para algunos de la Obra que vivieron los primeros tiempos, resulta triste que desde su organización, ya uncida por mil ataduras a tanta estructura civil y religiosa, se critiquen y desautoricen unos grupos que están ahora disfrutando de la misma excitación de que ellos gozaron.

Mientras la Obra encuentra cauce en la normativa eclesiástica, sus relaciones con las demás organizaciones y autoridades religiosas no se puede decir que sean cordiales. Desde su origen tuvo el movimiento un singular cariz excluyente, negándose en cuanto tal a cooperar con otras

familias eclesiásticas.

La Obra estableció una de esas organizaciones paralelas que tanto irritan a los ordinarios no sólo porque escapan de todo control sino porque duplican y triplican la labor apostólica generalmente sobre vetas cristianas ya muy explotadas. La acumulación de órdenes, congregaciones, asociaciones que florecen en lugares donde la fe es consustancial a la convivencia es desde luego un signo de vitalidad, pero también uno de tantos obstáculos a la imagen más universal de la Iglesia que quiere desprenderse de ese carácter de ghetto que tanto le ha perjudicado.

La Obra cayó lógicamente en la misma fácil tentación y, a lo largo de la geografía católica, se disputa con otras organizaciones los favores de una clientela que puede fácilmente identificarse mediante un uso no muy costoso de procedimientos estadísticos. Las otras grandes aventuras, la penetración en el mundo intelectual, obrero, la evangelización de los viejos y nuevos paganismos van siendo arrinconadas, no sólo por falta de mensaje sino por una comodidad muy explicable.

Pero ello hace aún más desagradables las relaciones intereclesiásticas.

El apostolado de la Obra es hoy en muchos aspectos una predicación irritada contra los enemigos internos de la fe y un apostrofar permanente de los otros modos de vivir el catolicismo. Su persistente radicalización y su insistencia en detentar la interpretación válida hacen incómoda la coexistencia. De ahí que cada vez sean menos miembros de la Obra los llamados a cooperar en la pastoral de conjunto a lo que, por otra parte, explícitamente critican.

Lejos quedaron aquellos votos de fidelidad y servicio a la Santa Sede. Lejos aquellas peticiones de cuidar de lo que nadie quisiera, porque después de comprobar lo difícil que es misionar tierras agrestes y pagar un duro precio en hombres y en dinero, la Obra sirve a la Iglesia no como ésta quiere sino como sus dirigentes lo entienden.

4. Cómo coexisten la fidelidad y lealtad a la persona y a la institución.

No están los tiempos maduros para una encuesta sobre la Obra a nivel eclesiástico. Pero sería interesante averiguar qué opinan hoy sus organizaciones y sus hombres acerca de un apostolado que se vuelve hacia sí y se niega, una y otra vez, a participar de afanes comunes.

La comunión con Roma es cada vez más un asunto de corazones y de fe que de dependencia jurídica y jerárquica. Así la sienten hasta los miembros más rebeldes de la Iglesia que se niegan a deponer sus opiniones y mantienen con Roma unos lazos que la Curia se esfuerza no en romper sino en vigorizar.

Hay como un sentimiento de unidad en la dificultad y una conciencia de que nada bueno surge de las excomuniones. Parece como si el baremo de fidelidad al Evangelio volviera a ser una comunión en la caridad, hecha de encuentros sinceros entre hombres que, habiendo recibido el encargo de buscarlos con los no católicos, sienten que la fórmula es también aplicable dentro de casa. Esa perspectiva no es del agrado del padre Escrivá, que sigue insistiendo en la subordinación y la obediencia a Roma como síntomas de fe genuina. Pero ¿a qué Roma? ¿A la que existe hoy o a la que él idealiza?

El camino de integración que, dificultado por el sistema burocrático, es un indudable mérito del actual pontificado, no parece que pueda instrumentarse mediante ciegas adhesiones. Exige a

la vez más sacrificio y más inteligencia e incluso el sacrificio de la inteligencia.

Parece como si la Iglesia volviera a esperar contra toda esperanza, renunciando a una manera de entender su propia verdad en sus más caros y tradicionales ropajes. El nuevo encuentro con la modernidad supone decididamente un engrandecimiento de las lealtades. Lealtad, sí, al Magisterio, a una Revelación misteriosa y con frecuencia incomprensible, pero no al precio de las otras lealtades. A la propia conciencia, al raciocinio, a la solidaridad universal, a la existencia humana y a la vida como los presupuestos más válidos desde donde interpretar, con los ojos de nuestro tiempo, las propias creencias religiosas. Todo eso, hecho palabra y escritura en la voz de tantos hombres de Iglesia, se le oculta al padre Escrivá.

El no puede dejar de ver a la Iglesia en el ejercicio de potestades de dominación, porque en el fondo la evangelización es para él una empresa, un ejército en marcha con enemigos a los que combatir y que requiere, como condición esencial, la subordinación del soldado. Las transferencias entre el estilo militar y el apostolado son constantes en quien vivió sus años jóvenes en medio de una contienda que tuvo claros acentos religiosos.

Para él, ser cristiano es ser sobre todo beligerante y luchar con uno mismo y con los demás por imponer comportamientos y asegurarlos mediante lazos y vínculos. Sus clamores por la libertad no son otra cosa que deseos de tener las manos libres para someter luego a sus súbditos a mil ataduras justificadas por la sumisión de la mente y el corazón a un Dios, rey, legislador y capitán. Y cuando la Jerarquía, de quien se dice hijo fiel, desautoriza tal actitud, la califica de desleal al Dios que ambos comparten.

El planteamiento recuerda el de aquel sacerdote americano que por defender la tesis más literal de que fuera de la Iglesia no hay salvación, se vio colocado fuera de la Iglesia. Una concisa mirada a la historia de ésta nos hace ver las mil torturas padecidas por quienes rechazaron la adhesión simultánea a la fe y a la potestades de dominación. El Vaticano ha ido cediendo muy lentamente en esa estrategia de pretender someter los comportamientos y las opiniones por la vía jurisdiccional. Lo ha hecho, creo yo, aparte de por un progresivo convencimiento de su inutilidad, como consecuencia de penetrar más profundamente en lo esencial del mensaje que custodia. Y tras la larga historia de una Iglesia que, además de confesar una fe y ayudar a sus miembros a hacerlo, tenía montada toda una estructura gubernativa para dominar a sus súbditos, tanto en el fuero interno como en el externo, hoy esa misma Iglesia está arrancándose dolorosamente sus más caros métodos de compulsión, aquellos que habían sido instrumentados como sacramentos.

5. Un hecho concreto.

Analicemos, por ejemplo, el matrimonio. La exégesis prueba que ni el Antiguo ni el Nuevo Testamento establecieron un modelo unívoco de pacto matrimonial obligatorio. El mensaje bíblico iba poco a poco orientando por las vías del amor y la fidelidad las uniones entre hombre y mujer. El famoso tema de la indisolubilidad estaba planteado en ese contexto. Por ello la Iglesia ha tenido que ir buscando toda una serie de instrumentos legales para dar solución a los conflictos matrimoniales. Esto le ha ocurrido, no cuando predicaba el amor y la fidelidad, sino cuando se arrogaba la potestad de definir y ejercitar una competencia procesal sobre el contrato.

Y hoy, en el plano jurídico, por una parte se tiene a sí misma por mero testigo del pacto y por otra canoniza una determinada manera de contraerlo y sostiene su competencia para interpretarlo y enjuiciar sus crisis. Mientras tanto, todas las legislaciones civiles, menos tres, se han

decidido a establecer un modelo de contrato matrimonial y a no imponer a sus ciudadanos la obligación de celebrar rito religioso alguno. La razón de la regulación civil está en la mínima uniformidad que es requerida por todo ordenamiento para atribuir derechos y obligaciones a los pactos.

La jurisdicción civil, en ese sentido, declara más que impone. Reconoce más que obliga. Y disuelve cuando ya está disuelto el lazo consensualmente. Todo ello en el marco del modelo ofrecido por la legislación, que va variando con la evolución de los sistemas familiares y morales. Al lado de la jurisdicción se generaliza una asistencia a los matrimonios, por la vía del consejo de psicólogos y otros profesionales, financiada y tutelada por el Estado, en la que con frecuencia se insertan asesores religiosos.

La Iglesia institucional va más lentamente. En términos de organización, no de exhortaciones y deseos, continúa con la competencia procesal y la ejerce con erosiones a la fe y las conciencias de los interesados de una magnitud sólo conocida por los familiarizados con los procedimientos de separación o anulación. Convertidos estos últimos en una fórmula de divorcio vincular, se hallan sujetos a los problemas propios de personal, financiación y estructura de la burocracia que los ejerce. Recientes disposiciones tratan de abrir un camino que se presenta como el principio del fin de otra de las potestades de dominación.

Y mientras disminuyen en la Iglesia, en la Obra se fortalecen. Es interesante observar cómo la mezcla de la teología y la filosofía medieval y del imperialismo político siguen dando todavía, en pleno siglo XX, frutos vigorosos.

6. Digresión sobre lo esencial en la religión. El hinduismo.

A veces me he preguntado qué Dios tengo yo en común con unas personas que consideraban a la mujer como ocasión de pecado, discutían sobre si los indios eran personas, justificaban las penas civiles contra los herejes, decían que la libertad de conciencia era un delirio de razón injurioso para la Iglesia y lograban que un Concilio ecuménico declarase imposible que se salvaran los cismáticos y los paganos.

A una mente moderna tales planteamientos se le hacen, no más o menos acertados, sino simplemente burdos y groseros, inconciliables con la sensibilidad y las vivencias de nuestro tiempo. Conectar una doctrina de fe, basada todavía en asunciones e hipótesis de esa naturaleza con el talante espiritual de esta época es sencillamente imposible. Sin embargo, la cantidad de material de esa extracción que, consciente o inconscientemente, se emplea todavía para conseguir adhesiones en algunas zonas del catolicismo es aún notable.

El modo con que se presiona para que la gente se porte bien sigue descansando en una teología de penas y castigos, que, con razón, parece desafortunada y egocéntrica a tantas personas ajenas a la fe cristiana.

En esto, como en tantas cuestiones, se descubre una evolución lenta en la comprensión que la humanidad alcanza sobre sí misma y que se refleja en sus creencias. Por seguir con el tema esbozado, y dentro sólo de la tradición judeocristiana, cabría advertir tres etapas.

En la primera, documentada en el Antiguo Testamento, la fidelidad a Dios, el buen comportamiento, era motivado con bienes terrenales, más tierras, más ganados, larga vida, etcétera, sin apenas referencias al más allá.

En la segunda, desde la venida de Jesucristo, el premio es la gloria y así es posible entender y soportar una vida de sufrimientos si luego, arriba, está la felicidad para siempre, para siempre. hora, muy lentamente, se empiezan a advertir tres tendencias. Por una parte, a terminar con una contabilidad cara a Dios en cuya virtud nos pasamos la vida en un permanente sobresalto sobre nuestro destino final.

Por otra, el cielo y el infierno no se entienden ya como conceptos estáticos, cuasi geográficos, adonde uno va, sino como la consumación o frustración misteriosas de todas las ansias de infinito y absoluto que el hombre siente dentro de sí. Finalmente, se generaliza el sentimiento de que el mejor premio o el mayor castigo al comportamiento es la tranquilidad de la conciencia, el equilibrio ético.

Ello está relacionado con la madurez individual, pues sin salir de cualquier ciudad se pueden hoy encontrar personas que funcionan con esos módulos, con mayor o menor énfasis en uno u otro según las circunstancias. Hay gentes que sólo se portan bien si se les promete y se les da algo tangible. Otros, tantos católicos, que frenan sus fechorías o se disparan hacia la abnegación pensando en el más allá. Y, finalmente, otros para quienes es un sufrimiento grande hacer un daño consciente y son generosos y caritativos sencillamente porque no pueden actuar de otra manera.

Reconozco que en este momento la filosofía hindú me parece mucho más armonizable con el presente estado de la ciencia que nuestra filosofía occidental. En especial por la idea del mundo, de Dios y del hombre que presenta. Es a la vez más realista y más optimista.

Su interpretación del acontecer histórico como un juego divino, como un gimnasio moral donde la humanidad, a fuerza de reencarnaciones, va identificándose con el Absoluto es más atractiva y delicada que la nuestra. Es una filosofía compasiva de la situación humana, a la que contempla irguiéndose cada vez más en una continua superación de sus limitaciones. Limitaciones internas, fruto del lento caminar hacia el consciente. Y externas, producto de la ignorancia y de los condicionamientos.

Nadie puede pretender, salvo los dogmáticos, que una persona mal alimentada, escasamente ilustrada y sujeta a mil opresiones, sepa comportarse de igual modo que quien, a fuerza de depender cada vez menos de los condicionamientos, ha logrado una libertad interior responsable.

Cualquier confesor católico, por mucho que a otra cosa lo instiguen, sabe distinguir esos niveles subjetivos de moralidad y se cuida muy bien de no imponer ideales inalcanzables a quienes no hacen otra cosa que sobrevivir y luchar por la vida. Con frecuencia he observado lo difícil que es hablar de deberes a quienes están empeñados en la conquista áspera de sus derechos. No hay peor criminal que el acosado.

Frente a la mortificación del cuerpo, la filosofía hindú y la ciencia moderna recetan su entendimiento y su cuidado porque sostienen que de nada sirve una permanente crispación de los instintos si no se les da una buena razón para someterse al cerebro.

Después de un largo camino de experiencia, el hombre maduro conquista el control armónico de su cuerpo y la posibilidad de que las exigencias de éste no perturben un profundo desarrollo de la actividad espiritual y un comportamiento desinteresado y filantrópico. Las renuncias ascéticas, que en vez de liberar y ordenar las energías vitales las mutilan o entierran, se pagan luego en un deterioro progresivo de la personalidad, como pueden testimoniar tantos psiquia-

tras.

Fruto de esa ascensión personal que postulan el hinduismo y la ciencia contemporánea son todas las conquistas de la civilización y la posibilidad de una convivencia pacífica y justa que, para el hindú, está todavía lejana.

Mientras tanto, Dios no es para ellos un sancionador ni un recurso. Su renuncia expresa a la antropología para entender a Dios les evita confusiones y no caen en fáciles antropomorfismos que nosotros tanto usamos. A fuerza de hacerlo se oyen cosas como la pretensión del movimiento de liberación de la mujer que pregunta por qué Dios es un El y no un Ella.

O aquel chiste anticlerical que sentencia que Dios es bueno pero que podría ser mejor.

Los hindúes, al precio de renunciar al Dios bíblico, compañero y amigo del hombre, redentor cercano y destinatario de sus soliloquios, han logrado desterrar todo ateísmo y llegar a la conclusión, a la que también llegó el Areopagita, de que Dios no pertenece ni a la categoría de la existencia ni a la de la no existencia. Que no es un objeto más que añadir al inventario de las cosas, sino más bien una fuerza vital inteligente presente en todas ellas. Sus más importantes pensadores se asocian con los místicos occidentales en declarar que apenas saben nada sobre Dios, y que creen acercarse a El, en el silencio y el desprendimiento, "estando ya la casa sosegada".

Nada más contrario a esto que el catolicismo militante y proselitista. Sin embargo, hasta que los estudios de interpretación bíblica no avancen más, el mensaje cristiano se encuentra subordinado a unas frases, a unas ideas cuya ininterpretación elemental favorece la versión preconciliar del catolicismo.

7. El inmovilismo no es el espíritu de la Iglesia.

En la Obra, el énfasis en las potestades es congruente con todo lo demás. Por citar sólo dos casos, me referiré a la liturgia y a la confesión. Tras un período muy dogmático, la Iglesia ha decidido no imponer a los fieles una determinada lengua para hablar a Dios o de Dios. Tiende a vulgarizar las celebraciones comunes, respetando la libertad de los cultivadores voluntarios del latín.

El padre Escrivá, doliéndose del hecho, ha impuesto el latín para las celebraciones en las casas de la Obra, no ya de España sino de todo el mundo, incluido el Japón. No concede opción a sus sacerdotes, aunque no los puede obligar a seguir ese criterio cuando asisten personas que no son de la Obra. Ello trae consigo el esfuerzo suplementario de enseñar algo de latín a los prosélitos y de mantenerlo, con lecciones de repaso, en el resto de los socios. Al mismo tiempo, poco conforme con los nuevos ritos, ha montado una paraliturgia, hecha sencillamente del modelo anterior, también de obligado cumplimiento interno en unos y otros actos de culto, logrando una separación más entre los miembros del Opus Dei y los otros fieles cristianos.

El asunto de la confesión merecería capítulo aparte. La última gran operación constructora de la Obra consiste en levantar un gigantesco santuario en Torreciudad, Aragón. Se trata de conmemorar episodios de la infancia del padre Escrivá y es a la vez una reafirmación del culto a la Virgen y una apoteosis de la confesión auricular.

Conocidas son las dificultades que los excesos en la devoción católica a la Virgen producen en

los encuentros ecuménicos. Y de todos es advertida la evolución implícita o explícita en la praxis de la penitencia. Pero al padre Escrivá se le nota la estirpe, y si no quieres caldo, taza y media, o también el sostenella y no enmendalla, que tampoco es mal criterio.

Solicitando un nuevo sacrificio económico de los socios de la Obra, levanta una gigantesca basílica y declara que en ella habrá cientos de confesonarios. El éxito se le podría augurar si dispusiera de cientos de buenos psiquiatras y psicólogos que atendieran gratis allí las neurosis y depresiones de la sociedad de consumo. Pero no parece que disponga de ellos. Por otra parte, no creo que la clientela de la Obra considere rentable llegarse hasta Torreciudad para recibir una atención que puede lograr en su ciudad. Pero a lo mejor el pueblo español decide que ese es el mejor lugar para confesarse y lo llena. Todo podría ocurrir.

Para mí el tema, aparte de los problemas de conciencia que su financiación acarrea, es casi una provocación injustificada, que crea una nueva confrontación entre modos diverso de entender el catolicismo, con el matiz importante e que el que interpreta Roma no es precisamente alentador de tales operaciones.

A fuerza de creerse en posesión de la verdad, el padre Escrivá ha terminado por construir un Símbolo de la fe para uso interno que propone, con acentos dramáticos, a sus leales. Se trata de un retorno a las fórmulas tridentinas, rodeadas de un clamor por los viejos tiempos de la fidelidad y una permanente censura a la modernidad. Los documentos conciliares son citados cum granum salis y algunas encíclicas implícitamente repudiadas.

Semejante actitud desemboca en una equívoca posición de los predicadores de la Obra. Aquellos que se toman en serio la teología no dejan de advertir y lamentar la discriminación doctrinal que su líder les impone y que se traduce en un repertorio de libros o autores prohibidos. La investigación científica se hace así imposible, más aún cuando es obligatoria la censura interna de los escritos sobre estas disciplinas. En la predicación, cuando se va más allá de la pura ascética, hay el peligro de ser considerado peligroso y dejar de recibir encargos para atender cursos de formación, ejercicios espirituales, etc.

Así se va confeccionando una lista de predicadores seguros que monopolizan las actividades apostólicas y cuya palabra discurre por el estrecho sendero de una más estrecha ortodoxia.

Asustados por la presente situación de discusión abierta, ni más intensa ni más apasionada que tantas otras que registra la historia eclesiástica, los dirigentes de la Obra apuestan a lo seguro, que es una manera de confesar un miedo a la libertad de pensamiento que a estas alturas parecería ridículo si no fuera trágico. Porque en aras de la seguridad se cercena la libertad de las conciencias, refugiándose en la triste muletilla de que yo no quiero condenarme. Y por no querer condenarse, los sacerdotes de la Obra tienen que seguir amenazando a sus feligreses con la ira divina en el famoso tema del control de natalidad. Con una idea bien pobre del Dios que predican, imponen carga tras carga sin la menor discriminación a esos católicos que todavía no han entendido la responsabilidad moral personal y serían capaces de enfadarse con el Papa y borrarse de la Iglesia si un día recibieran la noticia de que también puede utilizarse la píldora.

Ese género de católicos, que tanta compasión suscitan aunque en realidad cada vez hay menos, son precisamente el producto de una manipulación de las conciencias ejercida por confesores de escasa imaginación y sobra de temor de Dios. Uno termina por aceptar la opinión tan común de que hasta que no haya sacerdotes casados no entenderá la Iglesia la naturaleza del matrimonio, del sexo y de la paternidad. Y más profundamente. Que como no llegue pronto

a aceptar que los criterios de verdad sólo muy escasamente pueden ser reconducidos a principios de autoridad, la Iglesia tendrá muy poco que hacer con las gentes educadas. Mientras el pueblo fiel era mayoritariamente un pueblo iletrado, fue cómodo e incluso aceptable que los que no pensaban trasladaran la responsabilidad del propio pensar a quienes lo hacían y éstos, misteriosamente, se creyeran investidos de un poder de lo alto para sustituir la deliberación personal. A medida que la educación progresa, resulta más difícil hacer dejación del propio juicio por muy leal y unido que uno se sienta a las personas que ejercen oficios directivos. Y ni siquiera las sanciones ultraterrenas o las apelaciones más cariñosas a la unidad pueden algo contra esa corriente de progreso individual.

Un alto funcionario de la Diputación navarra me hizo observar, no hace mucho tiempo, que el descenso operado en las vocaciones religiosas entre los niños de los pueblos concidía cronológicamente con la extensión de la protección escolar en forma de becas para estudios civiles. Esto es tan obvio que solamente un fanático puede interpretarlo como la alianza entre poderes satánicos y la corrupta naturaleza humana para restar a Dios almas entregadas.

La participación de los socios de la Obra en las nuevas aventuras del espíritu humano, que sólo pueden ser iniciadas desde una libertad interior valiente y comprometida, se hace prácticamente inconciliable con la lealtad a la Obra. Y los dirigentes, creyendo defender los derechos de Dios en la sociedad, curiosa frase, les ponen uno y mil obstáculos que terminan por desanimar al más animoso.

Mal destino el de quien confía demasiado en cualquier organización para conseguir el despliegue de sus potencialidades como hombre. Porque si todos hemos de aprender a lograrnos en sociedad y a mantener ese difícil equilibrio entre la paz interior, hecha de sosegamientos, y el diálogo vital con la compleja realidad que nos rodea, el único camino legítimo para ello es dar pasos conscientes y voluntarios, sin trasladar a nadie la responsabilidad de la propia andadura. Y cuando, por cualquier motivo, nos asociamos se hace muy necesario el "chaveta". Cuidado con lo que entregamos a cambio y a quién se lo entregamos. Porque si lo hacemos a quienes no están demasiado interesados en fomentar el desarrollo de nuestra personalidad, sino en lograr que nos adaptemos a un modelo cualquiera de comportamiento, la vida no será ya un alegre juego sino un permanente conflicto de mal planteadas lealtades.

CAPÍTULO IV: PROPÓSITOS Y ACTIVIDADES DEL OPUS DEI

A. F., cuando era decano en Pamplona, solía decir a su secretario que no rompiese el papel impreso por mucha seguridad que tuviera acerca de que la última era la forma definitiva de titular a la Universidad: Estudio General de Navarra, Universidad Católica, Universidad de Navarra, Universidad de la Iglesia con sede en Pamplona, etcétera.

El derecho de los grupos a darse un nombre, a definirse, está condicionado, por lo menos, en virtud de dos circunstancias. La primera es la propia manera de verse y decidir el futuro. Así como hay gente que quisiera cambiar de nombre, y hasta de apellidos, cuando el recibido de sus padres no coincide con la personalidad que él se va forjando, con frecuencia las asociaciones humanas, en el desarrollo de su evolución interna, llevan al papel de sus estatutos las transformaciones, los cambios en el modo de verse a sí mismas y las consecuencias de las decisiones o los pactos de las personas que constituyen el grupo. Siempre que tengan suficiente libertad de acción. Porque esta es la segunda circunstancia condicionante.

En una sociedad organizada legalmente, los grupos se adscriben a categorías jurídicas, reflejo de las sociológicas y que significan el cómo la sociedad en cuestión ha decidido clasificar, proteger y encauzar las actividades de sus ciudadanos. Cuando surgen fenómenos nuevos de asociación, los mecanismos de poder de cada sociedad los enjuicia, tratando de averiguar si corresponden a la fisonomía cultural predominante o los encaja en un molde anterior, forzando el molde o el fenómeno, o crea otro molde para que las actividades recién nacidas no vivan en un vacío legal. También puede prohibirlas, pero a un costoso riesgo, si representan genuinamente una aspiración suficientemente compartida.

Casi todos los grupos pretenden un cierto reconocimiento externo, porque al menos la sociedad occidental tiende a rechazar las asociaciones demasiado intimistas e informales tras una larga historia de los perjuicios que tales planteamientos producen en términos de indefensión de las personas frente al grupo o por razones más globales.

El Opus Dei, en la concreción documental de sus propósitos y actividades, ha evolucionado bastante en un plazo no muy largo. Tanto en razón del cambio en los criterios del padre Escrivá cuanto por su decisión de incorporarse a la legalidad eclesiástica. De la interrelación entre los actos propios y los de las potestades vaticanas ha surgido toda una biografía-nomenclátor que unas veces responde a la realidad de los propósitos y otras es mera estrategia para afrontar los cambios operados en la normativa de la Iglesia o en el ánimo de los intérpretes de ella.

También, aunque en menor medida, hay una cierta influencia de las legislaciones civiles de los países por donde se va extendiendo.

1. Cristianizar a los intelectuales.

El primer propósito documentado fue difundir la vida de perfección en el mundo, principalmente entre los intelectuales.

Era una manera de declarar que las cumbres de la espiritualidad cristiana no debían ser patrimonio de frailes y monjes, sino que todo fiel cristiano tenía tanto derecho a ellas como el que más. El acento elitista, nunca perdido era estratégico. Se supone que ganados los líderes, se ganan las masas.

Todo ello se insertaba en el cauce apostólico de la Iglesia preconciliar y suponía indudablemente una notable apertura. Apertura jurídica, porque la Iglesia católica nunca ha prohibido a los simples fieles que recen mucho y que sean tan santos cuanto deseen. Simplemente los ha ido marginando de la estructura del poder que define y sanciona, y no les ha dado demasiadas luces para averiguar cómo conciliar una vida civil concreta con las cumbres de la perfección, que bien pronto adoptó la forma de huida del mundo, entendido como enemigo del alma. Aquí se insertaba, bien pronto, otro de los peligrosos dualismos de la filosofía occidental del que aún no hemos podido liberamos.

Los cristianos corrientes recibían una versión aguada de las reglas de comportamiento que cristalizaron en tantas constituciones y estatutos de las organizaciones religiosas. El proceso de marginación social de los cristianos selectos y el contrario de su vuelta al mundo ha sido descrito por los especialistas desde muchos ángulos. Precisamente la Obra se veía a sí misma como el último eslabón del proceso.

Durante la guerra civil española, el padre Escrivá concluyó la redacción de Camino mientras alentaba a los pocos muchachos, socios y amigos, que habían seguido sus enseñanzas y convivido con él y su familia en las sucesivas residencias de Madrid abiertas antes del 36.

El talante espiritual de aquel grupo, anclado en las más puras esencias del catolicismo español y enardecido por una lucha cruenta contra los enemigos de la Patria y de la fe, está perfectamente descrito en Camino, que sirve de elemento interpretativo de los años inmediatamente posteriores.

Concluida la contienda, comenzó la semilla a dar frutos entre los jóvenes de clase media que vieron con buenos ojos aquel horizonte de redención cósmica que partía de una espiritualidad vibrante y rica y se encarnaba en un joven sacerdote, más culto, más decidido y más atractivo que la media de sus colegas.

El clima de laboriosidad, virtudes humanas y piedad de las residencias era probablemente una pretensión de cristianización del ambiente que el padre Escrivá advirtió en la Institución Libre de Enseñanza, una de las más simpáticas aventuras de modernidad de la España anterior al conflicto armado, con tan mala fortuna desbaratada por el régimen victorioso.

El acierto del padre Escrivá fue apostar a lo intelectual frente a los excesos antiilustrados de la primera generación de gobernantes, recogiendo así hombres de diversas tendencias unidos por una común afición a la ciencia y al estudio, todavía en el contexto de una doctrina de fe indiscutida.

Sin embargo, cuanto más crecían las adhesiones, más arreciaban las contradicciones. Desde casi todas partes. Desde unas potestades civiles recelosas del misterio del que se rodeaba la Obra. Desde los entonces vigentes esquemas totalitario-patrióticos y sobre todo desde las esferas religiosas incapaces de entender o de valorar la pretensión renovadora del padre Escrivá.

Los argumentos canónicos o doctrinales de teólogos y potestades se estrellaban ante el espectáculo de observancia ejemplar, de fervor apostólico y de buenos modales de aquellos muchachos. Al ataque contestaban con la comprensión, a las bromas con la plegaria, y dominándolo todo, un hombre piadoso, seguro de su misión y padre solícito de los primeros centenares de socios y asociadas.

En el interior, una disciplina férrea, hecha de las más duras abnegaciones del catolicismo contrarreformista, que forjaba voluntades de acero para la extensión del Reino de Dios. Las reglas, las normas, constituían una verdadera superación de las constituciones más observantes de la Iglesia católica, adaptadas inteligentemente a las tareas de estudio y apostolado de los socios.

Con la seguridad de la propia sinceridad, el padre Escrivá mandó, a mediados de los años 40, sus primeros embajadores al Vaticano, coincidiendo con las también primeras aventuras apostólicas fuera de España.

La confrontación más directa con otros modos de pensar fue una dura prueba de toque para el padre Escrivá, que mientras exhibía ante la Santa Sede el testimonio compacto de sus hijos, comenzó a reajustar sus esquemas mentales a los nuevos hechos que tanto en la Iglesia como en la sociedad occidental empezaban a surgir.

Lo único que no podía variar era lo interno, la observancia fiel de la piedad establecida y la lealtad al gobierno de la Obra que reglamentaba y dirigía la conducta de los socios hasta en los más mínimos detalles.

El contacto con los afanes de la Iglesia en el mundo del trabajo hizo retirar pronto de los estatutos la referencia a destinatarios específicos. Ahora se trataba de llegar a todo el mundo, o mejor, a los líderes de todos los ambientes.

El contacto con un clero ya en fermento de rebelión le hizo ampliar al sector sacerdotal sus afanes apostólicos y ese fue quizá uno de sus movimientos más conflictivos, porque misionar al clero en presencia de los ordinarios y de las organizaciones religiosas que antes lo hacían no podía traer más que dificultades.

La Obra adoptó, antes de la fórmula actual, otras que permitían albergar esas novedades. Pero siempre con problemas. La deseada libertad en verdad no se logró nunca. La sociedad sacerdotal de la Santa Cruz fue una manera de escapar a la competencia diocesana, en base al establecimiento de una organización clerical exenta, cuyo apéndice laico, el Opus Dei, era en realidad lo principal. Todo ello fueron estrategias jurídicas, fintas legales que terminarían atrapando el Opus Dei en la canonicidad nunca deseada.

Cuando esto era más advertible, los expertos de la Obra desarrollaron la idea de perfección jurídica en contraposición a la canónica, para explicar lo que se pretendía con los institutos seculares.

Pero unos años más tarde ya nadie hacia caso de esos matices. Ni los de la Obra, que apostaban al contenido y no al continente. Ni los curiales, que iban asistiendo al progresivo desmoronamiento del juridicismo religioso.

Sin embargo, el padre Escrivá, que a su formación ascética unía la jurídica, no dejó nunca de preocuparse por lo normativo. Y se estableció una doble legalidad, que aún persiste. La interna, hecha de las reglas que disciplinan el comportamiento de los socios. Y la externa, que tiene una doble vertiente. Porque una cosa es el Opus Dei constituido ante la Iglesia, con una sistemática específica que las curias eclesiásticas y la de la Obra aplican cuando les conviene, a veces en lucha recíproca. Y otra es el conjunto de ambigüedades y verbalismos con que el padre Escrivá explica la verdadera naturaleza de la Asociación, la que describe más como un movimiento que como una organización.

Y mientras tanto, ¿qué hacían los socios además de rezar y recibir instrucciones de comportamiento?

2. Una juventud dominada por la entrega.

En una primera etapa, cuando la gran mayoría eran jóvenes universitarios estudiaban y trataban de atraer a sus compañeros a la Obra. "Para un apóstol moderno, una hora de estudio es una hora de oración", reza Camino. Estudiaban mucho. Más que la media de sus compañeros. Una vida de piedad orientada hacia el aprovechamiento del tiempo provocaba verdaderos maratones de esfuerzo sólo interrumpidos por los rezos, las tertulias apostólicas y las excursiones. Con frecuencia mal alimentados, algunos en colisión con sus familias y todos haciendo mortificaciones corporales extenuantes, aquellos muchachos troquelaron sus ánimos de modo singular. Encendidos por el vigor espiritual de su jefe, acometieron principalmente el acceso a las cátedras universitarias, que ocupaban fácilmente por su propia competencia y por las mutuas ayudas. Los obstáculos que encontraron fueron aprovechados para forjar una contraleyenda con la que rechazar las fundadas acusaciones de complicidad.

Paralelamente, el padre Escrivá solicitaba los primeros sacrificios a quienes, con potencial intelectual suficiente para brillar en la Universidad, eran destinados a cargos internos, al sacerdocio o a la expansión fuera de España. Pero no había por entonces ninguna duda en la elección del propio futuro. La vida entendida como misión era fácilmente entregada a las estrategias apostólicas del padre Escrivá.

Pronto comenzaron a aceptarse socios supernumerarios a los cuales no se les pedía tanto y que, generalmente en camino de matrimonio, participaban de los consejos espirituales, ayudaban como podían y constituyeron más tarde hogares de donde saldrían una gran parte de las vocaciones de numerarios. El asunto de la fundación de la rama femenina escapa a mi observación por falta de datos fiables, pero con ellas, con las mujeres, se logró el concierto y buen orden de las casas de la Obra y la extensión de la influencia apostólica a zonas de piedad más tradicional. Para ellas el mensaje era básicamente doméstico. Las mujeres en casa, ocupándose del hogar, que es lo suyo.

3. La hora de la responsabilidad personal.

El momento crítico fue cuando los socios tuvieron que adoptar sus primeras decisiones profesionales. Es decir, cuando ya no eran muchachos, estudiantes o profesores, sino que empezaron a caminar por las avenidas del poder científico, político o económico.

Hasta entonces, la pertenencia a la Obra era tan preponderante en sus vidas que las restantes circunstancias de ella carecían de autonomía sustancial y se dejaban instrumentar fácilmente desde la entrega.

Eran temas menores: cómo tratar a la familia, a qué oposiciones presentarse, cómo organizar los ocios, etc., y recibían una iluminación fácil e indiscutida desde el núcleo de la vocación.

Las cosas empezaron a complicarse cuando el trabajo ya no era estudiar, sino desempeñar una profesión. Y mientras ésta era contrastada por el mercado, caso de los escasos comerciantes de por entonces, había que seguir las reglas del juego de éste so pena de perderlo. Y no es que no se presentaran conflictos entre la actividad y la vocación. Sino que el comercio lucrativo todavía no se veía tan importante como después para los fines apostólicos. Y era más o menos despreciado desde perspectivas más altas e intelectuales.

Los conflictos importantes vinieron desde otras zonas. Los primeros fueron causados por el pluralismo ideológico. Aunque mayoritariamente los socios se alineaban en una determinada manera de enfocar la convivencia española, resultaba difícil que algunas conciencias se prestaran a la estrategia resultante. Por un instinto de libertad del que dieron, y dan, buena prueba algunos socios, se creaba en ellos la semilla de las primeras dudas doctrinales o al menos la intranquilidad al tener que repartir puestos e influencias en razón de afinidades de esa naturaleza. También hubo los primeros choques internos, no en razón a cosas de la Obra, que seguían indiscutidas, sino por los diferentes modos de entender la actuación en los centros del Estado de los que, según el padre Escrivá, había que hacer plataforma y palanca de apostolado.

A los directores siempre les cogía de improviso ese ejercicio vario de la libertad porque, preocupados ellos por las cosas importantes, la formación de los jóvenes, la expansión apostólica, el Vaticano, las primeras obras necesitadas de financiación, etc., se sentían incómodos al ejercer una competencia que el derecho interno les atribuía pero para la que no tenían ni más luces ni mejores datos que los protagonistas. Las pertinaces llamadas a la unidad por encima de la diversidad, a la concordia, no eran procedimiento apto para solventar verdaderos conflictos de mentalidad o actuaciones, y aunque en ocasiones se zanjaron algunos por la imposición de un comportamiento al dictado, ello no resolvía nada más que tranquilizar las conciencias de quienes estaban entrenados a tranquilizarlas de esa manera.

Así empezó a forjarse esa extraña disociación en el comportamiento de los miembros de la Obra que se traduce en una verdadera negación de la unidad de vida que caracteriza, en los documentos internos, la fisonomía espiritual de los socios.

Por una parte, en virtud de una libertad cada vez menos condicionada, el socio del Opus Dei no recibe indicación alguna acerca ,de su comportamiento exterior. O, mejor dicho, recibe una mezcla de consejos generales, gramática parda y apelaciones sentimentales que lo llevan a buscar por sí mismo estímulos y luces para su empresa y la orientación moral consiguiente.

El núcleo de la dirección espiritual se refiere a cómo debe rezar y mortificarse, a cómo debe aceptar las verdades la de la fe, a cómo actuar en la vida de familia y especialmente a cómo utilizar para las actividades corporativas su tiempo, su dinero y su influencia.

4. El encuentro con la realidad.

Podría decirse que la Obra carece de mensaje ético específico y que cuando lo imparte no afecta demasiado a las grandes opciones morales de nuestro tiempo. La justicia, la paz, la sinceridad colectiva, la comprensión universal. Y menos, a cómo ejercitarlas.

Cuanto más se abre la Iglesia católica a conectar con esos temas, cuanto más predican sus pastores el testimonio de un comportamiento ejemplar como la mejor manera de entender el compromiso de la fe, más se refugia el Opus Dei en un intimismo religioso, en una reducción del Evangelio a la vida interior, sin provocar a sus socios a una tarea de entendimiento y servicio de las necesidades y aspiraciones concretas del momento presente. Las sugerencias de los directivos, ahora ya obsesos por la defensa de un catolicismo ultramontano, carecen del anterior atractivo de la entrega individual a la extensión militante del Reino de los cielos. Amparados ellos mismos por la libertad que conceden a sus socios en todo lo que no sea vida interior, entendida de forma cada vez más curiosa, no saben estimular el compromiso temporal de sus súbditos más que recomendando oración y mortificación.

Se diría que tratan de convertir en cartujos a quienes, por oficio generalmente retribuido, se deben a las necesidades de la sociedad. Con lo cual, ser del Opus Dei es una cosa cada vez más difícil de entender, pues si se trataba de estar presentes, como cristianos comprometidos, en todas las encrucijadas de la tierra, ¿a qué vienen tantos condicionantes y limitaciones, tantas prácticas defensivas y tantas cautelas? Y sobre todo, ¿cuál es el mensaje?

Porque en libros y prédicas podrán decir lo que quieran, pero el comportamiento de los protagonistas es de un conservador que asusta. En cierto sentido, ello tiene que ver con la pobreza de la teología del trabajo confeccionado por los pensadores de la Asociación. Su mensaje es ver a Dios en el trabajo y hacerlo bien. Hasta aquí correcto. Nada distinto de lo predicado en esencia por todas las Iglesia y en especial por la calvinista. Pero ¿qué trabajo?

Generalmente el que se acepta en unas estructuras que han mutilado de sentido profundamente creador y gratificante a la actividad humana. Escasas veces han sido los socios de la Obra capaces de interpretar los anhelos de una civilización de futuro que restituya a su verdadera dimensión el quehacer de los hombres. Carentes de instrucciones concretas y de verdadera iniciativa, los hombres del padre Escrivá no han sabido encararse con las estructuras civiles que desean evangelizar, apostando su vida si era preciso, para remediar sus injusticias. Amigos casi siempre de la lenta evolución, se han refugiado en el hacer bien la tarea, con orden, a veces con caridad, pero sin cuestionar los fines con un comportamiento comprometido. Se deleitan en la obra sin prestar atención al operario. Y no es que falten atisbos de esas nuevas luces en los escritos del padre Escrivá. Es que no han sido trasladados a la vida. Y ahora se están neutralizando por la presión de los otros afanes corporativos.

En realidad, la anterior consigna de penetrar las estructuras se ha convertido en la de crear estructuras paralelas. Y con esto entramos en las actividades propias de la Asociación. Pero dejemos hablar a la historia.

5. Un ejemplo.

En 1967 se me propuso contribuir a la fundación en Perú de una Universidad de la Obra. Supuestamente experto en temas de administración y financiación universitaria y con cierta experiencia en la de Pamplona, llegué al Perú con un modelo de organización bajo el brazo, cierta cantidad de dinero de mis negocios y un montón de ilusiones y de ingenuidades. En aquel país la Obra pensaba repetir la operación navarra y a ello se aprestaban sus dirigentes, faltos de medios pero aficazmente espoleados desde Roma.

La historia, rica en contenido y en actitudes humanas, daría material para un libro interesante, pero a los efectos de éste podría resumirse así. El entonces gobierno parlamentario solicitaba la formación de profesionales para el desarrollo. El pueblo necesitaba lo que vendría después, y a medida que uno conectaba con la realidad se iba desmoronando el modelo prefabricado. Se produjo entonces el típico compromiso, hubo un voto de confianza gubernamental a la seriedad de las personas e instituciones protagonistas y la Universidad se puso en marcha rodeada del entusiasmo sincero de tantos interesados. Las dificultades comenzaron casi enseguida. A las dificultades naturales de una empresa de este tipo, basada económicamente en la financiación no estatal, se sumaron las de su establecimiento en un hemisferio claramente conflictivo.

El espectáculo del subdesarrollo es realmente fascinante y cuando se tienen los ojos abiertos se ven cosas que le hacen a uno tambalearse en sus anteriores y pacíficos esquemas de con-

vivencia. Es sencillamente imposible desconocer desde un centro de enseñanza superior las realidades del fenómeno y aislarse en especulaciones y enseñanzas sobre el sexo de los ángeles.

El efecto traumatizante de la experiencia se me debió notar enseguida, porque en las reuniones de planteamiento y estrategia mis diferencias de criterio con los dueños del negocio eran cada vez más acusadas. Finalmente, una cierta noche, tras unas palabras mías más subidas de tono, el delegado del padre Escrivá en el Perú me advirtió que yo, con esas ideas, no sería nunca profesor en aquella Universidad. El efecto desconsolador puede suponerse. Lo que importaba era la fidelidad a la ortodoxia, de lo que se trataba era de montar un nuevo establecimiento de indoctrinación y todo ello al precio de los sacrificios y las abnegaciones de personas de muy variadas ideas y cara a una clientela que no se puede decir que deseara mayoritariamente ese tipo de producto. La cuestión se zanjó con la eliminación, voluntaria pero tortuosa, del rebelde.

6. La Obra y la enseñanza.

Y mientras hoy mantengo unas enriquecedoras y a veces difíciles relaciones con el sistema educativo revolucionario actuante en el país, la Universidad de la Obra, llena de gente estupenda pero dirigida desde ópticas sobrepasadas, no termina de adaptarse ni al país ni a la historia.

Hay quien afirma que el Opus Dei se ha convertido en una federación de centros educativos financiados con el sacrificio de sus miembros solteros y al servicio de los pudientes de la sociedad de consumo. Esto es sólo una parte de la verdad. Porque existen también, y creo que en número similar a los otros, centros instalados en zonas de pobreza.

Sin embargo, la imagen pública es la primera. Los dirigentes, aprovechando el anhelo de educación y la escasez universal de plazas escolares, abren y ven llenarse centros Y más centros, creyendo lograr con ello un propósito apostólico. El propósito es claro y explícito. Se trata de utilizarlos para la captación de socios y la confesionalidad de la enseñanza. Pero los padres de familia y los consumidores directos buscan eficiencia y ciencia secular.

Y aunque los socios y amigos de la Obra han sido los principales usuarios y benefactores de su establecimiento y no hay por tanto demasiada presión crítica, todo el sistema puede saltar si los criterios socializantes, que siempre llegan a la educación antes que a los otros sectores, se generalizan. Con una evidente falta de sentido histórico, la Obra apuesta en educación a la autonomía del sector privado y a su regulación por mecanismos de mercado subvencionado.

Autodeterminación, elección de clientela y subvención estatal es su filosofía. Y con ello, a constituir un nuevo ghetto educativo de los que tan arrepentida se siente hoy la Iglesia católica.

Los gobiernos socialistas de países en vía de desarrollo solicitan una y otra vez de los centros confesionales que se conviertan en modelo de transferencia de inversión cultural trasvasando a los menos favorecidos el dinero y las facilidades que han sido usados para una educación elitista. Y están logrando su empeño, con la colaboración entusiasta de los profesores y con frecuencia de las organizaciones religiosas, que vuelven así a sus más puros afanes fundacionales.

Todo ello dificultado por las penurias económicas que son esta vez compartidas por igual entre ricos y pobres. La Obra, justamente alabada por sus esfuerzos en las zonas de pobreza, tiene sin embargo ese prejuicio apostólico en sus realizaciones y coopera al mantenimiento de las

discriminaciones; aunque sus miembros, los que trabajan en cada centro, reciban con ilusión el reto de la igualdad de oportunidades que les hace sufrir con paciencia la escasa remuneración.

Desde diversos ángulos, teólogos, filósofos y sociólogos se esfuerzan por entender la finalidad de las actividades de una institución que, en el marco de la Iglesia y del pueblo español, da tanto que hablar. Animados inicialmente de un afán sincero de entendimiento, condicionado como es natural por la óptica de cada uno, tropiezan enseguida con la intemperancia de los interesados que sólo admiten plantear las cuestiones en su propio terreno y generalmente desde la vertiente de las intenciones.

Son conocidos ya juicios profundos de teólogos responsables y de cultivadores de las ciencias humanas que, por examinar el fenómeno en un contexto más amplio y poniendo de relieve sus interacciones doctrinales y sociales con otras de naturaleza similar, sólo han recibido actitudes desabridas, malas caras y a veces broncas. La finalidad de las actividades en realidad sería... su incremento ilimitado. La Obra rehuye una y otra vez, con la excusa de la libertad individual, afrontar los retos que cada una de sus actividades le plantea. En los centros de enseñanza se tiende a neutralizar las cuestiones polémicas, olvidando que también corporativamente es necesario tomar partido cuando corporativamente se protagonizan opciones civiles. Y a fuerza de no tomar partido, pues... se toma partido.

Con la ciencia teológica, con la espiritualidad pasa igual. Los pensadores más atractivos de la Asociación han sido expulsados o se han marchado. Los que se mantienen es a costa de mil pactos o de la sumisión de la inteligencia.

Pena me dio, al hablar del asunto con uno de los más prometedores cultivadores de esa ciencia, escuchar que había dejado de interesarse por la teología. Su opción, supongo, fue resuelta a favor de la lealtad a la institución al precio de renunciar a pensar por cuenta propia.

Cabría decir que los directivos, contemplando el grueso de su clientela, tienen miedo de albergar en la Obra a personas que puedan causar escándalo. Pero el precio esta vez es contentarse con una clientela de muy escaso peso específico en el presente momento de la Iglesia.

7. El prototipo y modelo.

¿Y cuál sería el horizonte que la Obra presenta a sus socios y amigos? ¿Cuál la razón de vivir que les da? En este momento el tema está oscurecido por las colisiones y las actitudes beligerantes, pero se podría decir que de lo que se trata es de incrementar cuantitativamente la Asociación.

Los más inteligentes directivos, los mayores afanes y las más fuertes presiones se invierten en el proselitismo. Para que, una vez convertido en socio, se le diga al prosélito: "Ahora a rezar, a mantener la fe y a atraer a otros, y en tu vida, en tus ilusiones, en tu futuro no nos metemos."

Luego resulta que sí se meten. Porque indudablemente las instrucciones de cómo comportarse y sobre todo de cómo no comportarse en relación a los temas mal llamados internos afectan constantemente las decisiones más vitales de la persona.

Yo he llegado a la conclusión provisional de que el Opus Dei, con un desconocimiento increíble de la condición humana, pretende con los numerarios la creación de unos tipos de superhombres que tienen que ser a la vez las siguientes cosas: Contemplativos, es decir, hombres que orientan su vida al cultivo de una serie de disposiciones mentales y afectivas que por sí solas

exigen completa dedicación y, en especial, desentenderse de los afanes temporales en las actuales condiciones socioeconómicas del mundo occidental. Así lo prueba la praxis religiosa, tanto en la Iglesia católica como en todos los credos conocidos que presentan de vez en cuando unos cuantos ejemplares cualificados, producto de un lento ejercicio de desprendimiento y concentración. Buenos profesionales, con el mejor bagaje posible de conocimiento y entrenamiento para desempeñar una ocupación civil. Teólogos, con una profundidad no menor en lo dogmático y demás disciplinas de la doctrina católica. Gestores, capaces de hacer mil y un recados en beneficio de la Asociación. Directores de almas, cuidando cada uno de diez a doce personas que les confían sus problemas.

Productores de dinero, añadiendo a la retribución personal una actitud limosnera cuasi permanente. Este tipo humano, que naturalmente no se da en la realidad, exigiría más de veinticuatro horas hábiles al día divididas entre el entrenamiento para hacer todas esas cosas y el hacerlas efectivamente. Cuanto más, si algunas son claramente contradictorias entre sí, tanto en el entrenamiento exigido cuanto en las disposiciones interiores para su realización.

En la vida real, y aunque presionados para realizar todo ese programa, la gente se especializa y hace un poquito de todo ello con algo preponderante. Sería muy interesante un estudio que fuera algo así como perfiles humanos de gente de la Obra, describiendo biográficamente cómo han sido y son, cómo actúan, qué cosas hacen y cómo las jerarquizan los dos centenares de socios numerarios más o menos representativos que el autor eligiera y se prestaran al estudio.

El ideal descrito de hombre polifacético se pretende luego aplicarlo a las otras clases de socios y cooperadores y el resultado es que el mensaje que la Obra lleva a la vida de los que se acercan a ella es sin duda, como dice Camino, el complicársela. Y para algunos, los que se toman más en serio el mensaje, el desequilibrio y el envejecimiento prematuro, exprimidos como un limón en servicio de una causa tan asediante.

8. El modelo desconoce la realidad.

Esta singular utopía, administrada por una burocracia cada vez más encerrada en sí misma, que dispara hacia sus súbditos con implacable tenacidad toda suerte de exigencias en nombre de la voluntad de Dios, desemboca en una fragmentación tal de preocupaciones y solicitudes que podría decirse que la emergencia es la ocupación habitual de los dirigentes. La contradicción permanente entre la pretendida libertad de los socios y las innumerables demandas que desde los centros de gobierno se les plantean crea un foso de desconfianza entre regidores y subditos, especialmente cuando éstos han organizado ya su vida civil y temen que alguna indicación superior pueda desbaratársela.

Puestos a organizar utopías, bien podría la Obra asomarse a alguna de las aventuras más prometedoras con las que la humanidad, y en especial la gente joven, está ilusionándose. El denominador común vendría a ser la liberación del hombre y hacia ello se camina desde muchos frentes. La aventura del entendimiento del ser humano, donde científicos de diversas disciplinas se esfuerzan por lograr que el cerebro conozca y controle al resto del cuerpo, liberando al hombre de las servidumbres de su ignorancia sobre sí. Paralelamente, los esfuerzos en pro de la salud, tanto física como mental.

La aventura de la convivencia pacífica, en la que cientos de pensadores y políticos tratan de eliminar las fronteras geográficas y mentales que dividen a los hombres.

La aventura de la justicia, para remontar una civilización basada en esa ciencia de lo sórdido,

que es la economía de la escasez, volviendo a descubrir que son decisiones humanas y no leyes inflexibles las que rigen el progreso de la abundancia y su ritmo. La aventura del saber generalizado y existencial, rompiendo la secular separación entre conocimiento y experiencia que ayuda a perpetuar el clasismo y las dualidades de comportamiento.

En estas aventuras se enrolan también los hombres que se dicen emisarios de Dios y servidores de su causa como una segunda vocación de sus vidas o con la ilusión de descubrir un nuevo sentido de lo sacro, de lo misterioso, de lo inefable.

Porque, superados una vez más por los avances científicos, los hombres religiosos aspiran esta vez no a condenarlos sino a entenderlos y a tratar de hacerlos coherentes con la dimensión humana más profunda que ellos creen saber interpretar.

Por el momento son dos las actitudes más generalizadas. La de quienes, dándose principalmente a la contemplación del misterio, sean monjes, filósofos o yoguis, aciertan a crear a su alrededor un clima de absoluto que atrae a las gentes ansiosas de asomarse a las profundidades más radicales de la existencia. Y la de aquellos que hacen de su vida un servicio verdaderamente desinteresado a las necesidades humanas, en una dinámica permanente de fe, esperanza y caridad.

La dureza de estas aventuras, que se plantean en colisión con las vigentes ortodoxias científicas, políticas y religiosas, provoca dos tipos de radicalizaciones de las que también participan a veces los hombres de Iglesia. La primera es la desesperanza y la huida hacia Arcadias imposibles. Es el mundo del hippy, que habita en los arrabales de la sociedad de consumo, se alimenta de sus desperdicios, y no quiere integrarse en algo que le aburre o le asquea. Hay comunidades hippies de todas clases; pero con frecuencia faltas de motivación y liderazgo, muchas terminan en la evasión mental, tomando drogas cada vez más fuertes.

La segunda radicalización es la revolución violenta. Cansados de tratar de dialogar y exasperados por la lentitud de unas estructuras perezosas en la autorreforma, plantean la confrontación atacando los supuestos más elementales de la convivencia.

Los oprimidos y los jóvenes se dan cita para mantener asustada a una generación que cree estar asistiendo al fin del mundo, cuando lo que está presenciando es simplemente el comienzo de una época nueva.

9. Lo que pudo ser.

Jugando a los futuribles, yo creo que al Opus Dei se le hubieran abierto dos claras posibilidades de actuación, germinales en su horizonte fundacional. La primera podría haber sido la atracción de personas a una verdadera dedicación al estudio y a la exhortación, explotando los ricos veneros de la espiritualidad cristiana. Podrían haber sido comunidades proféticas, como tantas en la Iglesia, tratando de obviar sus fallos. Estos fueron, en sustancia, un progresivo divorcio de la realidad concreta y un refugio en el reino del deber ser y de las abstracciones que les impidió llegar profundamente a la vida.

Podrían haber sido también unas legiones de hombres cultivados espiritualmente que se entregaran en las profesiones civiles a una expresa dejación de derechos, alimentando una permanente actitud de ejercicio de las bienaventuranzas. Una auténtica radicalización del Evangelio, sabiendo poner de verdad la otra mejilla y haciendo presentes en el mundo las sublimes exigencias de una doctrina de comprensión, tolerancia, fraternidad y amor.

Todo eso pudo haber sido, si no hubieran hecho tanto énfasis en ser como los demás. Porque no se trataba de ser como los demás. Sino de ayudar a los demás a ser mejores a fuerza de predicarlo con el ejemplo de la abnegación sencilla.

La influencia de un catolicismo militante y voluntarista, la preocupación por la eficacia y la pretensión de ser el nuevo resto de Israel, el único grupo fiel a la voluntad de Dios, han llevado a la Obra a un callejón sin salida del que es muy difícil salga salvo que se produzca una auténtica, profunda y sincera autorreforma.

CAPÍTULO V: LAS REGLAS DEL JUEGO

1. El secreto.

Averiguar cómo organizan su vida los socios del Opus Dei ha sido una obsesión típica de los periodistas durante cierto tiempo. Deseaban encontrar la fórmula mágica, escondida sin duda en algún sanctasanctórum, que explicara el comportamiento de los socios y la rápida difusión de la Asociación. Que diera razón también de ese cambio de voz, de actitud y de modales que experimentan cuando se solicita de ellos información.

La mayoría de los profesionales han decidido tirar la esponja e incorporar el tema a la ya nutrida relación de asuntos tabúes que tanto contribuye a la falta de ventilación y claridad de la convivencia española. Los españoles, a falta de noticias fiables sobre sí mismos, tienen que alimentarse de bulos y susurros.

En virtud de un proceso de radicalización del silencio, tan propio de quienes tienen mala opinión de la condición humana, los dirigentes de la Obra han prohibido últimamente a sus súbditos que mantengan conversaciones explicativas sobre ella, a menos que las condiciones de la conversación impidan que surja toda posible confrontación.

Los socios, que en su inmensa mayoría tampoco están demasiado bien informados de las cosas que les preguntan, tienen el recurso de apelar, una vez más, a las intenciones y a los escritos programáticos, pidiendo finalmente un voto de confianza en su propia rectitud. Esto va erosionando sus relaciones con la jerarquía interna porque, al final, también ésta, sin dar explicaciones, solicita el mismo voto de confianza de sus súbitos.

2. La libertad personal y lo jurídico en permanente cambio.

La vida en el Opus Dei está sujeta a unas reglas. A primera vista parecería que lo jurídico, los compromisos, etc., deberían tener poca importancia. La actual versión pública del padre Escrivá y el ánimo inicial del prosélito son contrarios a estructurar jurídicamente una vida de amor, de oración y de servicio. Y sin embargo resulta que tanto las crisis internas como las confrontaciones externas han surgido principalmente en torno a la interpretación de los compromisos, de los derechos y de las obligaciones de los socios entre sí y con la organización. Es inevitable. Por mucho que se quiera reducir el comportamiento a la esfera de la conciencia y se ponga énfasis en que lo importante son las disposiciones interiores y las intenciones, no hay manera de eludir el preguntarse, generalmente en los momentos de crisis, a qué me obligo, quién interpreta mis obligaciones y qué sucede cuando mi manera de entenderlas y la del intérprete oficial son distintas.

Las instrucciones que recibe el socio del Opus Dei afectan a cómo debe rezar, cómo debe pensar respecto a un montón de cosas, cómo debe comportarse en relación con Dios, los superiores y los demás socios, y, finalmente, a cómo utilizar su tiempo y su dinero en beneficio de la Asociación. Antes de analizar sistemáticamente esas áreas de disciplina convendría detenerse un momento en examinar la forma como los socios se enteran de esas obligaciones. Hay fuentes escritas y orales. Las escritas están constituidas por diversos documentos, unos con valor permanente y otros de carácter circunstancial, que les son leídos, nunca entregados, después de ingresar. Con tal procedimiento, nadie sabe a lo que se obliga en términos concretos hasta después de hacerlo.

Las orales son el producto de una tarea de magisterio ejercida por los superiores en diferentes

momentos y tiempos de la vida del socio. Sobre los documentos existen varios problemas. Por una parte, una estrategia que nunca he entendido bien impide el acceso habitual del socio corriente a la masa de la documentación. Dudo mucho que más del uno por mil de los miembros conozcan las Constituciones. Se les deja usar una versión abreviada de ellas, llamada Catecismo, que ha sufrido numerosos cambios en sucesivas ediciones.

El resto del material, también de difícil acceso, son exhortaciones del padre Escrivá en forma de cartas e instrucciones y reglas para cosas concretas que van promulgándose y modificándose con el transcurso del tiempo.

En segundo lugar, la mayoría de los documentos son de naturaleza heterogénea, una mezcla de consejos ascéticos, actitudes idealizadas de la mente o del corazón y aspiraciones apostólicas con reglas concretas de comportamiento que se supone derivan de tales consejos, actitudes o aspiraciones, pero que no siempre se sabe muy bien cuándo obligan y cómo y qué pasa si no se cumplen.

Por último, la notoria modificación de los puntos de vista y las estrategias del padre Escrivá ha producido una barahúnda tal de derogaciones e interpretaciones del material documental que hace muy difícil la exégesis. A veces, lacónicamente, se dice: donde dije digo, digo Diego. Pero otras, en una especie de equilibrio de prestidigitación, se escamotean párrafos, se cambian de sentido las frases y hasta se pone en boca del enemigo lo que antes fue declaración propia. Por citar un solo ejemplo, al pregonar las excelencias de la labor que la Obra iba a realizar entre los casados se la consideraba, en un primer texto, como un nuevo brazo secular de la Iglesia. En el texto corregido se dice que algunos podrían decir que tal labor iba a ser un nuevo brazo secular de la Iglesia, cuando lo que es..., etc., etc.

Si alguna vez, lo que dudo mucho, el Opus Dei pusiera a disposición de los historiadores la totalidad de sus documentos desde que se empezó hasta hoy, un equipo investigador, a base de paciencia, podría seguir con tablas paralelas el desarrollo del pensamiento y las actitudes del padre Escrivá, con sus idas y venidas, retrocesos y avances, fintas y ambigüedades.

Y no es que se discuta la posibilidad de cambiar. Todos cambiamos. Las personas y los grupos. Pero lo que es imposible es pretender que no se ha cambiado y forzar los textos para hacer creer lo increíble.

3. Varios tipos de socios.

Los socios de la Obra son de diversas clases. Pero el destinatario principal de las reglas es el numerario. A los demás se les aplican de acuerdo a criterios variables. Por eso, tras un breve comentario sobre ellos, centraré el análisis en torno a la vida del numerario. Los agregados constituyen una curiosa figura, ya que en principio son consecuencia de una estructura clasista que luego se ha querido modificar sin criterio claro.

En principio eran socios que se obligaban a casi todo lo que se obligan los numerarios, incluido el celibato, pero no vivían juntos ni habían de tener formación intelectual. Así entraron en la Obra oficinistas y obreros. La figura se ha ampliado después para conseguir vocaciones entre personas que ya tienen su vida organizada, viudos con hijos, etc., y que son utilizados de manera similar a los numerarios, de acuerdo a sus posibilidades y disposiciones. Actualmente no se podría decir con exactitud dónde está la diferencia porque existen numerarios muy dedicados a una profesión no intelectual y que no viven en las residencias, y agregados intelectuales totalmente entregados al servicio de la Obra y que sí viven en ellas.

Los supernumerarios son quizá la clase más inteligible y normal porque respecto a ellos la Obra cumple la función que tantas otras organizaciones católicas han venido realizando durante mucho tiempo. Se trata de personas, generalmente casadas, que utilizan los servicios religiosos de la Obra mediante el pago de una aportación periódica.

Por temporadas, de acuerdo con sus posibilidades y estado de ánimo, colaboran más, especialmente en gestiones económicas, y en ocasiones presiden Patronatos y sociedades auxiliares, etc., o figuran como sus responsables externos. Los conflictos surgen cuando las obligaciones que se imponen en relación con la Obra colisionan con el cumplimiento de las propias, familiares, profesionales, etc. Y también cuando su trabajo remunerado se produce en el seno de las actividades corporativas, porque entonces les es difícil distinguir derechos y obligaciones de una y otra especie. Muy criticados han sido los casos en que la ascensión política o económica ha sido debida a sus relaciones con otros miembros de la Obra que los han promovido o seleccionado teniendo en cuenta la especial relación de confianza y solidaridad que la vinculación religiosa produce.

Los sacerdotes que se vinculan a la Obra después de su ordenación pueden ser agregados o supernumerarios. La Asociación les da medios de formación y los utiliza como a los sacerdotes propios siempre que es posible. Naturalmente, esta utilización plantea colisiones con los respectivos ordinarios, y aunque al principio se pedía permiso a éstos para entrar y el voto de obediencia se hacía al obispo propio, hoy han dejado de practicarse estas costumbres y, postulando el derecho individual de asociación, dichos sacerdotes constituyen un grupo cuasi clandestino y no siempre bien visto por sus colegas diocesanos.

Las características de la vida de los numerarios se pueden describir en este orden: ingreso, formación, compromisos, vida de familia y salida.

4. Cómo se recluían nuevos socios.

La captación de vocaciones ha sufrido una importante modificación a partir de la segunda mitad de los años 50. Anteriormente lo normal era que se buscaran entre universitarios, estando expresamente prohibido reclutar chicos jóvenes. Más tarde, debido a las dificultades del proselitismo universitario, se ha optado por permitir el ingreso hasta con quince años. La Obra aplica hoy el mismo criterio que tanto criticaba antes respecto a otras organizaciones religiosas, pues de todos es sabido cómo la Iglesia tiende a aconsejar una cierta madurez previa antes de adquirir compromisos de esa naturaleza.

En la Obra se aceptan muchachos, casi niños, hijos de supernumerarios, alumnos de los colegios que controla, etc., apostando a que durante una etapa de intensa formación y cuidados, alejados de amistades del otro sexo y demás influencias mundanas, cuaje la vocación. Y aunque se da un nutrido porcentaje de abandonos en esa etapa, siempre queda un saldo positivo que justifica el procedimiento. La leyenda forjada alrededor de las presiones que se ejercen sobre los candidatos tiene como fundamento real el convencimiento absoluto de los presionadores de que al hacerlo cumplen la voluntad divina y ofrecen al prosélito la mayor felicidad que se puede conseguir sobre la tierra. De modo que cabe casi todo.

Alrededor de dos años después de la primera decisión, y si se persiste en ella, ingresa el muchacho en centros de formación donde tiene que hacer compatibles sus estudios civiles con otros similares a la carrera eclesiástica, además de una dedicación intensa a la piedad y al apostolado. Allí comienzan a surgir los primeros conflictos, porque todo no se puede hacer bien

a la vez. Los que pasan tan dura prueba, dulcificada por el buen humor juvenil, el deporte y el apoyo sincero de sus tutores, son incorporados de una u otra forma a la vida de la Obra en casas más pequeñas, recibiendo encargos específicos y aprestándose a ejercer una carrera civil salvo que los superiores los tengan reservados para más altas v burocráticas actividades.

Sobre los compromisos que se adquieren ha habido también una evolución interna al hilo como siempre de las diferentes ideas del padre Escrivá y de las influencias externas. Y aunque se niega una y otra vez la existencia de los votos tradicionales, yo no veo otra forma más clara de sistematizar las obligaciones de los socios que en torno a la pobreza, a la obediencia y a la castidad, verdaderos pilares de la vida del numerario.

5. Los votos.

a) La pobreza.

La pobreza tiene dos aspectos principales. El que se refiere a cómo se practica el desprendimiento de los bienes terrenales y el que afecta a la faceta económica de la persona y del grupo. El pacto a que se llega entre el numerario y la organización es que aquél debe entregar los frutos económicos de todas sus actividades y ésta debe mantenerle y proveer a sus necesidades. Su aparente sencillez esconde, sin embargo, un sinfín de complicaciones a medida que la persona en cuestión va organizando su vida civil. Con los jóvenes o con quienes se dedican a las tareas internas apenas hay dificultades mientras se encuentran en esa situación. Como siempre, son los mayores los que plantean los conflictos. Si el numerario es un empleado retribuido periódicamente por sus patronos, lo que ha de hacer con sus ingresos está bien claro. No está tan claro el cómo proveer a sus necesidades o deseos menos elementales, porque se tiende a que gaste poco, lo cual no siempre es fácil y hay un tira y afloja constante, desagradable sobre todo cuando se trata de las relaciones económicas con la familia. Sosteniendo el padre Escrivá que hay que sentirse indiferente hacia ella en este terreno, cada vez que alguien desea ayudar económicamente a sus parientes tiene que incoar un enojoso expediente interno para que sea la Obra y no él quien haga el favor. Cuando se trata de personas que trabajan por cuenta propia, comerciantes, arquitectos, médicos, etc., la complicación es mayor porque las decisiones sobre reinversiones, amortizaciones, personal, etc., de sus actividades han de ser aprobadas por los dirigentes, que, apremiados siempre de dinero, tienden naturalmente a escatimar para que el socio ingrese la mayor cantidad posible en la caja interna.

Este intervencionismo suele producir erosiones en la conciencia de los individuos, que se encuentran así en un conflicto de deberes. Como en la Obra hace falta de todo, se usa también el crédito y la solvencia de los numerarios para las actividades corporativas o aledañas, de modo que hay hasta una entrega del nombre comercial. Alguna vez me he enterado por los periódicos de haber sido nombrado o destituido como socio o directivo de tal o cual entidad, con los consecuentes equívocos. Los dirigentes, que no aciertan a encarrilar tal desorganización burocrática, apuestan a la entrega personal ilimitada y no dan importancia a estas cuestiones cuando en realidad las tienen en términos de libertad profesional. Parece que se están tomando medidas para arreglar todo esto, pero son lentas al estar dentro del contexto más amplio y condicionado de la naturaleza jurídica de la Asociación.

Las limitaciones llegan a la prohibición de tener cuentas corrientes individuales y en todo ello no se sabe qué lamentar más, si la falta de confianza o la puerilidad de tal esquema. La verdad es que a los dirigentes les ha cogido de improviso la madurez civil de sus súbditos y, ocupados en cosas más importantes, no terminan de ocuparse en serio de materia tan conflictiva como es el ejercicio real de la libertad, que en teoría tanto proclaman. Y apelan al recurso de resolver

caso por caso las situaciones que se plantean.

En cuanto a los bienes propios, el socio debe ceder su administración a otros de la Obra y hacer testamento en igual sentido, aunque normalmente los patrimonios que se heredan de la familia suelen ser rápidamente liquidados dada la permanente falta de tesorería del Instituto.

Respecto a la economía de las casas y centros se tiende a la autonomía de las unidades y a que éstas ahorren para sostener a las personas y actividades que, como la burocracia interna, son deficitarias. Ello produce una variopinta situación, pues mientras hay casas donde malviven unos cuantos estudiantes, asediando a sablazos a familiares y amigos, otras son un modelo de comodidades. La Obra no ha contribuido a la nivelación social ni siquiera en sus numerarios, ya que los mejor situados se las arreglan para llevar una vida externa similar a sus colegas, generalmente mediante el uso de los recursos de las empresas o entidades en que actúan, mientras que los sacerdotes o los peor colocados, a veces conviviendo con aquéllos, tienen que andar contando las pesetas para hacer un viaje o renovar la indumentaria.

El aspecto ético de la pobreza es confuso. Individualmente los socios tienden a comportarse como sus colegas y las casas reflejan más o menos el nivel de bienestar que han alcanzado sus habitantes. Las instrucciones de los superiores van por la línea de la sobriedad y la moderación, especialmente en la apropiación individual de los bienes temporales. Muy escasamente se insiste en las facetas positivas de esa virtud. En evitar el pluriempleo atenazante que crea tensiones perjudiciales para la piedad y la libertad apostólica. En contribuir a la justicia real en los negocios y cargos. En dar ejemplo de desprendimiento y generosidad, etc., etc. La necesidad de llevar dinero a la Obra falsea cualquier actitud evangélica.

Con frecuencia se critica a los socios por no tomar un partido más decidido a favor del oprimido y del débil en las actividades concretas que desempeñan. En este sentido el mensaje de la Obra es prácticamente inexistente. Tampoco es la Asociación un modelo de buen empresario en las actividades corporativas, pues apela constantemente a la cooperación desinteresada de sus empleados en razón de la alta causa que sirven. Ello crea una vez más conflictos de conciencia.

b) La obediencia.

El tema de la obediencia es el más comentado, precisamente porque es el más confuso. En principio, los numerarios fueron concebidos como la espina dorsal de la Asociación, cantera de directores y sacerdotes, estado mayor de la empresa. Así se entienden todas las limitaciones vigentes o derogadas a su actividad individual porque su vida, su tiempo, sus ilusiones debían estar consagradas al servicio de sus hermanos, a la realización de los apostolados.

Con esta subordinación total eran compatibles, mientras lo fueran, tareas civiles poco exigentes. Así la docencia en los tiempos en que bastaba una mínima dedicación para cumplir y el puesto además era utilizado para la captación de prosélitos. La idea central era estar siempre dispuesto a cambiar de lugar de residencia y de profesión. Con los primeros casos de madurez, la capacidad de planificación de los dirigentes sobre los socios empezó a encontrarse con los obstáculos naturales. Los contratos laborales, las ofertas de trabajo no podían incluir tal cláusula. Los primeros que se dieron cuenta fueron los propios socios numerarios que comenzaron a evitar la contratación de sus hermanos ante tales riesgos, practicando una curiosa discriminación al revés. No siempre era la amenaza de un despido del empleado lo que contaba, sino la eterna cantinela de los permisos para las obligaciones apostólicas.

La densidad de deberes de este tipo es muy grande, y si no se les pone coto termina convirtiendo a los socios numerarios en verdaderas excepciones al comportamiento habitual de sus colegas. Invocando una tanda de ejercicios que recibir o atender o cualquier otra causa pía, lograban de sus patronos, generalmente amigos, un status laboral poco serio y comparativamente injusto. Con frecuencia han sido los mismos socios los que han tenido que defenderse del asedio de los directores que no acaban de comprender, dado su aislamiento, que cumplir con las obligaciones en los términos pactados es la primera obligación moral de un cristiano.

Ello produce lógicamente la existencia de dos clases de numerarios: los que a fuerza de defender su dedicación civil cumplen con las mínimas exigencias de dedicación a cosas de la Obra, y aquellos que van ingresando en la burocracia interna y hacen de todo, generalmente con una experiencia monodimensional porque no han tenido ocasión de trabajar o actuar en la vida civil.

Así se da la paradoja de que un muchacho que ha terminado a trancas y barrancas la carrera, porque ha estado muy dedicado a lo interno, se convierta en director espiritual de hombres casados que le plantean los problemas de su familia, o de su trabajo, y a los que tiene que ayudar y aconsejar. Los más avisados se limitan a dar consejos espirituales, pero algunos menos prudentes se meten en camisa de once varas y terminan por complicarle la vida al supernumerario en cuestión.

Cuando un numerario, dedicado a su tarea civil, llena de posibilidades y de problemas, empieza a recapacitar acerca de su dedicación a la Obra, llega a la conclusión de que, salvo las obligaciones de piedad y algo de apostolado personal, debe aislarse de la burocracia. Y ahí empiezan muchas de las crisis de vocación, mal entendidas por los directores, a quienes les parece que el modelo ideal de súbdito es el que nunca dice que no a las llamadas al servicio de la Obra.

Para obviar esto, se aplica provisionalmente a tales numerarios la ascética y la mecánica de los supernumerarios, y el resultado es la obtención de un soltero muy peculiar. Es un señor no condicionado en principio por nada, defendido por su libertad profesional y que sin embargo está viviendo en unas residencias en donde las necesidades y problemas de la Obra llevan su mensaje de exigencias en términos de tiempo y preocupaciones, a las que él honestamente se debe negar. Cuando proporciona dinero o influencias, todo va bien, pero cuando además de eso o en su lugar trae a casa los problemas normales de toda persona se produce una permanente contradicción para la actuación de los directores que, debiendo atenderle, no saben cómo hacerlo. Y si tiene problemas graves de dinero o de trabajo o de política, la cuestión se agrava porque su familia, los que conviven con él, no pueden echarle una mano porque no se diga.

Ello crea una situación muy común de soledad, de la que uno se libera por el desahogo con los amigos de dentro o de fuera, pero en la que se tiene la impresión de que la institución queda al margen, porque para ella has dejado de ser un asset para convertirte en una liability.

La típica afirmación de que si vas a la cárcel te llevaremos bombones es, aparte de cínica, una verdad clarísima avalada por la extraña doctrina de la libertad profesional. Es lógico que la gente común no entienda tal obediencia y sobre todo tales relaciones entre gobernantes y gobernados, más aún cuando se insiste en que la Obra es una familia. Y ¿cómo es la obediencia desde el que manda?

El estudio sociológico del gobierno en la Obra daría lugar a más de una sorpresa. El padre Escrivá no tardó mucho en asociar a su tarea gubernativa a socios probados más por su fideli-

dad que por otra cualidad. Y la fidelidad sigue siendo criterio fundamental en la elección de los directores.

Teniendo que resolver éstos asuntos muy heterogéneos y entre ellos el bienestar espiritual de los socios, la competencia en razón de la lealtad al jefe superior es muy parvo criterio. Por otra parte, el entrenamiento que se adquiere está más encaminado a decir que sí a Roma que a entender y ayudar al socio, de modo que la jerarquía del Opus Dei a lo largo de la geografía no es precisamente un muestrario de figuras intelectuales, ni de hombres contemplativos, ni de expertos en psicología. Durante tres o cuatro años, de los nueve miembros del equipo que gobernaba las cosas de España, tres eran marinos. El énfasis en la disciplina y en la subordinación no puede ser más notorio.

Hasta los cargos más pequeños que impliquen poder deben ser aprobados por Roma, que, careciendo a veces de un conocimiento directo de las personas, tiene que confiar en el juicio de los superiores nacionales basado principalmente en la fidelidad. Todo ello conduce a un sistema burocrático bastante cerrado en sí mismo, donde la crítica es prácticamente inexistente y el disentimiento poco favorecido. La gente se eterniza en los cargos, pasando de uno a otro una vez probada su lealtad. Tal es la cantidad de cuestiones previas y de antecedentes que hay que tener en cuenta cuando se actúa como dirigente, que los períodos reglamentarios de tenencia de los cargos tienden a incumplirse.

Las asambleas de socios que, nombrados por el padre Escrivá, deben reunirse cada cierto tiempo a fin de examinar la labor, nunca han dejado de ser más que una mera tarea de ratificación y dación de confianza al presidente vitalicio. Incluso la última celebrada lo fue sin convocar a algunos de los que tenían derecho a asistir. Y quedó convertida, una vez más, en otro acto de devoción filial orquestado probablemente para causar alguna impresión en el Vaticano.

La Curia romana, desde donde gobierna el padre Escrivá, está compuesta por gentes adiestradas en adivinarle el pensamiento y escasamente familiarizadas con el mundo exterior. Sus choques con las autoridades regionales de la Obra y en especial con las personas maduras son muy frecuentes y tienen como principal causa la tensión entre unos modos de gobernar autoritarios y exigentes y las mil y una circunstancias que en cada país contradicen el esquema.

El vehículo de la obediencia son conversaciones periódicas entre el súbdito y su director, o la llegada de papeles de arriba. Nunca ha estado muy claro a quién se debe obediencia porque sobre cada socio hay una autoridad local colegiada, una autoridad regional también colegiada, otra nacional y la romana. De modo que a veces se dan contradicciones entre lo que le dice la persona que convive con él y lo que le ordenan o sugieren autoridades superiores. Esto se complica con la posición del sacerdote, quien también da consejos, a veces imposibles de cumplir a no ser que se desoiga a las otras autoridades. Lo que en la práctica ocurre es que el superior inmediato se convierte en defensor del súbdito frente a las exigencias de las autoridades superiores. Y todo ello bajo el lema de que hay que oír a los superiores como si fueran Dios mismo. Por ello cuanta más fe tienen los súbditos peor lo pasan, mientras que los cínicos o los experimentados saben filtrar convenientemente los entusiasmos del mando. Si las autoridades están en buenas relaciones de confianza y amistad con los súbditos, lo cual es muy frecuente, se lima y dulcifica en privado lo que en los papeles o en reuniones generales se sostiene, de modo que, como en tantas crisis de los grupos humanos, nada sustituye a una franca conversación de persona a persona.

El problema es que cada vez son menos frecuentes estas conversaciones con los directores realmente importantes y se sustituyen por confidencias y desahogos a niveles inferiores, cor-

diales pero imbuidos de temor reverencial hacia arriba. Aunque en las reglas de juego hay todo un repertorio de curiosas sanciones para los que se portan mal, copiado del capítulo correspondiente de las penas eclesiásticas, no parece que se haya utilizado mucho hasta el momento, aunque circulan rumores de alguna que otra fantástica sanción administrada por el padre Escrivá a sus más fieles servidores. Cogidos en el dilema de procurar el bien de la Obra, es decir, las aventuras diseñadas desde Roma, y el de las personas individuales, muchos directores pasan de un exagerado autoritarismo a una compasión extrema, momento en el que normalmente son marginados del mando.

Más que sanciones, lo que hay son broncas en privado cuando los comportamientos individuales se estiman poco leales a la causa o capaces de provocar el desprestigio de la organización, tal como lo entiende el mando. Y preferentemente, una progresiva desatención que se traduce en dejar que cada uno se las componga como pueda, siempre que guarde unas mínimas consideraciones con las reglas del juego. Para los directores es más cómodo y refrescante tratar con los recién ingresados, más propicios a dejarse impresionar y más respetuosos, o dedicarse a cuidar de las obras, que al fin y al cabo son empresas burocráticas donde de momento las cosas se resuelven desde arriba. Y el resolver siempre es excitante y aleja del ánimo la preocupación por los verdaderos problemas.

c) La castidad o celibato.

La desenfadada discusión sobre el celibato sacerdotal y las nuevas luces que en la Iglesia existen al respecto han cogido desprevenidos a los dirigentes de la Obra. Ellos debían tener más motivo que nadie para confiar en el valor salvífico de la unión matrimonial, ya que, tras unos años de titubeo, nunca negaron que los casados pudieran ser tan contemplativos y perfectos como los solteros.

El énfasis sobre el celibato de los numerarios se explica en base a los dos criterios tradicionales de la Iglesia católica y ya convenientemente discutidos. El primero es funcional, la libertad que se logra para la tarea apostólica cuando no se tienen obligaciones familiares. Nadie pone en duda tal pragmatismo, aplicable por otra parte a cualquier planteamiento unidimensional de la vida. Políticos, guerreros, intelectuales y hasta ejecutivos mercantiles han clamado por la plena dedicación a un solo afán, rezongando contra las cargas del hogar. Sin embargo, un planteamiento más sincero y pastoral de la tarea del hombre de Iglesia reconoce hoy la indudable mutilación que el celibato supone para una inserción plena en el medio ambiente y la cantidad de lastre mítico y económico que tiene esa cualidad sacerdotal. En el caso de los numerarios que se dedican casi plenamente a la vida civil, el celibato es un contrasentido, desde este primer punto de vista. Porque estaríamos frente a un celibato político, comercial, etc., verdadera hazaña de confusión religioso-temporal.

La otra razón, aparentemente más profunda, es la incompatibilidad evangélica entre matrimonio y unión perfecta con Dios. Aquí, como en tantos otros temas de espiritualidad, se vuelve uno a topar con la grosería de determinadas concepciones ascéticas. Ninguna religión desconoce la importancia del celibato como componente de los últimos estadios de la ascensión espiritual.

La progresiva elusión de ataduras corporales, incluido el sexo, ha sido siempre afirmación mística, hecha realidad en la vida de tantos hombres y mujeres que han llegado a la sublimación de su existencia, según nos testifica la historia de las religiones. Pero se trata de una conquista paralela a las del resto de los instintos y apetitos. Es un colocar toda la vida bajo el control del cerebro y lanzarse éste a una de esas aventuras del espíritu que nos ayudan a entender que el hombre es de linaje divino. Plantearlo como punto de partida de cualquier status religioso,

hasta de los menos espirituales, no deja de ser una altivez que se paga muy cara.

En ello está enredada la vieja cuestión del equívoco enjuiciamiento del sexo, inserto en la tradición de la Iglesia católica por lo menos desde San Agustín. Un típico dualismo, el de partes nobles e innobles del cuerpo humano, viene sofocando el recto entendimiento de las relaciones sexuales. A partir del Vaticano II parece que la Iglesia católica va desprendiéndose de esa obsesión monocorde por el llamado fin primario del matrimonio, planteado como si la biología y la psicología no existieran.

Afortunadamente para las conciencias, los sacerdotes dejan cada vez más de actuar como investigadores de alcoba y hacen posible una responsabilidad real de los individuos en las decisiones sobre su vida sexual. Han de pasar años hasta que en la Iglesia católica se clarifiquen las cosas y se reciban, tanto legislativa como pastoralmente, las averiguaciones de la ciencia. Muchas de ellas interpretan mejor el mensaje evangélico y las experiencias místicas que las actuales reglas de juego para los distintos grados y estados del fiel cristiano. En todo caso, para el celibato de los numerarios se dan más razones prácticas del primer criterio, la liberación de ataduras, y por consiguiente, su problemática es más acusada entre los socios que se dedican a tareas civiles y actúan en la calle.

A éstos les parece imposible vivir en un mundo masculino del que debe desaparecer la mujer a tenor de las curiosas disposiciones que al efecto les obligan. Un numerario no puede ir en coche con una mujer, ni trabajar en la misma habitación con ella, ni leer revistas femeninas. El efecto de tales reglas es, naturalmente, crear una obsesión y convertir la sedicente liberación en un problema. Gandhi decía que los pueblos hambrientos se representan a Dios en forma de alimento. Yo creo que las personas que no han dado en el momento oportuno cauce normal al sexo viven una vigilia aberrante de sueños y símbolos sensuales y terminan creándose un extraño filtro en la mirada que les hace ver suciedad y malicia en todas partes.

Su reacción típica ante el espectáculo más limpio y espontáneo, menos hipócrita que la juventud hoy nos ofrece, es de enfado y agresividad, quién sabe si envidiando el fácil "ligue" de estos tiempos en comparación al contorsionado y desequilibrante encuentro con el sexo de generaciones anteriores. No aciertan a ver el hondo contenido ético que tiene el énfasis en la voluntariedad y en la lucha contra cualquier clase de explotación sexual de la nueva moralidad, que con sus inevitables excesos de primera hora, abre un nuevo capítulo en la experiencia humana del amor.

Los defensores de cualquier ideal sexual no deberían nunca invocar argumentos ad hominem. Aquella pía organización que hizo una encuesta entre jóvenes universitarios se llevó un gran susto al comprobar que la mayoría de los chicos y chicas daban poco valor a la virginidad como condición del compañero que elegirían para formar un hogar estable.

Los clamores por la otra moralidad sexual son hoy en la Obra casi tan estrepitosos como los de la lealtad a la autoridad, y los consejos ascéticos para la guarda de la pureza son cualquier cosa menos un acercamiento delicado y comprensivo a ese abismo de riqueza y plenitud que es el encuentro entre hombre y mujer. Cancelando los aspectos de comunicación y de juego que tiene el sexo, se tiende a animalizarlo, a ver en él solamente un sentido instrumental de la propagación de la especie al que el amor, entendido unilateralmente en términos de fidelidad conyugal, serviría de protección eugenésica y de estímulo para la domesticidad de la pareja, atada a un hogar que no sería sino una granja de producción ilimitada de crías.

Menos mal que el sentido común y el instinto capacitan a las personas para defenderse por sí

solas de tales asesoramientos, que puestos a ser enjuiciados socialmente podrían calificarse de intrusismo perseguible por tantos psicólogos y psiquiatras, hartos de recibir los despojos humanos de semejante tutoría moral.

Los aristócratas del amor, como llama el padre Escrivá a sus numerarios, se convierten así en celosos guardianes de un orden sexual mecanicista para los amores más plebeyos. Pero, como en tantas ocasiones, las lindas pueblerinas terminan conquistando el corazón de los poderosos que en algún caso buscan sus encantos sin querer darles palabra de matrimonio.

6. La vida en comunidad.

La vida de familia es la manera de denominar la convivencia que los socios de la Obra practican. Y aunque se dice que no es la materialidad de vivir bajo el mismo techo, así residen habitualmente los numerarios y por temporadas los demás socios. Hay períodos, demasiado largos para cualquier profesional de la presente sociedad occidental, destinados a estudiar, a recibir formación en las diversas fincas que al efecto existen.

Coinciden con las vacaciones y se pretende que sirvan también como descanso, lo cual no siempre es posible por la cantidad de deberes que los superiores señalan para tales ocasiones. Sin embargo, la insistencia en el cumplimiento de esta obligación de descansar ilustrándose es tal que para no cumplirla se requiere autorización personal caso por caso del presidente general. Las argucias de los socios para conseguir permiso en su trabajo a fin de no encararse con tamaña perspectiva son parecidas a las que el honrado padre de familia de clase media utiliza para veranear de acuerdo con los deseos de su mujer, pero con la diferencia de que la presión de la Obra sobre el tiempo de los numerarios haría palidecer de envidia a las más exigentes de las esposas americanas.

En términos de tiempo, el numerario medio debe dedicar, después del período de formación inicial más intenso, unos cuarenta y cinco días al año a actividades espirituales y de estudio interno para provecho propio. Si además ha de atender a otros, la inversión puede crecer indefinidamente. Basta con estar cerca de los centros de poder y no poner mala cara.

Diariamente, el numerario cumplidor ha de distraer unas dos horas y media de su jornada de vigilia para las obligaciones de piedad contabilizables, aunque se supone que durante todo el día debe estar rezando pequeñas oraciones para mantener la presencia de Dios.

De ello ha de dar cuenta a sus superiores, si bien hay que reconocer que con el paso del tiempo éstos se han vuelto más comprensivos y no castigan como antes a hacer las normas después de cenar al que las omitió. También se observa un mayor desinterés de la empresa por la calidad de la piedad de sus súbditos y podrían contarse con los dedos de una mano los hombres verdaderamente expertos en los caminos de perfección espiritual, aptos para ayudar a sus hermanos en tan escarpadas sendas.

El talante voluntarista de la espiritualidad se traduce en el énfasis sobre la ascesis, sobre la mortificación con miras a la subordinación del individuo a los fines colectivos. La mayoría de los consejos ascéticos oficiales van por ese camino, aunque los directores más inmediatos que tratan con personas y no con entes de razón se las arreglan para mantener a sus dirigidos en un equilibrio entre esos consejos y el despliegue de la personalidad propia.

Muy escasamente tienen en cuenta los directores oficiales los diferentes estados de ánimo o etapas de la biografía individual. La estrategia es siempre ordenar un comportamiento ideal con

carácter general por escrito y luego cada director aguarlo para su acomodación a las personas. Con frecuencia, las aventuras de expansión burocráticas van unidas a motivaciones espirituales, de modo que conseguir tantas adhesiones para las revistas o sociedades del grupo o comentar un asunto con más o menos cantidad de personas es el único horizonte espiritual que se señala a los socios para un cierto período. Los hombres verdaderamente contemplativos que, aun escasos, todavía existen, sienten la comezón de tamaña confusión introducida de contrabando en el mensaje doctrinal y comienzan a sospechar que agradar a los superiores en la Obra tiene más que ver con la obtención de resultados tangibles y exteriores que con esas conquistas interiores de desprendimiento, lucidez y paz espiritual.

La vida de familia material se realiza en casas en las que el numerario se supone que descansa de sus trabajos y afanes. Pero es mucho suponer. Las casa donde vive gente joven son lógicamente lugares bullangueros en los que se hacen compatibles el estudio y la expansión juveniles y en las que, a fuerza de actividades disipantes comienza a deteriorarse la dedicación académica. Aquí ha ocurrido indudablemente una clara devaluación de la situación fundacional. Sea por la influencia del consumismo o por la clase de chicos que las frecuentan o por la manera de coordinar la piedad, el estudio y el ocio, lo cierto es que ya no es tan fácil como antes distinguir entre una residencia de la Obra y otra cualquiera de estudiantes por lo que hace al nivel de dedicación y de preocupaciones escolares.

Los licenciados que se dedican al cuidado de esas casas están en un peligroso equilibrio inestable. Por un lado han de mal cumplir con sus deberes o ilusiones profesionales, momentáneamente sujetos a un período de mediocridad. Por otra, hacer de embrague entre las directrices superiores y las necesidades y apetencias de los chicos con quienes conviven. Y finalmente, a tenor del propio estado de ánimo, embarcar a éstos en las aventuras apostólicas del momento.

Estas tienen más que ver con la captación de prosélitos y su indoctrinación que con inducirlos a una reflexión personal cara al mundo en que viven. Por citar algún dato, las visitas a los pobres o la catequesis del menesteroso no suelen atraer a los muchachos ilusionados por afanes de justicia social. Lo que va más allá de eso se entiende curiosamente como terreno inviolable de libertad política personal y por tanto ni es objeto de formación ni demasiado bien visto como tema de tertulia. Actualmente, con el asunto de la fe en peligro, ya no hay otros temas sobre los que predicar a los jóvenes más que ese, y como tal predicación es aburrida y sectaria, termina produciendo el marginamiento de la juventud más atractiva.

En cuanto un chico descubre por dónde va la civilización, se aleja de ese ambiente, salvo que quede atrapado por la infusión en él del peculiar moralismo sexual que se administra y que puede costarle una deformación psíquica. Sin embargo, los temas importantes están en las casas de mayores, pues al fin y al cabo no hay bacilo que resista una aireada juventud. Incorporados de manera estable a una profesión liberal o a una burocracia, interna o externa, los socios numerarios comienzan a producir equívocos a su alrededor. Son gentes que no hablan de su intimidad, nadie sabe cómo comen o duermen. No figuran en la guía de teléfonos. Cambian de casa en la misma ciudad por razones no explicables en público.

Tienen que mentir con frecuencia antes de confesar que han de pedir permiso para participar hasta en los más cotidianos compromisos de la vida civil. Esquivan un montón de temas que tratan de sustituir por trivialidades y los más metidos en la burocracia interna son francamente pueriles. Su cultura es de mass-media, apenas de experiencia personal, pues les está vedado no sólo ir a cualquier espectáculo público sino, como es lógico, participar en actividades donde de manera habitual concurran mujeres, salvo que se den los prescritos distanciamientos. ¡Como si la sociedad actual anduviera por esos vericuetos! Cualquier afición a actividades no

convencionales les otorga inmediatamente un status peculiar, pues una persona que tiene que pedir autorización para salir por la noche, sabiendo además que no le sienta bien al mando, es cualquier cosa menos normal.

En síntesis, se trata de un estilo de vida muy parecido al conventual o cuartelero, sólo que mucho más raro. Como en la vida de familia está prácticamente prohibida la discusión abierta, ella transcurre en torno a temas triviales o al receptor de televisión, salvo alguna que otra indoctrinación superior sobre los tristes tiempos que corren y la necesidad de rezar y mortificarse para que cambien.

Para colmo, en virtud de una extraña adaptación de reglas conventuales, se prohíbe hasta la apariencia de una amistad particular, sin duda para reforzar el gobierno. Con ello sólo se logra hacer menos gratas las auténticas buenas amistades que entre socios de la Obra existen y que son probablemente el mejor balance de cualquier estancia en la organización, pues años de compartirlo todo no pueden producir otra cosa que nobles vínculos de afecto y compenetración incluso con quien peor se llevó uno. Los gobernantes temen mucho esos bloques solidarios, de modo que cada cierto tiempo desorganizan las casas mandando a unos para acá y a otros para allá, con la pena y hasta con alguna débil protesta de los interesados.

La práctica de la corrección fraterna, hoy casi inexistente, tiene mucho más que ver con la inspección recíproca sobre un comportamiento grato al mando que con una auténtica preocupación por el bienestar global del hermano y nunca es una sincera confrontación sino una verdadera bronca en la que está expresamente prohibido el defenderse. Un capítulo importante de la vida de familia es la peculiar estrategia diseñada para el buen orden y atención de las residencias. Los solteros de más de cuarenta años de nuestra clase media no son precisamente gente adiestrada en labores domésticas. Tampoco la Obra los entrenó a guisar o a limpiar, salvo en los tiempos fundacionales. La sección femenina, en los países latinos, básicamente en España, tiene las casas como los chorros del oro, al precio de la incomodidad de la férrea separación establecida que hace casi inaccesible la cocina o todo aquello que, siendo zona de administración, está cerrado con doble llave. La obsesión típica del sexo impide la comunicación verbal y todo ha de decirse por teléfono y a través de las personas autorizadas. La regulación al efecto llega a rizar el rizo del detallismo sin advertir que en los tiempos que corren hasta las residencias de la Obra se van a quedar sin ese servicio doméstico tan envidiado por las amigas. Es curiosa la mezcla de ideología y baratos slogans que rezuma toda la doctrina de la Obra sobre las empleadas de hogar, como en un último esfuerzo de persuasión religiosa para mantener una estructura burguesa.

Sin embargo, como falten las chicas, las casas de mayores no van a ser precisamente lugares gratos para vivir, salvo que los socios que las habiten reciban un reentrenamiento doméstico compatible con sus actividades profesionales o recurran a la ya muy costosa inversión del servicio mercenario. A lo mejor necesitan resucitar la vieja distinción entre profesos y legos, que se advierte en algún escrito del padre Escrivá sobre las relaciones entre numerarios y agregados.

7. Salida de la Obra: obstáculos, razones y tragedia.

Ante semejante perspectiva cabría preguntarse: ¿y cómo la gente no se sale de la Obra? Aparte de que sí se salen, y cada vez más, e incluso podría decirse que en número superior a los abandonos de cualquier institución religiosa, hay muchas razones para quedarse.

En primer lugar está el cariño. La convivencia en la Obra genera afectos. A los hermanos, a los afanes comunes convertidos en casas o en realidades materiales llenas de recuerdos, de las

horas buenas y de las horas malas. Abandonar la Obra en ese sentido es como romperse el corazón a trozos. Luego está el sentido de responsabilidad apostólica en el contexto religioso del país; ¡tantas gentes encarriladas por una vida mejor desde el sitio que uno ocupaba en la Obra! ¡Tantas personas viendo en ti un apóstol que no les debe fallar y en quien apoyarse en los momentos de debilidad!

Más fuerza aún tiene la sensación de que Dios, lo Absoluto, viene a ti a través y sólo a través de la organización. Esa idea de que tu camino hacia la felicidad plena pasa por la Obra justifica todas las sumisiones que te impones o te imponen. Las ansias de ser feliz y de no terminarse, de durar siempre, aquellas que hacían estremecerse a Miguel de Unamuno cuando sintió la agonía de su cristianismo, son capaces de lograr en ti todas las renuncias, si estás convencido de que son el precio de su realización.

Sólo que cuando notas que tus mejores tensiones hacia lo Absoluto no son encauzadas e incluso son estorbadas por el vínculo con la organización, empiezas a andar un camino de reflexión dolorosa y solitaria que quema por dentro. A veces te defiendes del reto de tu conciencia enseñando tus miserias, arguyendo con tus debilidades y echándoles la culpa de tu sedicente ceguera. Pero cuando uno se persuade de que no es un monstruo pecador, indigno de la libertad, sino una persona normal, con su dosis relativa de virtudes y defectos, de aciertos y desaciertos, tampoco sirve ese argumento de la propia abyección.

Y mientras tanto, la organización ¿qué hace contigo? En virtud de su fatal opción a favor de la idea y de la institución y en perjuicio del individuo concreto, cualquier proceso de identidad personal que tenga que ver con una posible salida es temido y frenado por los dirigentes. Persuadidos éstos de que no hay más felicidad que la de la entrega ni mayor traición que la de romper el vínculo con la Obra, echan mano de los mejores recursos para retener al rebelde. Es también el momento de abrir la caja de los truenos y sugerir que no perseverar puede llevar a la condenación eterna, así como amenazar a los cómplices o a los neutrales con la idea de un pecado grave.

Les preocupa más, como es lógico, el caso de una persona mayor o de un sacerdote por la simple razón de que el asunto puede hacer peligrar el buen nombre de la institución y su prestigio proselitista. Alguna vez me he preguntado cuánto tiempo va a pasar hasta que esas organizaciones monten un buen departamento psicológico desde donde apuesten a la persona y la ayuden a tomar sus propias decisiones sin más horizonte que ayudar. Departamentos que no teman el fomentar y aconsejar la salida cuando tres o cuatro personas de buen juicio, y a ser posible con algún asesor no interesado, estimen que el individuo tiene razones suficientes para plantearse un reajuste de su propia vida.

En la Obra es justo al revés.

La idea básica es que la perseverancia es la regla y la excepción debe ser abundantemente demostrada. Porque estás debes estar, es el barato e incomprensible consejo. El primer dirigente al que conté mis tribulaciones me arguyó con argumentos místicos. Es la noche pasiva del espíritu, hay que sufrir quizá hasta la muerte. Menos mal que el instinto de conservación le defiende a uno, porque si no, hubiera apostado a tal perspectiva. Todo hombre, dice Radhakrishna, busca suscribir un compromiso con la muerte y así obtener vida, cosa que logra con la consciente aceptación de la muerte, y eso fue lo que hice.

El segundo experto me aconsejó mortificación y me obsequió con uno de esos cilicios con los que el numerario debe castigar su carne dos horas al día, por si no fuera bastante mortificación

la vida de trabajo y frustraciones que se lleva en la capital de nuestro país.

Al tercer experto ya no le hice caso.

La salida de la Obra es un fenómeno curioso porque de pronto sientes lo poco que importas a unas personas que han sido testigos de años de tus mejores afanes. Eres un expediente para archivo. Se acabó. Y cuantas menos señales de vida des, mejor. Porque constituyes un recordatorio andante de sus fracasos y un reproche a su indiscutible rectitud.

Las personas, tantas, que bordean esa frontera no pueden dar el paso sin obviar los obstáculos mencionados y otros menores pero no menos compulsivos. La comodidad, la inercia, la dificultad de volver a empezar. El problema es mayor para los que no tienen una identificación externa suficientemente autónoma.

La sociedad burguesa española no deja de mirar a los socios solteros de la Obra como asimilados al religioso y reaccionan de manera similar, o sea, negativa, ante comportamientos no convencionales. Es decir, dificulta el proceso. De modo que salvo que se tengan plataformas de despegue como una familia receptiva o dinero y status social o el amor de una mujer, la decisión es penosa. Y los ambientes más liberales te reciben con una mezcla de recelo, conmiseración y satisfacción poco agradable.

A veces la etiqueta que antaño te distinguía tarda mucho en ser borrada por el experto que te etiquetó. Puestos a pronosticar por dónde van las defecciones pienso en cuatro clases de personas. Los intelectuales, poco aptos para aceptar censuras sobre libros y doctrinas e instintivamente abiertos al progreso omnidimensional. Los profesionalmente honestos que, embarcados en una tarea civil, tendrán que elegir entre ser fieles a sus obligaciones o dóciles a los requerimientos de la organización. Los contemplativos, que prefieren una vida de oración y recogimiento a las aventuras del catolicismo contrarreformista. Los maduros, que empiezan a sospechar que sus años de senectud no van a ser demasiado gratos en una organización que no cuenta todavía con una previsión real de esas circunstancias limitativas de la personalidad.

Asustado me quedé, después de conocer en América a uno de los primeros socios que pasea de casa en casa sus sublimaciones místicas y sus desequilibrios, de la receta que me dio R. C. cuando yo protesté de situación tan trágica y de lo mal atendido que le encontraba. "El Padre ha dicho que Fulanito se irá derecho al cielo." Allí mismo me prometí no volver a hacer proselitismo. Quizá cabría añadir un quinto grupo si la Obra iniciara su propia reforma. Y sería el de los conservadores, los indoctrinados en la presente mentalidad, que probablemente reaccionarían mal frente al cambio.

Un proceso judicial pendiente hoy en España puede aclarar la extraña situación económica de los socios que se van. El petitum es sencillo. Si un hombre entregó a la organización el total de sus ingresos durante su vida y puede probarse que gastó menos que ingresó, ¿tiene derecho a alguna restitución e incluso a una indemnización? Los dirigentes de la Obra sostienen que no. Y amargan la vida de unas cuantas personas que se hacen de nuevo a la mar de la búsqueda de empleo desde el declinar de sus años. ¿Qué dirán los Tribunales?

8. La Obra, estructura alienante.

Para sus socios la Obra se ha convertido en una estructura alienante. Lo es, por lo difícilmente que acepta el aire puro de la confrontación. Por fomentar una dualidad de comportamientos. El que cada socio tiene en virtud de sus propias averiguaciones y el que se le impone en razón

de las exigencias de la organización. Por imponer un silencio excluyente sobre los asuntos internos.

Por manejar un lenguaje esotérico con claves interpretativas aptas sólo para los iniciados. Por alentar la reacción violenta contra los contradictores, creando en éstos el temor a la venganza.

Por cercenar una parte del mensaje cristiano, haciendo hincapié solamente en una versión histórica del mismo y no precisamente la más cercana a las fuentes. Con frecuencia he meditado en el mecanismo mental que hace posible tal comportamiento. En términos psicológicos podría resumirse así. El socio de la Obra es animado a crear en su interior una imagen de Jesucristo lo más viva posible. Hasta poder dialogar internamente con ella. Algo parecido a quienes conversan con la persona querida que murió y cuyo recuerdo se excita hasta resucitarla con la imaginación. El diálogo así establecido conduce a una identificación con esa imagen, en los términos de la documentación y las sugerencias que cada uno maneja y recibe. Si se hace sistemáticamente y no se sale de tal carril, uno recibe, por una parte, fuerza interior para convertirse en imitador de Jesucristo en los términos dictados y, por otra, paz y sosiego cuando se apela a tal imagen, desde las dudas o los conflictos.

Cuantas veces los acontecimientos u otras fuentes de información ponen en duda ese esquema, se los enjuicia y critica desde la encarnación del mismo en que uno se transforma, condenándolos o simplemente apartándolos de la imaginación para que no incomoden. Es como el rico que aparta de sí el pensar en los pobres y termina por creer, como aquella marquesa, que los mineros no existen.

La persona es entonces tributaria de un esquema mental que se transforma en conciencia moral y que produce un comportamiento homogéneo en un determinado sentido. Identificar su espíritu con el de la Obra es el fin de la dirección espiritual que se imparte a los socios del Opus Dei, reza el catecismo interno.

Esas mentes entrenadas a pensar y reaccionar de una determinada forma, que tiene además la sanción de la aprobación divina, no pueden ver más que a través de un pronunciado astigmatismo. Cuando la vida les zarandea y se quedan a la intemperie, surgen las neurosis y depresiones, fruto del esquematismo monodimensional de su estructura mental. Si regresan al esquema, se serenan al precio de olvidar la vida y las otras interpretaciones de ésta. Si se mantienen en un tira y afloja, hacen falta compensaciones físicas o mentales. Si aceptan el reto de encararse con toda la realidad, el esquema queda derribado.

En estos tiempos en que, junto a la oscuridad previa a todo amanecer, brotan ya las nuevas auroras, habría que hacer llegar al padre Escrivá un mensaje de tolerancia y fe en la humanidad. Un mensaje que sirva para romper ese curioso artificio que enfrenta a los que se dicen defensores de los derechos de Dios en la sociedad y el hombre. El hombre concreto, hijo de su historia y de sus condicionantes, sobresaltado por ellos, deseoso de olvidar una leyenda que lo califica de intrínsecamente corrompido. Que trata de entenderse y entender lo que le rodea y a veces sólo logra hacer daño a sus semejantes.

Que no es malo sino ignorante. Y que muchas veces tortura a otros hombres porque es la única manera que entiende de saciar patológicas deformidades. Que está empezando a vislumbrar una civilización de abundancia donde la escasez propia o el deseo de remediar la ajena no le impongan el regreso a la belicosidad del predador que fue su padre.

CAPÍTULO VI: EL FUNDADOR

Cuando R. F., el tercer experto, trataba de ayudarme, su reacción ante mis críticas institucionales era siempre la misma. "Hay que apostar al Padre, él tiene el carisma, tiene los datos y ya arreglará a su debido tiempo lo que ahora no entendemos."

Si esto era así, es decir, si los dirigentes nacionales funcionaban con ese criterio, sólo cabía hacer dos cosas. Hablar con el padre Escrivá o desmitificarle. Lo primero se reveló imposible. Cartas, ruegos, más cartas. Y nada. La biografía de cada socio tiene un capítulo especial. El de sus relaciones personales con el Fundador.

A él regresa uno en las crisis y en los interrogantes para encontrarse... con que los tiempos han cambiado. Es aleccionador y edificante contemplar la cantidad de hombría de bien y buena fe que tantos socios llevan dentro y que les hace considerar imposible que aquel Padre que ellos conocieron produzca o permita los actuales conflictos. Prefieren pensar que no se entera.

El padre Escrivá se rodea ahora de sus más íntimos leales y rehúsa el trato directo con los hombres conflictivos. Será su culpa o la de su guardia pretoriana, pero así están las cosas. Sus apariciones al grueso de los socios se producen en un ambiente colectivo y, a ser posible, con chicos jóvenes y gente adicta.

¿De dónde nace su descomunal aureola, de dónde su magnetismo?

¿Por qué los socios de la Obra son acusados de un culto a la personalidad fronterizo al de los mejores tiempos de Hitler o de Mussolini? Muy sencillo. El padre Escrivá, para los hombres de fe, es aquel a quien habló Dios. Una historia interna susurrada por lo bajo hace mención de apariciones, de mensajes divinos que nunca terminan de explicarse bien. Si a la parapsicología se la pudiera dar los datos quizá podríamos tener alguna idea de lo que realmente pasó en esos momentos estelares de su vida. Pero ni la ciencia está todavía madura ni creo que se le den los datos.

La carga emocional con que la gente crédula se encara con lo sobrenatural convierte en semidioses a los presuntos emisarios de lo divino, hasta hacer de sus ropas talismanes y de sus palabras oráculo. La única manera honrada que tiene la gente común de contrastar esas personalidades es enjuiciar sus obras, sus frutos, su comportamiento con las modestas herramientas de la ética más universal.

¿Y cómo es el padre Escrivá? Por lo pronto, las personas que lo rodean son ejemplos de intolerancia y sus opiniones acerca del presente cambio en la civilización escasamente inteligibles. Aún recuerdo los comentarios de uno de sus jóvenes secretarios al tratar el tema de los hippies. Su receta era la Guardia Civil.

¿Y él? ¿Cómo es el padre Escrivá? Es muy difícil describir una personalidad compleja desde unos encuentros no demasiado frecuentes ni demasiado intensos. Por otra parte, su biografía tiene varias etapas de las que la actual no nos lo explica todo. Pero siempre están algunos rasgos caracterológicos.

Podría decirse que es encantador, grato y persuasivo cuando se está a su favor. E intolerante, intratable y grosero cuando no se aceptan sus criterios.

A veces me he asombrado de su fabulosa capacidad de condenación, al oírle exasperarse contra figuras tan atractivas como Teilhard de Chardin, para él un hereje redomado. O al poner en

solfa uno tras otro los nombres que se mencionan en su presencia. ¿Quién será de recibo para el padre Escrivá?

A una época de apertura, de comprensión sucede otra de cerrazón y de dogmatismo. Cuando la Obra era pequeña, el padre Escrivá, recibiendo los golpes de las contradicciones con el mejor espíritu deportivo, amaba en ellos la voluntad de Dios y perdonaba. Hoy, con tan nutrida retaguardia, condena y condena.

Su mentalidad actual, para mí cercana a la mejor estirpe de nuestros eclesiásticos de la Contrarreforma, está animada de una profunda belicosidad contra los enemigos de la fe y alimentada de una piedad y de una teología consecuentes.

Ramacharaka dice que los hombres incultos procuran demostrar su amor a Dios principiando por odiar a todos los hombres que difieren de ellos en el concepto de la divinidad. Se figuran que tal incredulidad o diferencia de fe es una afrenta directa hacia Dios y que ellos, como leales servidores suyos, deben resentirse igualmente, como si Dios necesitara de su ayuda contra sus enemigos.

Una clave interpretativa del talante del padre Escrivá podría ser su manera de entender la propia hidalguía. Muchos socios no han podido todavía recuperarse de los efectos negativos del affaire del marquesado. Un hombre todo espiritualidad, que reniega de las pompas y vanidades, ¿cómo puede buscar, en la segunda mitad del siglo veinte, el oropel de un título de nobleza?

Cuando se publicó el libro de Infante, la reacción del padre Escrivá, contenida en un escrito aireado por los superiores, fue contraatacar solamente las afirmaciones del autor sobre la prosapia de sus mayores y proclamar que sus padres eran nobles por los cuatro costados. Yo, en aquel momento, pensé y dije a mis inmediatos superiores que si la genealogía de Jesucristo incluye a alguna que otra mujer ligera de cascos, ¿qué importancia podía darle el padre Escrivá a esos temas?

A las alturas que nos encontramos y si es verdad que aún hoy día él controla y dirige los comportamientos de sus hijos, el juicio sólo puede ser negativo. Eso sí, salvando todas las buenas intenciones que haya que salvar y todos los esquemas mentales que haya que tener en cuenta. En cualquier caso, en buena hora prosiga el padre Escrivá con su catolicismo beligerante. Construya su teología sobre Santo Tomás, San Buenaventura o Buda.

Haga celebrar misa en latín, griego o arameo. Trate de convencer a los gobiernos de que se hagan todos católicos o protestantes o maoístas. Pero que lo haga por la vía de la persuasión. Y sobre todo, que acepte que la propia felicidad puede ser interpretada por cada uno, sin ser obligado a depender de los dictámenes y las potestades de quienes, queriéndote mucho, se quieren aún más a sí mismos.

EPÍLOGO: DOS AÑOS DESPUÉS

Al releer el documento que antecede, escrito hace dos años en circunstancias emocionales claramente advertibles en su lectura, pensé que necesitaba un epílogo. Algo que fuera una mezcla de actualización del tema, desde mi óptica presente, y de respuesta a los juicios que han hecho sobre él las muy variadas personas que lo han leído.

En la primavera de 1972, con ocasión de otro episodio de mi biografía, tomé contacto con la Iglesia oficial, la que administra el catolicismo español. El motivo era tratar de resolver uno de esos pleitos de nulidad matrimonial en que desembocan ya bastantes matrimonios contraídos por la clase media española. El asunto llevaba tres años en manos de abogados y curiales y los protagonistas habían reconstruido su vida afectiva y pretendían también legalizarla.

De la mano de un clérigo amigo, penetré en el mundo de las oficinas eclesiásticas y lo que vi fue cualquier cosa menos un interés real por las personas afectadas. Allí todo el mundo tenía una obsesión monocorde por el mantenimiento del vínculo, fueran cuales fueran las circunstancias del caso, y algunos planteamientos eran cómicos, aunque la mayoría eran trágicos. Porque no parecía que a nadie le importase mucho la protección real de los intereses en juego, afectivos o económicos, de los cónyuges o de los hijos, sino cuestiones de fidelidad a los vínculos, planteadas en términos de intenciones, propósitos y consumaciones. Después de diferentes gestiones, un presbítero experto me aconsejó la inversión de cuatrocientas mil pesetas, cantidad con la cual él creía poder acortar trámites y obviar cerrazones, resolviendo la nulidad en un plazo corto.

Me pareció inapropiada la fórmula, que, por otra parte, incrementaba de manera imprevista los gastos del subsiguiente matrimonio, haciéndolo poco recomendable para gentes de salario medio. Acudí por último a la máxima jerarquía eclesiástica, quien se dolió de que la escasa ayuda del Estado le impidiera montar una Curia matrimonial eficiente, similar a las que en otros países resuelven estos asuntos con más prisa, espoleadas sin duda por la libertad civil de los católicos, que pueden acudir a los tribunales ordinarios sin verse presionados por sus gobiernos a confiar a los eclesiásticos este tipo de conflictos. El asunto me dio que pensar, escribí un largo artículo sobre el tema, juzgado como interesante pero impublicable por varios periodistas, y me dispuse a esperar para cuando la sociedad española tenga la oportunidad de secularizar, es decir, civilizar, la legislación matrimonial.

¿Una iglesia nueva o la misma potestad de dominio?

Comentando el episodio con uno de los más conocidos clérigos modernistas, de los que afirman que la Iglesia está cambiando para bien, le comuniqué que francamente no veía diferencia alguna entre el catolicismo de la Obra y el otro. Ambos, en mi opinión, tratan de ejercer potestades de dominio sobre sus fieles, y cuando no lo consiguen apelando a las conciencias lo intentan participando en las estructuras de poder. El citado clérigo se enfadó mucho, alegando que el "malo" era Escrivá y los buenos los "suyos"; y yo, como casi siempre, comencé a reflexionar y a escribir. Esto de ponerse a escribir como reacción frente a los traumas parece que está muy generalizado. No hace mucho un biógrafo inglés de Newman me contaba que los mejores frutos de la pluma del converso fueron productos de vividos enfados resultantes de sus viajes a Roma.

Pero esta vez mi propósito, después de leer a varios de los sociólogos de la religión, era averiguar qué cantidad de comportamiento humano se debe a las creencias religiosas, a esa interpretación mítica de la realidad que recibimos, en el mismo contexto educativo, de quienes nos abren los ojos a la vida. No parece posible negar que gran parte de los españoles de clase

media que pasamos de los cuarenta años hemos sido "socializados" con un componente religioso bastante importante, del cual es punto menos que imposible desprenderse. Averiguar cómo influye tal componente en las ideas y en la andadura vital de esa generación parece una empresa bastante atractiva, a tenor de la cantidad de veces que el tema aflora en entrevistas, reportajes y literatura de costumbres.

La confesión religiosa parece que es un accidente del nacimiento, tan dependiente de éste como la forma de comer y vestir. Es decir, que la probabilidad es muy fuerte de que un señor de El Cairo sea mahometano, otro de Hamburgo luterano y el nacido en Burgos católico. Pero parece que todos, en la medida en que afirmen esa religiosidad, tienden a aceptar la existencia de un poder cósmico, con un dominio definitivo sobre las circunstancias de la vida humana y con el que conviene estar "a bien", principalmente porque su dominio alcanza incluso a conseguir la supervivencia de los individuos después de la muerte.

La Iglesia como sistema de poder.

La diferencia en el caso del señor de Burgos, común a todos los católicos, es que su religión es institucional, es decir, está organizada como un grupo al que se pertenece y en el que se acepta la existencia de personas especializadas y legitimadas para definir criterios y comportamientos y ejercer diversos controles sobre los miembros de la institución.

Tal carácter institucional de la Iglesia católica, fuente permanente de conflictos con otras organizaciones a las que también pertenecen sus fieles, ha estado hasta hoy visiblemente incorporado a la convivencia española, hasta convertirse en nota constitucional de su régimen civil. Porque la confesionalidad, en estos términos, no es sino la obligación que asume el legislador civil de aceptar como válidos los criterios del legislador eclesiástico.

Y si esto no parece que tenga mayor importancia en los llamados principios de la fe, que podrían pacíficamente homologarse con las declaraciones programáticas, las exposiciones de motivos que las leyes españolas suelen contener, muy otro es el caso con los asuntos que los eclesiásticos califican de "moral y costumbres", en los que también reclaman competencia. A esta presencia de la institución en los mecanismos gubernativos del país se añaden el acusado color religioso del ritual social, las fiestas, los símbolos, el lenguaje, etc., y la existencia de lugares eclesiásticos, como las curias, las escuelas, los establecimientos benéficos y tantos otros componentes del patrimonio de la Iglesia donde sus dirigentes ejercen diversos modos de gestión sobre personas y cosas.

Paralelamente, el mundo eclesiástico ha venido siendo asimilado por las estructuras sociales del país, a las que legitima "sacralizando" sus mecanismos y sus realizaciones. La armoniosa trabazón de la organización eclesiástica con la burguesía catalana y vizcaína, o con la aristocracia campesina, deja paso a la actual penetración de reivindicaciones laborales en los nuevos cauces apostólicos. Con lo cual se justifica la sospecha de que la pretensión principal de los eclesiásticos es ser tenidos en cuenta y mantenerse socialmente relevantes en el entramado de la convivencia.

Hace ya tiempo, un viejo profesor de Ciencia Política de Wisconsin me confesó que él había dejado de ser católico en los años 40, por dos razones: por su repugnancia a aceptar juicios de valor en cuestiones de doctrina política y por la posición del Vaticano en la guerra civil española. La tradición de separación de la Iglesia y el Estado, con la que se han cancelado este tipo de alianzas en culturas distintas a la nuestra, no puede aplicarse en España mientras no evolucionen las legitimaciones políticas de nuestro sistema.

Parece obvio que hoy se gobierna al país en razón de una victoria militar producida hace más de treinta años, sobre la que los eclesiásticos edificaron una influencia cultural posterior tan importante por lo menos como la conseguida por los banqueros en la recomposición económica de la posguerra. Y mientras el régimen no ha conseguido, y quizá no lo haya pretendido, modificar sustantivamente la infraestructura capitalista en la que nos alojamos, su caparazón ideológico sigue albergando, entre otros componentes, a veces contradictorios, la "confesionalidad" religiosa.

La presente tensión Iglesia-Estado es precisamente una consecuencia de que, desde el lado de acá, se protesta contra una variación de actitudes eclesiásticas que ya no coinciden tanto con las existentes en aquellos tiempos y que hicieron posible la redacción del Concordato vigente. En ese contexto, la espiritualidad del Opus Dei representa paradójicamente la sustancia del catolicismo español del 18 de julio, la interpenetración de poder civil y el religioso, débiles ante el entramado de los intereses económicos capitalistas e incapaces de modificarlos, no ya en los términos del socialismo que perdió la guerra sino ni siquiera en los del sindicalismo fruto de la victoria militar. Pero firmes en una interpretación cultural homogénea del talante español y las esencias patrias. Por eso, Escrivá siempre ha sido partidario de una posición vigorosa del Estado español, cuya religiosidad básica él considera la válida, frente a las veleidades político-sociales de la Curia romana.

El catolicismo barroco de monseñor Escrivá.

Es por ello interesante preguntarse por la razón de la "cancelación" de los miembros de la Obra en la última crisis gubernamental. Mi opinión es que se trata de una íntima desconfianza, desde las lealtades más radicales del franquismo, hacia quienes, pese a su ejecutoria personal, tienen una cierta dependencia del Vaticano, por muy conflictiva que sea la relación entre Escrivá y la actual Curia.

Las gentes de la Obra, cuando han ejercido el poder político, el cultural o el económico, han apostado por las operaciones más modernas del capitalismo internacional, multinacionales e integración en la Europa empresarial incluidas, al tiempo que defendían y protagonizaban desde colegios, cátedras, libros y revistas el catolicismo institucional anterior al Vaticano II, tanto frente a la nueva hornada de eclesiásticos como frente a los que civilmente preconizan una modificación estructural de la convivencia española.

En este sentido creo que el Régimen, en sus más estrictos componentes sociológicos, ha sido bien servido por los hombres de la Obra y que el precio del servicio era justamente mantener las ortodoxias religiosas y culturales tradicionales, desempeñando en ellas el oficio de "censores".

El catolicismo barroco de Escrivá está claramente veteado por esa familiaridad con la Providencia y esa conciencia de cercanía a un Dios metido en los afanes humanos que poco menos que le lleva a instalar a Jesucristo y a su Madre en el quicio rector de la España del desarrollo cuantitativo. Su fe es tan diamantina que grita frente al altar cuando las cosas no le van bien y le pide a Jesucristo que se anime y haga "una de las suyas" para enderezar sus negociaciones vaticanas.

Mientras tanto, se alboroza con sus triunfadores -"A ti, hijo, un beso por ser director general, y a ti dos, por ser subsecretario"- en una especie de festival de potestades, donde por una nueva escala de Jacob suben y bajan del cielo ángeles custodios, ministros, gerentes de inmobiliarias

y vírgenes, celebrando una nueva teofanía de éxitos. La mentalidad es la misma que la de una alta jerarquía que, en el verano de 1972, decía públicamente que el "franquismo" continuaría después de Franco porque Dios así lo quiere.

Esta confusión entre mito y realidad tiene bastante que ver con la permanente mezcla entre retórica y acción, propia de la cultura mediterránea. Una de las dificultades más importantes que tienen los observadores de otras culturas para entender la nuestra es su incapacidad para comprender la diferencia entre "hablar la vida" y "vivirla", tan afincada entre los pueblos ribereños del Mare Nostrum. Desde el "chauchau" de los azotes árabes, pasando por la tertulia y el teatro popular, hasta los "parlamentarismos" políticos, nuestras razas han sabido encontrar una compensación dialogante, retórica a las duras realidades de la vida, cuando sienten que uno no controla su propio sino.

Se puede estar dominado por la pobreza, por la sumisión a los más fuertes, a los más pragmáticos, pero no se renuncia a la afirmación verbal de uno mismo y de los valores que uno siente como válidos. Con frecuencia ello está mezclado con legitimaciones religiosas, con invocación a los dioses, a los poderes superiores cuyo esquema de la realidad es, "tiene que ser" el nuestro. Y esta mezcla de retórica y mito, en contraposición a la acción pragmática y utilitaria, es lo que defiende a tantos mediterráneos de la desesperación y la locura, en estos tiempos de cambio. Cuando nuestra cultura recibe el impacto de los planteamientos racionales de la modernidad fabricada por hombres del Norte, más fríos y más lógicos, que ponen su esperanza en la capacidad intelectual y en el análisis para entender y manipular la realidad, el hombre del Mediterráneo suele aceptar el nuevo esquema en beneficio de su bienestar, pero trata de preservar la actitud retórica y mítica que le tranquiliza. Se pueden aceptar las máquinas y las comodidades, pero no el talante iconoclasta que las acompaña.

Un balance negativo para las iglesias institucionales.

Escrivá, y con él los que apostaron a una reafirmación de "la España eterna" como consecuencia de la victoria militar, han mantenido esa actitud bifronte hacia las realidades del desarrollo industrial español. Pero así como las objeciones a este desarrollo que hacen los españoles socializantes son homologables con la "protesta" internacional contra esa nueva etapa del capitalismo, los hombres de la tradición sólo se duelen de la erosión que produce a los "valores" culturales y religiosos de la raza. Y mientras tanto, los verdaderos protagonistas, los que manejan los mecanismos del Estado industrial utilizando la fuerza de los unos para congelar las aspiraciones de los otros, van acompasando nuestro desarrollo a ese modelo estructural que contiene, como se comprueba en tantas latitudes, el germen de su propia descomposición y la paradoja de sus muchas contradicciones.

La interpretación religiosa de la realidad, para sociólogos como Berger, retrocede y se convierte en subcultura marginal, allí donde avanzan la industrialización y la urbanización. La religión se convierte así o en rito social, escasamente reflexivo, o en una reacción emocional con la que se arguye vitalmente frente a la sequedad metafísica de la racionalidad en la que la acción humana va descabalgando a las "primeras causas" y a los "dioses" gestores.

El balance es más negativo para las religiones institucionales que pierden las potestades y las plataformas civiles. Es interesante advertir la "invasión" ,por las religiones orientales de los lugares centrales de la civilización de consumo para desempeñar un cierto papel en las nuevas actitudes intimistas del sentimiento religioso occidental.

La Iglesia curial contra la mística; una actitud incongruente.

Al haber prevalecido en el cristianismo, y más aún en el catolicismo, las ortodoxias y las potestades, el mundo místico dejó de ser de interés para las Curias y ahora está siendo "capitalizado" por esos movimientos, más amigos de producir la pacificación de los espíritus y el desarrollo de modelos muy variados de contemplación y percepción extrasensorial, que de regir y gobernar. En el núcleo de esos movimientos se advierte, sin embargo, el mensaje de una cierta huida del mundo, de un desentenderse de los retos de progreso material y social que tiene la presente aventura humana. Pero al menos existe una congruencia de actitudes, que no se dan en las iglesias institucionales.

La idea de un Dios creador y gobernador que materializa su dominación a través de vicarios terrenales conlleva, en mi opinión, la fijación de un sistema cósmico completo e inalterable. Es un escenario donde seres humanos, biológicamente uniformes, repiten ad infinitum un mismo papel, con los eclesiásticos de apuntadores, para permitir que un número indeterminado de almas, cuantas más mejor, purificadas por el dolor de la existencia terrestre, consigan el acceso a otro escenario de dimensiones y circunstancias desconocidas.

Esta perspectiva, que explica la devaluación con que los eclesiásticos afrontan muchas veces las aventuras humanas, "instrumentalizándolas" en beneficio de la persistencia de tal mito, no tiene ya sitio en la cultura contemporánea. Y menos administrada en términos de infalibilidades, condenaciones e intromisiones.

El descrédito de la "Iglesia triunfante".

Basta asomarse a los presentes horizontes de la biología molecular, de la física poseinsteiniana, de la astronomía; tomar nota de las actuales averiguaciones sobre la naturaleza del cerebro y sus mecanismos; comprobar los diagnósticos estadísticos sobre el comportamiento colectivo; en una palabra, participar en los avances científicos, para comprender que a un concepto estático e inmodificable de la realidad corresponde otro dinámico y manipulable en el que el hombre no se siente ya un ser "fatalizado" sino un animal evolucionado que comienza a controlar sus circunstancias y que, sobre todo, tiene la esperanza de que, milenios adelante, el control será mayor y hasta puede producirse un salto cualitativo en la especie que permitirá el acceso a dimensiones de la realidad actualmente inasibles.

Frente a esta perspectiva, una nueva estrategia eclesiástica es dolerse del deterioro ético que acompaña a tal progreso y tratar de convertirse en conciencia moral del mismo. Pero esta nueva afirmación de relevancia tropieza también con obstáculos. Los principales nacen de la falta de credibilidad de una Iglesia, históricamente asociada con estructuras de dominación, que plantea la moralidad en términos individuales, de motivaciones, de reforma del corazón del hombre, al que tiene por intrínsecamente pervertido. La ética moderna, más optimista, recibiendo de las nuevas ciencias el mensaje del condicionamiento biológico y social del hombre, se preocupa más por identificar las estructuras de la convivencia que favorecen la agresividad humana y trata de cancelar cualquier tipo de moralidad abstracta.

La vía del Opus: hacia una subcultura marginal y hacia el "culto de la personalidad".

Recuerdo muy bien a un joven "aprista" que me preguntaba en Lima cómo era posible que la clientela de la Obra, extraída básicamente de la burguesía de las haciendas y las empresas del Perú prerrevolucionario, fuese capaz de conciliar su vocación de perfección cristiana con una cerrazón notoria ante las exigencias éticas del subdesarrollo. Pero así como gentes jóvenes del mundo eclesiástico, a riesgo de una incómoda confrontación con sus autoridades, están refle-

xionando y dialogando sobre esas contradicciones del catolicismo, en el Opus Dei hay una renovada seguridad en los viejos criterios que le lleva a desechar violentamente cualquier género de autoanálisis y autocrítica.

Para ello se hace preciso construir una subcultura marginal donde sólo se puede estar cómodo al precio de la aceptación incondicional y de la negación sistemática de toda duda. Hacer esto siendo ciudadanos corrientes y estando expuestos a la "contaminación ideológica" requiere un reforzamiento de la fe en el jefe, que es justamente lo que se produce. Recuerdo que R. C., la persona con la que más frecuentemente discutía yo estos temas, en el curso de una conversación me dijo que cuantas veces yo necesitara su apoyo y consuelo, él estaba dispuesto a ocuparse de mí, pero que si se trataba de poner en entredicho el mensaje de Escrivá, me mandaría (sic) a hacer p...

Para terminar, creo que, con independencia de las lucubraciones que aquí hago sobre los signos de los tiempos y que, como cualquier dictamen, gustosamente someto a otro mejor fundado, el tema de la Obra es interesante, desde mi actual perspectiva, sólo en su sentido dramático. Como novela de costumbres donde afloran los conflictos pasionales en una de esas aventuras "totalizantes" a las que los hombres apuestan con fuerza.

La estrategia de la muerte civil.

Me parece fascinante el espectáculo de personas que se encierran en sí mismas y en sus soliloquios de grandeza y lanzan sobre otros, incluso amigos y compañeros hasta anteayer, las más feroces diatribas, tratando en ocasiones de promover la "muerte" civil de los disidentes. Las historias de tantas gentes que, a fuerza de recorrer un camino de dolorosa "averiguación" personal, han optado por romper con su pasado, son estremecedoras. Ante su conducta, las autoridades religiosas -y las de la Obra son coherentes con la tradición eclesiástica- suelen plantear los problemas o en términos de debilidad personal, de "no estar a la altura", o en términos de deslealtad.

Recuerdo que me impresionó la violencia con que Escrivá abominaba en mi presencia de un sacerdote secularizado, que había ocupado una posición directiva en la Obra: "¡Ya le he mandado por notario dos excomuniones!"

Dos cosas son particularmente ingratas: la pretensión de que el sujeto "digiera" su maldad o su debilidad para que quede claro de qué lado está el bien. Y la estrategia de manipular para que la persona en cuestión no pueda reconstruir su vida civil, negándole apoyo o condicionándolo a un comportamiento conformista. Hay docenas de anécdotas que pueden avalar esta afirmación, pero cuyo relato es difícil cuando los propios protagonistas no desean otra cosa más que hacer silencio sobre sus desdichas. Con frecuencia, la complicidad de ciertos mecanismos de poder en la sociedad española hacen más eficiente la persecución y más desvaída la imputación del daño.

Recados desde los mandos de la Obra para que los supernumerarios o los amigos no den empleo a los sacerdotes secularizados, presiones sobre la conciencia de los numerarios para que no apoyen a sus antiguos camaradas, siguen estando vigentes.

Tales lances son probablemente inevitables en sociedades jerárquicas donde las estructuras de poder pueden condonar los ajustes de cuentas ajenas para hacer posible los propios. Y revelan lo difícil que es someter a control público el mecanismo de parcelación del poder en que consiste tal tipo de sociedad, y lo sutilmente que se comunican entre sí las diversas parcelas.

Información: traición.

Ha dicho un buen conocedor del tema que el silencio sobre la Obra encubre en España otros silencios. Es probable que la información sobre la Obra abra el camino a más claridades. De todas maneras, yo soy algo escéptico respecto al tema que me ocupa. Cuantas veces me han pedido un relato cuantitativo, una narración "magnetofónica" de los hechos y dichos de la gente de la Obra, he probado su imposibilidad. Es muy difícil que las personas leales, y que por ello son los custodios celosos de los papeles y los relatos verídicos, no vean la operación informativa como una forma de "traición".

Si a eso se suma el interés en olvidar, comprensible y casi biológico, que tienen los que podrían decir algo desde fuera, se explica la dificultad. La historia de la Obra, según Escrivá, es "la historia de las misericordias de Dios que un día habrá que escribir de rodillas". De ese planteamiento al otro va un buen trecho.

La ley de bronce del silencio.

Una de las condiciones que los dirigentes suelen poner a los que se van es que no comuniquen a nadie sus experiencias en la Obra. Parecería que se tratara de no compartir la "receta" para conseguir algún tipo específico de oración contemplativa, pero desgraciadamente no hay tal. Lo que interesa es mantener bloqueada la historia de una aventura humana, con sus luces y sombras, sus grandezas y sus miserias, y todo ello con el fin de preservar la buena imagen, tan necesaria para la continuidad de la empresa. En términos personales, es como si a uno le expropiaran un trozo de su biografía, negándole el derecho a reflexionar en público sobre ella.

Y si se juega a la "entrega" se acepta. Por ello, yo no solía hacer copia de los papeles en que manifestaba mis ideas. Muchos de ellos siguen en poder de la organización, pese a mi insistencia en reclamarlos. Me gustaría poder releer lo que escribía a los veinte o los treinta años, por una natural curiosidad sobre mi propia andadura. En razón a tales condicionantes, en estas páginas apenas he contado sucesos. He llevado mi respeto a las personas hasta omitir otros nombres, citando el único verdaderamente importante. Y reconozco que no puedo avalar mi relato más que solicitando un crédito a mi veracidad.

Estas y otras son las limitaciones de mi empeño. He llegado hasta donde me ha parecido oportuno. Y me gustaría poner aquí punto final a mi dedicación al tema. Pero no sé si será posible, ya que el pasado no sólo nos condiciona sino que nos persigue y se convierte en presente tantas veces cuantas uno, en vez de asumirlo, pretende desecharlo...

FIN DEL LIBRO

Alberto Moncada - 1974